

VOLODIA TEITELBOIM

# HIJO DEL SALITRE

NOVELA



EDITORIA AUSTRAL

VOLODIA TEITELBOIM

# HIJO DEL SALITRE



Editora Austral

SI EN LAS PAGINAS QUE SIGUEN  
SE ADVIERTE ALGUNA SEMEJANZA  
CON LA REALIDAD, DEBE ATRIBUIR-  
SE AL HECHO DE QUE EL NUDO  
DE ESTA HISTORIA SE INSPIRA EN LA  
VERDAD DE LA VIDA, A TAL PUNTO  
QUE EL MISMO PROTAGONISTA EXIS-  
TE ENTRE NOSOTROS.

## **P r e f a c i o**

*Hacemos entrega al pueblo chileno de la novela HIJO DEL SALITRE. Todos los hombres que luchan por un nuevo mundo entenderán que este libro les pertenece, pues nació de sus entrañas y trata sus problemas, sueños y combates.*

*El núcleo de la presente obra se basa en temas y episodios reales. El héroe es individual y colectivo a la vez. Este personaje múltiple podría ser, en sus caracteres esenciales y por sus sufrimientos, el pueblo de cualquier parte del mundo donde todavía hay pobres y ricos y, en forma más específica, la gente común de América Latina. El protagonista está inspirado por Elías Lafertte, símbolo vivo de la clase obrera chilena. En estas páginas se iluminan sus primeros pasos y se escudriña su proceso de transformación hasta el encuentro en el desierto con Luis Emilio Recabarren, padre del movimiento obrero revolucionario y fundador del Partido Comunista chileno, hecho que personifica la toma de conciencia social. Pero Lafertte en esta obra —que no es una biografía novelada— encarna más al proletariado que a sí mismo.*

*Confiamos en que HIJO DEL SALITRE contribuirá al ensanche de un nuevo camino para nuestra novelística. Es distinto de la literatura romancesca al uso en el ambiente.*

No trata un simple juego de emociones, pasiones o individuos confinados en sus límites ordinarios. No cae fascinado por el sexualismo en boga ni naufraga en reflexiones depresivas. Pero hay amor en este libro. Amor del hombre hacia el pueblo. Amor del hombre hacia la mujer.

Retrata la personalidad de oprimidos y opresores en páginas que palpitan de verdad, escritas desde el corazón de un combatiente, puesto que Volodia Teitelboim es eso, un luchador de vanguardia. Como tal se comporta en la acción civil y en esta nueva forma de actuar: la novela.

Recogió los materiales en sus mismas fuentes, estudió los protagonistas directos, recorrió los escenarios en que se desenvuelve la trama. Luego sopló sobre ellos el aliento del creador. De ahí la vida de sus imágenes, la atmósfera envolvente de hombres, paisajes y situaciones, la sensación que nos invade de leer una novela extraordinaria vaciada en un castellano rico y potente. En una palabra, este libro participa categóricamente de la esencia revolucionaria de nuestra época, tanto en la forma como en el fondo.

Pero tampoco es un panfleto, una oración política o una novela histórica. Es simplemente una obra realista por los cuatro costados. Habiendo sido escrita en la medida de la vida, experimenta la necesidad de manifestarla en todos los ángulos, íntimos y públicos. Más que un grito de batalla, es la batalla en sí misma.

Pone en movimiento un vasto cuadro de la vida social chilena al alborear el siglo, en el momento en que los trabajadores reciben su bautismo de sangre. Probablemente uno de los valores más densos de esta obra es introducir en la novela chilena al personaje "proletariado" como una clase social independiente.

Un vigoroso realismo, despiadado cuando es preciso, pero que nunca resbala hasta la sordidez naturalista, anima el bullente mundo de la pampa, con sus aprendices de rebeldes, solitarios anarquistas, grandes y pequeños bur-

gueses, generales, tocadores aymarás, mineros embrujados, atrocidades y ternuras, adolescentes pobres soñando con el país de la felicidad, mujeres amargas y dulces. He aquí algunos tipos del repertorio dramático. Actúa el imperio inglés de los magnates salitreros; se levanta la cortina de sus ramificaciones en las jerarquías políticas y administrativas. Sucédense las escenas de crisis, la huelga de Iquique, el éxodo de la pampa. Luego la palabra de las ametralladoras y los seres inmolados. Tocl masa se funde y ordena, majestuosa, en una sola unidad temática y forma la pulpa sangrante del HIJO DEL SALITRE.

Hoy la mitad de la humanidad trabaja en el futuro. Las cosas están cambiando rápidamente. Nuestro poeta Pablo Neruda, vivía hace pocos años en la clandestinidad. Desde entonces ha recibido el Premio Mundial de la Paz, sus libros se editan en decenas de lenguas. Es una de las más altas voces del nuevo mundo HIJO DEL SALITRE fué escrito también entre las sombras por un perseguido, en medio del duro combate diario desde la oscuridad. Esto nos autoriza a pensar una vez más que la lucha no seca ni consume el alma de los hombres bien puestos, ni menos de los verdaderos creadores. Por el contrario, fertiliza su corazón, hace más profunda su comunión con el mundo y da mayor vigor a su capacidad de expresar los tormentos y ansias del pueblo, puesto que Volodia Teitelboim los vive intensamente por sí mismo. Semejante transmisión de experiencias propias vuelve más hondo a HIJO DEL SALITRE y hará más recio su eco no sólo en el pueblo chileno, sino en cualquier punto de la tierra dónde se sientan idénticos problemas. Es indudable que esta obra no pudo ser escrita con igual realismo sino por un autor que, al escuchar en medio de la refriega, la voz de su responsabilidad como hombre, se enriqueció como artista, haciéndose verdaderamente acreedor al título de "ingeniero de almas".

LOS EDITORES.



Reinaba una serenidad casi adusta. Nada despedía mayor vida que las manos... Manos de trabajadores que en el fondo parecen soterradas y como brotando de las calicheras.

**LA ASPERA MAÑANA**



## Capítulo I

Su madre —cuando todavía no lo era— se vino con la abuelita en diligencia de Andacollo a Salamanca y allí se casó. Sucedió ésto en el verano de 1886, por lo cual le gustaba decir que fué una de las primeras víctimas de la Ley de Matrimonio Civil. A pesar de su boda, los niños del pueblo continuaron llamándola “La Señorita Preceptora”. Era la mayor de las hijas de un carpintero enmaderador de Guías Verdes, cercano asiento minero, Sentía vocación de maestra y estudió algunos años a medio morir saltando, sin llegar a graduarse, en la Escuela Normal de La Serena.

Aquel año y en aquel pueblo nació él. Salamanca era hermoso e inmenso como todos los villorrios de la infancia.

Entre los recuerdos de ese tiempo poseía uno, lejano y borroso como si lo hubiera vivido antes de nacer. “Revolución, Guerra Civil” clamaba la gente. “Chiquillo apestado, tu mamá es balmacedista y tu papá también. Muera Balmaceda”, repetían a sus oídos los chicuelos vecinos. El jamás hubiera retenido esos gritos si no estuviesen vinculados a cierta extraña cabalgata y a la impresión de una primera ruptura familiar. Su madre aquella misma tarde partió a caballo llorando. Viajó todo el día entre lágrimas hasta Illapel a rogar que quitaran los grillos a su marido. Habló al gobernador, quién se mostró duro. “La guerra civil, gracias a Dios, está terminando —dijo—. Ha corrido mucha sangre y es el momento de castigar a los culpables”. Cuando

regresó, la separaron del cargo de profesora. La vida entonces se le hizo imposible en Salamanca. Esta vez sí que la vió partir en diligencia. Lloró porque estaba enamorado de su madre y quería que lo llevara en su regazo, siempre consigo.

Luego volvió el papá, tan andariego y gallardo como el siempre lo vió, aunque la perita ahora le crecía desordenada. Venía amargado y dijo las siguientes palabras:

—En este país no se puede ya vivir. Los perros están arriba. Me voy con mi hermano Pedro y tu abuela Martina a Bolivia, a un pueblo que se llama Oruro, a hacerme rico. Estoy cansado de ser pobre y no nací para andar pidiéndole perdón de rodillas al gobierno. Aunque soy caballero, me siento en el gobierno. Me voy a vender animales. Volveré para el invierno y tu madre no tendrá que trabajar más ni vivir lejos.

Fué la última vez que vió en su vida a Vidal Laferte, su padre, casi un desconocido, de quien ahora no podría reconstituir el rostro, ni mucho menos la expresión de la mirada.

En Salamanca se quedó viviendo una ruidosa niñez, al lado de la abuela, los tíos maternos y sus dos hermanitos, remeciendo a escondidas el chirimoyo del patio.

Luego se mudaron a La Serena.

Su abuela, Juana Urrutia de Gaviño, y su cara, con los rasgos pronunciados de los vascos, forman capítulo aparte. Fué el hombre grande, el gigante de su infancia, la antigua abuela, firme y enérgica. Batía la mano derecha cortando el aire como un cuchillo y le gritaba:

—¡Moledera, chiquillo del demonio, conmigo tienes que marchar recto!

La vida, de la cual sólo conoció estrecheces, la había hecho a su dura imagen. Ejercía la autoridad materna sin desfallecimiento. Sus hijos varones, Lino Alfredo y Juan Bautista, se mantuvieron solteros mientras ella vivió. Sólo la muerte los emancipó de su tutela. A la otra niña le entró la tontería en la cabeza y se casó con un español, Almanzor Zárraga, carpintero modelista, practicante de una artesanía de buena mano, digna de un orfebre. Era un tío con toda la barba. Obligaba a su mujer a andar embozada en manto

negro. Ella vivió siempre muy fruncida, a pesar de que, bajo el arco de las cejas retintas, chispeaban curiosos sus grandes ojos oscuros. Zárraga era una mezcla de místico y anarquista. Furioso lector de la Biblia, presumíase capacitado para emprender la creación de un nuevo mundo y decidió instalar en casa un Nuevo Génesis, que significaría algo así como la vuelta al Paraíso. Sin embargo, su vida nunca fué una égloga. Tuvo dos hijos —Eliás siempre los recordaba como a los primos embutidos en largas medias negras hasta las rodillas— a quienes Almanzor bautizó por la iglesia con los nombres de Eva y Arcadio Abel.

Cuando cumplió siete años, Eliás descubrió que le correspondía hacer de padre y madre en ausencia de los titulares. Aquel día aplicó severos correctivos y sendos mojicones a su hermana María Inés y, un poco más suaves, a Luchito, en vista de que sólo tenía dos años y lo admiraba a él como a un semidios que contestaba a sus eternas preguntas. La abuela corrigió esa invasión de atribuciones, propinándole una paliza que lo hizo ver candelillas. Esto lo devolvió a una amarga sensación de infancia sin derechos.

## 2

Entonces corrió a refugiarse a casa del abuelo paterno, Pedro Lafertte, un hijo de gabacho muy venido a menos, viejo retaco con barba y patillas gordas y canosas, que servían de moldura a una cara gala que aparece en cualquier daguerrotipo de la guerra franco-prusiana.

Pasó volando frente a la Escuela Normal y siguió por unos callejones hasta la Hacienda "El Pino".

Para el niño el abuelo Pedro tenía un halo maravilloso. Dominaba los caminos y las distancias. Recorría los pueblos y las montañas. Ahora ya estaba cansado de visitarlos y el mundo le resultaba pequeño y sin secretos. Trabajaba en diligencias. Iba a Condoriaco, la Higuera, Andacollo, Alto Barsol, a todas las localidades mineras de los contornos. Frisaba entonces sesenta años y era bueno, como un demonio, para las mujeres. En ese momento vivía una negligente pobreza sin santidad.

Había en el patio una diligencia arrumbada, con las ruedas rotas, a cuyo pescante Elías acostumbraba trepar para dirigir, como un prodigioso auriga, ese viaje inmóvil por toda la tierra. Entonces usaba sus sentidos en plenitud, irradiando una curiosidad incandescente. Identificábase con el mundo. Repetía jugando el papel de Dios, dando una salvaje animación a las cosas, buscando sus ocultas significaciones. Las destruía, penetrando sus orígenes. Extendía su primitivo universo. Coleccionaba montones de artículos nuevos en el almacén en formación de su memoria. A pesar de que jugaba solo, no conocía la soledad y el dolor le era tan efímero como el rocío en primavera. Así, viajando, olvidó la azotaina de la abuela. Su pequeña alma vivía presa de los símbolos y era inconscientemente feliz.

Pero, después de dar tres vueltas completas alrededor del mundo, el cochero sintió hambre. Fué a buscar al abuelo Pedro. Estaba en el potrero adyacente, tendido sobre el pasto, entre las vacas, con una brizna de hierba en la boca, mirando al cielo, semiencandilado, en la actitud del hombre a quien el ferrocarril arruinó. Las vacas no eran suyas. El sólo las alquilaba a cierto hacendado de la región, un señor Carmona. Sumaban muchas. Elías solía conducir las de alba a pastar y las recogía en los atardeceres. Por aquel tiempo estaba aprendiendo a contar y podía saber que alcanzaban a treinta, aunque sin rigurosa exactitud. No obstante después le entró la convicción de que fueron precisamente esas bestias sus primeras profesoras de matemáticas.

Quando el abuelo lo oyó venir corriendo, no se movió. Sin mirarlo, con la vista entrecerrada siempre fija en lo alto, le gritó a diez metros:

—¿Qué quieres?

—Nada, abuelo.

—¡Ah! ¡Nada, dices! ¡A mí no me engañas, bandido, mentiroso! ¡Vienes a robarte algo!

El niño se quedó parado al frente, con deseos de lagrimear.

—¡Díme!, ¿a qué vienes? —tronó el viejo recostado.

—Nada; quería un poco de leche, abuelito Pedro.

—¿Me quieres arruinar? ¿Me quieres dejar en la

cuerera? ¡Quieres que tu abuelo ande pidiendo limosna por las calles! ¿Díme, ladrón, si quieres eso?

—No, abuelito. Se lo juro. Tenía hambre. Ahora ya no tengo. Se me quitó.

El viejo lo miró a hurtadillas por primera vez aquella mañana. Vió sus lágrimas. Se colocó las palmas de las manos en la nuca, giró la cabeza hacia Elías y dijo:

—¡Lloriqueando el mariquita! ¡Estos son los hombres de hoy! ¿No digo yo? —Cambió el tono y agregó sentencioso: —Mi padre me enseñó una cosa que dicen en Francia, donde toda la gente sabe lo que habla: “El que no trabaja no come”. ¿Has trabajado tú algo para que merezcas un vaso de leche, zángano? ¡Díme, francamente!

El pensó decirle que había dado tres vueltas al mundo en diligencia aquella mañana y que tal vez por eso tenía hambre; pero se reprimió, aunque no pudo contener unos lagrimones rebeldes.

—Entonces ¿por qué lloras, maricueca? Dios ya lo dijo: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Suda, gánate el pan que comes, la leche que tomas. Házte hombre de provecho. Aprende a tu abuelo y no a tu padre, que es un vagabundo, un cabeza loca...

A Elías no le gustaba que hablaran así de su padre; pero comprendió que debía guardar silencio.

—Bueno —dijo, incorporándose lentamente— te voy a dar un trabajito. Tengo que ir al pueblo. Cuidame las vacas y a la vuelta te regalaré un vaso de leche y déjate de llorar como un mariquita. ¿Eres hombre o mujer, dime?

Así se comportaba siempre de regañón; pero siempre lo hacía llorar como si le sucediera por primera vez. Sabía que a su regreso quedaría empipado bebiendo cuatro vasos desbordantes y que encima le obsequiaría con algunos centavos.

### 3

Dejó de preocuparse del abuelo Pedro y de la vieja diligencia abandonada, para dedicarse a descubrir La Serena.

Así se llama la metrópolis, la ciudad más linda que los hombres hayan conocido, donde las iglesias tienen torres tan altas que una cuarta más y tocan el cielo. Para Elías La Serena fué el mar, la escuela y el templo más que las calles y la plaza. La agitación tras el silencio de Salamanca. Había muchas campanas, que volteaban al alba y al ángelus. Soplaban un viento venido del mar, que conoció entonces, en sus correrías infantiles, a unas cinco o seis cuadras de la estación. El mar de La Serena, mar de playa propia, bajo una neblina. Pegaba un grito y se perdía en el agua grande hacia Punta de Teatinos. Calculaba que el mar medía muchas leguas y que la mejor diligencia era perfectamente inútil para atravesarlo. El mar no tiene calles ni caminos. Sólo agua y olas, buques, pescados y un viento con olor a sal. El mar lo llamaba a hacer la cimarra, a sacarse los zapatos en la arena.

Temprano se escurría por Las Vegas, a la hora que en la Escuela "Pedro Pablo Muñoz" sonaba la campana para entrar a clases. Se topaba en el camino con las mismas ancianas, envueltas en mantos oscuros, que iban a misa. En ese tiempo amaba más Las Vegas y el mar que a Dios y la sabiduría.

Las Vegas pertenecían a un hombre tan rico —Carpentier lo llamaban— que crecían allí cien, doscientos —¡oh, no sabía cuántos!— gomeros. Les tenía lástima porque eran como personas que estuvieran muy tristes. Lloraban, completamente callados, lágrimas pegajosas. El recogía con el dedo la resina espesa y se ponía a olfatear en el bosquecillo el perfume, que luego llevaban a casa cuando había enfermos. Hervían en el lavatorio las largas hojas delgadas. Y él entonces —aunque estaba bien de salud— aprovechaba para respirar hondo, como hacía en Las Vegas. Así llegaría a gigante. Sintió desilusión más tarde cuando supo que los sureños llamaban eucaliptus a los gomeros.

Pero Las Vegas le producían dolor de nalgas.

Por su abuela, su maldita, querida abuela. Temía a la autoritaria abuela como a Lucifer. Un día ella fué a buscarlo a la escuela y no lo encontró. Lo castigó de regreso. Elías comprendió todo antes del primer chicotazo, sin necesidad de aviso. Se dejó golpear mordién dose los labios.

Siempre pensó que sus primeras letras fueron amargas. Y grande la tragedia de juntarlas, de apretarlas unas a otras, cada vez en forma diferente, para que esas condenadas dijeran algo y se transformaran en palabras. Fué un misterio que tal vez sólo pudo al fin resolver porque la abuela Juana estaba siempre detrás del silabario "El Caballito Colorado" con una cara de fiera, cuyos ojos perforaban las distancias.

Su corazón, empero, volvía al mar. En la escuela aprendió que se llamaba "océano", aunque nunca pudo saber a ciencia cierta si el famoso acento se cargaba en la e o en la a. Oyó decir que los preceptores del colegio eran masones, engendros de Satán. No sabía en qué consistía un masón, pero conocía a los demonios por experiencia personal. De modo que cuando el maestro estaba con la boca abierta enseñándoles la tabla del 2, lo espiaba para descubrir si vomitaba fuego y azufre. Le observaba, además, en el patio, durante los recreos, el pelo al sol para sorprender los cachos. No tuvo éxito en su investigación.

La abuela nunca dejó de preocuparse por la salud de su alma. En efecto, al año siguiente decidió retirarlo de la escuela "Pedro Pablo Muñoz". Una mañana temprano partió con él. Por el camino, como el imán al alfiler, atrajo su mirada una mampara muy silenciosa, donde jamás veía entrar a nadie.

Su abuela le dió un golpe en el pecho.

—¡Qué miras! Por esta vereda no se puede andar. Atraviesa al frente. La Casa de los Masones. ¡No pases nunca por esa puerta! ¡Jesús, qué cosa! ¡Pensar que el Diablo vive a una cuadra de la Catedral!

Se santiguó, tironeándolo de la manga, al entrar en el colegio del Padre Justo Pastor Donoso. Lo confió en sus manos abaciales. El hermano Director musitó al matricularlo:

—Tienes que portarte bien, hijo, pues esta es una escuela de Dios.

Dios le aplicó buenos coscorriones y así le enseñó a leer de corrido y a pergeñar una caligrafía de palotes inteligibles. El celador era el encargado de los castigos corporales. Profesaba, más o menos, la siguiente filosofía educativa:

“La Biblia dice que las cosas buenas sólo se consiguen con sacrificio, que la mujer pare con sangre y que los golpes enseñan desde chico a gente”. Era un tipo que se iba a monologar por los baldíos, y siempre estaba rezando en voz baja, moviendo espasmódicamente los labios y pidiendo a Jesús Nuestro Señor perdón por sus pecados solitarios.

Elías sospechaba que la abuela estaba insatisfecha de su devoción. El muchacho, cuando podía, se educaba a su gusto, según sus métodos. Vagabundeaba por la playa, perdíase de las clases de historia sagrada, aprovechaba el chocolate y el bollo de anís del catecismo y luego se escapaba a nadar, a galopar a caballo, a robar frutas en las huertas. Y cuando reñía en la calle, el pequeño blasfemo hacía bailar la polca a todos los santos del cielo y a todas las madres del pueblo.

Como la abuela Juana no quería que fuera un perdido ni un mal criado, decidió enviarlo a un colegio aun más pío y severo. Lo matriculó en la escuela del Convento de San Francisco, que se abrió por aquellos días. Después, conforme a las luces proporcionadas por el desarrollo de los acontecimientos, Elías se dió a pensar que aquel cambio de plantel no se debió a motivos puramente celestes, ni a una simple urgencia por salvar su alma. Tal vez se originó en su propia necesidad de comer. Cuando vislumbró tal posibilidad, sintió remordimientos, pues si así fuera, él, en lugar de servir a Dios, se serviría de la bondad divina. Caviló, aterrorizado. ¿No era ésto lo que el maestro traído de Santiago llamaba a grandes voces “Sacrilegio, Sacrilegio, Señor de las Alturas?” Debía ser algo infinitamente perverso para que alzara tanto el grito, pues era un hombre buenísimo, de faz demacrada, que quería agregar a la Corte Celestial un santo de la educación y que se entregó con inmenso y seráfico entusiasmo a la tarea de enseñarles francés.

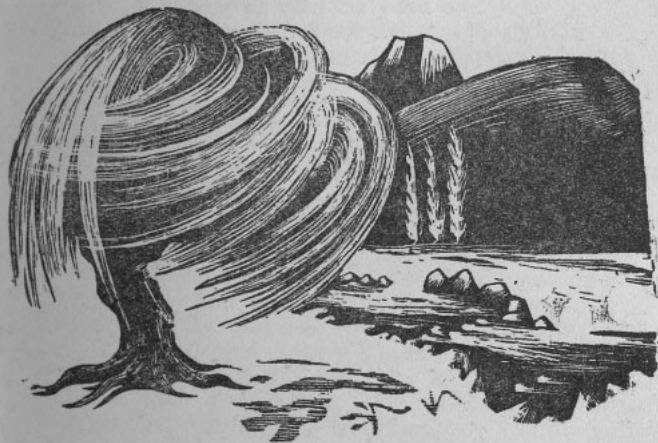
El santo varón tenía la cabeza un poquito trastornada. Hablaba a flor de alma, tocaba el armonio y era rabiosamente angelical. Vivía en la misma escuela del convento y Elías le cayó simpático. Comenzó a ayudarle en los quehaceres domésticos, a trueque de lo cual le narraba historias que lo dejaban boquiabierto y con el corazón en



suspense. Le habló de un mundo mucho más grande del que imaginaba. Llegó a decirle que había ciudades más importantes que La Serena. Aun más, la motejó de aldea ridícula y colonial, donde nada se mueve, no existe el espíritu y la gente está muerta. Lo miró con extrañeza. Sí; —aclaró iracundo, con énfasis apocalíptico—: “Se creen que están vivos porque caminan por las calles y en las tardes se sientan a chismorrear en la plaza. Pero se equivocan —apostrofó—. Están muertos. Hieden. Son sepulcros blanqueados.— Presumía de poeta. Le recitó versos en que hablaba de una joven, de largos cabellos embalsamados en unguento, que era mujer de la vida y estaba enamorada de Jesús, lo cual causó a Elías una impresión entre excitante y misteriosa.

Un día el maestro descubrió que Elías no comía mucho, que andaba siempre con hambre y le dijo con ojos de cordero degollado:

—¡Eres pobre, demasiado pobre!



En ese momento la iglesia tañía las campanas del ángelus y él debía regresar a casa. Pero no podía irse, porque el hombre tenía las manos puestas en sus hombros y lo miraba de hito en hito:

—Elías, ¿quieres trabajar?

El niño calló, turbado.

—Trabajar al servicio de Dios —propuso, moviendo apenas los labios.

Elías estaba como borracho, sin conocer el vino, y deseaba echarse a correr, caer, levantarse, pero huir de aquella pregunta y de aquellos ojos. ¿Trabajar al servicio de Dios? Quería gritar. ¿Su abuela no decía que él era un bandido que tenía el diablo en el cuerpo? Tal vez decía verdad. En el último tiempo lo habían empezado a angustiar las visiones del infierno. Sabía que era muy difícil que alguien pudiera salvarse de las llamas, ni mucho menos un pecador tan contumaz como él. No pasaba día sin que hiciera alguna maldad. Quería despedirse, zafarse de aquellas paternas tenazas. El hombre sonrió y le dijo:

—Bueno, mañana empiezas a trabajar de acólito en la Iglesia de San Agustín. Está todo arreglado. Pasa primero por aquí. Yo te llevaré, si quieres.

No supo de donde sacó un hilo de voz:

—Pero tengo que preguntarle primero a mi abuela...

—Está de acuerdo. Fué ella la que me lo pidió.

## Capítulo II

Elias tocó a ritmo lento la última llamada matinal en San Agustín. Se había levantado a oscuras, antes del canto del primer gallo. Lo transía la embriaguez de dominar el pueblo desde la torre y competía con los campaneros despertando a moros y cristianos con tañidos penetrantes y de ecos más prolongados.

Solía permanecer allí columpiándose hasta que por los tapiales asomaban arrastrándose, como pequeñas larvas negras, las primeras beatas en el amanecer. Allí se sentía de la estatura de los arcángeles en el octavo coro, a pesar de que en sus siete años apenas sobresalía del suelo. Tal vez él fuera como San Jorge. Por lo menos, con el tiempo iba a serlo. Por su gusto se quedaría en el campanario hasta que comenzara el oficio divino; pero tenía que descender del torreón encantado para llevar el alba al sacerdote. Debía ayudarle a revestirse con ella sobre el hábito y el amito. En seguida tenía que barrer de prisa, porque Dios debe recibir a sus fieles claro y limpio, a pesar de su cuerpo ensangrentado. Era un pequeño artista arreglando altares. Intruseaba en los misales, repetía las oraciones, fascinado por el enigma de los latines sonoros, y asistía atónito, día tras día, al sacrificio del cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Fué acólito aventajado, el primero entre ocho, para quince frailes. Agitaba los incensarios y pronto aprendió a

decir misa. Cuando lo llamaban sacristán, insistía con desesperación en que no era sacristán, sino acólito, lo cual es cosa bien distinta y casi sagrada. Tampoco le placía el sinónimo de monaguillo.

¿Era un servidor sin mácula? Con dos acólitos más, Alfredo Tringobe y Pablo Torres, cometía fechorías nefandas. En medio de la misa, cuando no les correspondía el turno, echaban a correr gatos por el coro, imitaban a los gallos para despertar a los devotos que se iban quedando dormidos y colocaban alfileres clavados en los asientos. Dejaba intermitentemente de hacerlo cuando redescubría la realidad del infierno. No escaparía por sus maldades al suplicio de los réprobos. Era evidente que cuando caía en la tentación, obedecía las sugerencias de Luzbel, el ángel malo. Este pensamiento volvió a espantarle el sueño.

A fin de mes le cancelaron religiosamente los ocho pesos de sueldo y le notificaron que no serviría más de monaguillo en San Agustín. Comprendió que Dios lo había castigado. Lo pensó sin alegría. Tornó a echar una mirada al fuego físico del averno y se vió en la parrilla de Luzbel asándose por tiempo infinito. Esto, en lugar de producirle calor, le dió escalofríos.

El fraile, recubierto con su capacoro, repitió:

—No servirás más en San Agustín, niño Elías.

Y se quedó mirándolo a la espera de una respuesta.

El chico movió la cabeza como un caballito de circo, creyendo que había comprendido. No lo echaban a la calle. Lo echaban al infierno.

—¿No me dices nada? —preguntó.

No sabía que decir. Su dolor sería callado. La verdad es que deseaba prorrumpir en llanto y no lo conseguía.

—De ahora en adelante ganarás diez pesos mensuales, —agregó el sacerdote.

Lo observó con ojos de asombro. ¿Bromeaba?

—Sí; servirás en la Catedral.

¡Oh, Señor, la Catedral no era el infierno, sino el mismísimo cielo!

## 2

Soñaba y se veía revestido de pollerines lacres a medianoche y encima un roquete, pecador de siete años, parado en el gran fuego, echando gatos a diestra y siniestra. Maullaban los condenados en medio del chisporroteo y sus ojos brillaban como carbunclos de ámbar, con una raya al medio. Nuevos y nuevos gatos entraban a toda prisa como fantasmas por los vitrales de la ventana sin quebrarlos. Nadie lo llamaba. Era un muchachito olvidado. Lo peor consistía en que para él no corría el tiempo y nunca terminaba de morir en el infierno. Pero a los siete años era un viejo. Representaba unos ochenta años, por lo menos. Y en medio de su sufrimiento seguía arrojando gatos por el coro incendiado.

Por eso aquella madrugada fué una felicidad despertar cuando todavía parpadeaban las estrellas y correr a la Catedral, que disipaba la calurosa pesadilla nocturna. Tenía ganas de besar a Dios y a los Doce Apóstoles. Con febril actividad matutina, alistó las casullas y las estolas. Acarició la seda bordada y bruñió con ahinco los adornos plateados. Llegó gente campesina del interior trayendo sus exvotos y la contempló desde lejos en un pagano soliloquio con los santos. Luego se fué silbando a ceñir con la manípula el brazo izquierdo del sacerdote. Aquella mañana ante la feligresía hizo gala de cómo un chico puede dar la señal, tocar las llamadas y ayudar a decir misa con la expedición de un padre encanecido en los menesteres sagrados.

Dejó la Catedral limpia como un espejo, pasó una manito a las imágenes, encendió los velones, lavó el coro y renegó de los gatos que lo inducían a pecado.

Cuando toda la grey hubo salido, se sacó los paramentos de monaguillo y partió en puntillas, convencido de que con el tiempo llegaría a obispo. Se marchó a la escuela y retornó al rezo del rosario.

Tal fué la ocupación de su vida durante largo tiempo. En los amaneceres, cuando estaba solo, ensayaba su voz haciéndola profunda en el rebote contra la bóveda central

y las naves laterales. Pronto se familiarizó con los tallados en madera a cuchillo. Cuidaba sobre todo el Presbiterio con su altar. Remolineaba en el camarín de la Virgen. Admiraba la plata y el oro y los ángeles volando en los vitrales antes de que se inventaran los aeroplanos. Fregaba las barandillas de alerce y el Altar Mayor con un recogimiento que no tenía nada que ver con los clavos de Cristo. Después de limpiar entre varios la Catedral, solía contemplarla satisfecho como si fuera su propia obra, desde el columnario de sus paredes, empotradas en sillares de piedra, hasta la poderosa armadura de la techumbre. El triángulo del crucifijo le inspiraba temor. De súbito le pareció que toda la iglesia era el esqueleto de Dios, con sus arbotantes góticos a manera de costillas. Se deslizaba por los altares magnánimamente exornados y veía riquezas, columnas de Salomón. Aventuróse un día figgando entre las rejas del comulgatorio; pero nada, en verdad, sorprendió.

Solía entrar como mandadero a los Conventos de San Agustín y San Francisco. A veces el ojo y la oreja se le iban. Descubrió que los frailes no siempre conversaban sobre la resurrección de la carne y la condenación eterna. Había gente muy diferente entre ellos. El presbítero de la Catedral, después de cada misa, se empinaba un vaso grande de aguardiente. "Hasta verte, Cristo Mío". En San Agustín no todos los enclaustrados cumplían los votos. Se murmuraba de uno —a quien en el convento apodaban "Barrabás" y que el mundo profano conocía con el remoque de "Pico de Oro"— que tenía hasta cuatro mujeres a un tiempo. El lo espiaba como a una leyenda, con una mezcla de repulsión y admiración a la vez.

Otros eran contemplativos y silenciosos como monjes trapenses y renovaban a diario la devoción de su ministerio. Había uno grandote —llamado "El Político"— que discutía ávidamente sobre cosas que el niño no entendía: elecciones, diputados, jerigonza extraña. Peroraba a lo vivo contra las amenazas a la religión. Se comentaba por algunos que probablemente "El Político" deseaba hacer una vida mucho más activa y estaba cansado de la soledad recoleta. Sinceramente, muchos la aborrecían, pues la plegaría y la contemplación no apagaban sus ansias de mundo.

Uno, más humilde y muy joven, de hábitos descuidados, llenos de aureolas y lamparones verdes, tampoco deseaba seguir viviendo encerrado en el monasterio. Hablaba como una llama que salía ardiendo por la boca y los ojos. Confesó que deseaba ir a predicar al pueblo, a sembrar la caridad entre los pobres, los huérfanos y los enfermos, para que no cayeran en las redes endemoniadas del odio. Estaba persuadido de que la tierra es el cielo de los ricos y el purgatorio de los menesterosos; pero que arriba los puestos virtualmente se cambian. Deseaba explicarlo a voz en cuello para que los pobres fueran mansos y no se mancharan con violencia, comprometiendo su condición de predestinados al paraíso celestial. Cuando se le refutaba, farfullaba con exasperada impaciencia que aquél tal vez no fuera un secreto de la Iglesia; pero que ningún sacrificio debía omitirse para que la buena de Dios apaciguara la ira del pobre.

A veces interrumpía a la hora de la siesta el silencio monástico hablando de sus planes de salvación del alma de los miserables. Elías sólo columbraba que tenía que hablar de cosas tremendamente importantes para arrebatarse la quietud del sueño a sus hermanos, incluso al Padre Díaz Valdés, el "Lombriz Solitaria", que sustentaba en los hechos el evangelio de que "el placer de la mesa consuela de todos los demás placeres perdidos".

### 3

El templo no apagó en Elías el frenesí de la niñez.

Los acólitos aprovechaban la hora de la siesta para jugar en la iglesia con una pelota de trapo. Afuera había mucho sol y adentro todo estaba sombreado.

A veces Elías subía a escondidas y trataba de tocar el armonio, que tenía para el niño una belleza como de príncipes. Su voz quizás fuera la voz del Espíritu que anunció a María la Concepción. O el gemido de Cristo en el Calvario. Sobre todo en la misa de doce, el armonio sonaba grave y majestuoso. Cuando grande tocaría el armonio. ¿Había acaso en toda La Serena algún acólito que campanilleara

mejor, con repiques más claros y metálicos, que trepara más rápido a la torre, que sonara en Semana Santa la matraca con un ruido más enervante y monótono, que lanzara la nueva llamada con un rumor que estaba seguro llegaba hasta el mar? ¡Oh, cuándo él volteaba las campanas, eran más de oro que de bronce!

Pero reservaba sus repiques más sonoros para las Fiestas de la Virgen del Carmen, Patrona del Ejército, el 16 de Julio. Entonces ganaba más. El templo era el domicilio de la cofradía y ella pagaba todos los servicios. ¡Dios y la Virgen del Carmen sean loados! Aquel santo día el badajo se humanizaba como la lengua de un tenor. Cada campanada que Elías tocaba valía sola por un coro completo. El mismo Jesús en el sagrario tenía que escucharlo.

Vivía en lo físico y en lo mágico, en el juego y en el sueño. Se puso a mirar alrededor y al mundo como un todo. Comenzó a distinguir que existían multitud de seres más allá de sí mismo y que él no era el centro de la tierra. Hasta entonces su naturaleza le había hecho desempeñar su trabajo de monaguillo como un juego articulado y gozoso.

De súbito advirtió funestos signos en la casa y comenzó a pensar con mayor fuerza en lo que vendría, a sentir oleadas que lo empujaban a cambiar, a partir de viaje. Un día preciso empezó a sufrir muy fuerte los vejámenes de la vida, experimentó su primera rebelión y lo asaltó la desconfianza hacia la iglesia.

En casa conversaba sobre todo cuanto veía y hacía en la Catedral o en San Agustín con el tío Lino Alfredo, que había estudiado ocho años para cura, con una beca en el Seminario "San Luis de Gonzaga", de La Serena. Alcanzó hasta la tonsura. Para costearse los gastos, sirvió como inspector en los cursos más bajos. Recordaba con acritud sus años en el seminario:

—Una maldita fábrica de frailes —decía, enarcando las cejas en acento circunflejo. Se ondeaba el bigote espeso. Lo veía tan grande y tan elegante con su corbata inglesa de humita estrellada, el alto cuello almidonado, y no tenía un cinco. —¡Dios no permita que sigas allí! —agregaba, clavándole los ojos profundos. Era delgado, soñador y ateo, mucho



más alto que su madre. Elías no adivinaba por qué le disgustaban tanto los frailes.

Ahora era maestro de escuela. Le atraía el comercio y también el mar. Años después se perdió. No supieron de él hasta que llegó de repente una fotografía suya de contratado en la marina, con pechera alba y mangas flotantes hasta la mitad del antebrazo; pero siempre mostraba los mismos bigotes desafiantes y los mismos ojos que, a pesar de toda la ternura de su corazón de oro, clavaba agrios cuando recordaba sus años de seminarista.

## 4

Al día siguiente Elías comenzó a mirar en torno con sospecha. Velaban un muerto en el templo. Sintió miedo. Descubrió en sí un efecto acumulativo de fatiga por aquel ambiente. De súbito empezó a tener para él cierto parentesco con la muerte. Además el tío Lino Alfredo sufrió allí, sobre todo a causa de su pobreza. Esto imprimió a sus palabras de la víspera el sello de una verdad muy triste, conquistada al precio de su "adolescencia, de su juventud perdida", según afirmara el tío golpeando la mesa con los puños.

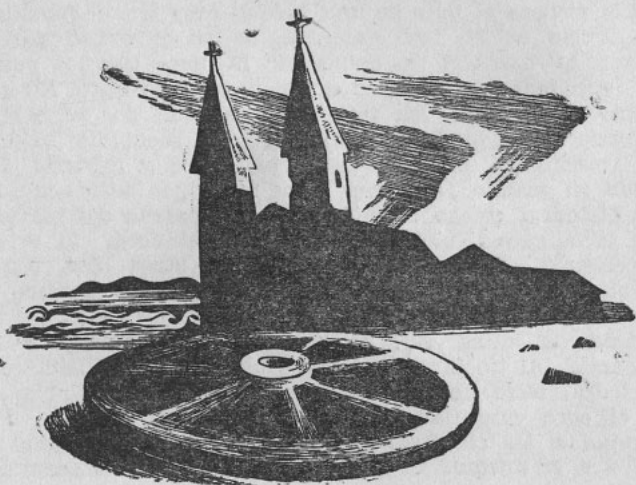
Alrededor de las diez se llevaron al difunto. No sintió, como otras veces, esa trémula curiosidad por echarle una mirada de reojo. Pero cuando llegó el mediodía, el templo se transfiguró. Cubrióse de luces, flores y regocijo. Había boda en grande. Corrieron a los mendigos de los umbrales. La Catedral estaba repleta como la alcancía del pórtico. El no sería cura. Hubo mucho trajín. Balanceó, sin prisa, el incensario. Observó al oficiante con otros ojos, como si hubiera descubierto algo inesperado en él y se mantuvo muy tieso durante el ritual. No respiraba el aire de alegre reverencia de antes. No; él nunca se ordenaría. No tenía vocación. Al tío Lino no le gustaba. Costaba un dínaral. La Catedral lucía hermosa, adornada de brillantes colgaduras y el coro cantando. Advirtió que los novios, las damas moñudas, los circunstantes eran los ricos del pueblo. Se miró a sí mismo. Y se vio revestido con los paramentos

litúrgicos, como un poncho de oro sobre sus propios pantalones parchados. Algo le dijo que ese atuendo blanco, con incrustaciones doradas, no le pertenecía, que debía sacárselo de inmediato. Casi no escuchó el sermón. Sentía hambre. Corrió la bandeja de las arras y juntó un peso en dádivas extras. Eso tenían de bueno los bautizos y los casamientos. Casi siempre salía con algo en las manos.

Después de la una de la tarde se desprendió rápido del roquete y partió con Pablito Torres y Alfredo Tringobe a la panadería. Llegando al mostrador, empezaron a gritar:

—¡Cinco panes semitas! ¡Cinco panes semitas!

Costaba un centavo cada uno. Y mientras la gente decente del pueblo seguía saliendo de la catedral, se sentaron los tres en la plaza y comenzaron a engullir ese pan candeal, pan de harina morena. Pan para pobres lo llamaban, porque el pobre se llenaba más con él y decía que tenía más enjundia y era más pan que el otro.



Después del festín volvió a casa. No había almuerzo, lo cual ya no le importó mucho.

Pero vió a la abuela Juana con la boca crispada, una mano apretando espasmódica la otra, la nariz más aguileña e imperiosa que de costumbre. Lo escrutaba con esos ojos penetrantes de la rama materna, subrayados en lo oscuro por las cejas retintas. El comprendió que no debía haber gastado tanto dinero en pan semita. En casa no había un centavo. Lo sabía. La boca contraída no se abría; pero las comisuras se pronunciaron formando una letra N y entonces cayó en la cuenta de que la abuela era más alta, mucho más alta que su madre.

Alargó la mano abierta con las monedas sobrantes y sudadas.

La mujer cogió en silencio el dinero.

El se quedó contemplando la hebilla metálica del cinturón, que aun continuaba fija en su sitio.

Entonces ella le dijo:

—No podemos seguir aquí. En unos días más nos vamos al Norte, a la Oficina Providencia.

—¿Entonces, voy a ver a la mamá?— interrogó Elías.

—Tal vez —respondió la Esfinge.

Así Elías dijo adiós a la escuela y a la Iglesia. Tenía por aquel entonces nueve años.

Con el Señor no tuvo más ocasión de encontrarse.

Y no conoció otra sabiduría que aquella que arrancó a la vida, luchando por su propio camino.

### Capítulo III

Viajaron en el "Maipo", un pequeño caletero de la Compañía Sudamericana de Vapores. Los dos hermanitos irían más tarde con el tío Juan Bautista. Dormían sobre cubierta. Elías estudiaba por horas el mar opulento con las manos afirmadas en la barandilla. Era más grande y profundo que todas las catedrales. El agua, a fuer de devoradora, es más fuerte que la piedra. Sólo entonces, yendo sobre él, le pareció que tenía la verdadera revelación del mar. Aparte de la voz inmediata de las olas, poseía una más lejana y cavernosa, como si la voz de los hombres que estaban en el océano, como si el glogotear de todos los ahogados pidiera auxilio en la sombra de la profundidad.

Bajó un crepúsculo de barbas rojas y luego se desencadenó un incendio en el cielo. Al frente, adivinaba como un sonámbulo la raya de la tierra, encarnizadamente seca, parecida a ámbar en granos. No conocía aún el rostro del desierto. El no lo había elegido. No disponía de muchas palabras para imaginarlo; pero sabía que era un mundo rico, espesamente amarillo, donde los hombres están abandonados de la naturaleza.

Acababa de martillear sobre esta impresión el tío Lino Alfredo, quien lo sorprendió reclinado en la baranda escrutando el océano:

—Mira el mar, Elías. Cómetelo. Te hará falta. Allá

—dijo y señaló con el índice el brumoso perfil de la costa— no se merece una gota de agua y no hay verde ni para un muerto.

¿Por qué su tío le había dicho “que se comiera el mar”? Era algo tan absurdo que tenía que significar otra cosa. Se lo preguntó.

El tío movió la cabeza sonriendo, sin sombra de sarcasmo:

—¿Por qué?, dices. Por que tienes la mirada hambrienta.

Lo miró desconcertado, como interrogándole: ¿eso quiere decir que tengo cara de hambre?

—Es que andas con mirada de asombro, niño —explicó.

El, tan pequeño, rodaba sobre el mar enorme, frente a la tierra remota. Sintió que aquello encerraba un misterio demasiado vasto para su corazón de niño.

Experimentó un poco de terror por lo que iba a venir.

## 2

El “Maipo”, con sus dos chimeneas, recaló en Caleta Buena un sábado de carnaval.

Elías miró hacia el puerto con una sensación de puzzle en la cabeza. Abarcó todo el agudo cuadro en un instante. Era un reducido pedazo de playa, donde el hombre sólo pudo construir una callejuela, que el mar lamía a discreción.

Pero Elías tenía las pupilas fijas en lo alto, en el cerro empinado con una pendiente de todos los diablos. Lo absorbía un fenómeno rápido: subía y bajaba un pequeño tren de fantasía. El acróbata en la cuerda vertical, algo que nunca vió en el circo de La Serena.

El tío lo empujó hacia la pasarela. “Caleta Buena Bajo”—dijo con su fervor didáctico. La abuela, al tocar tierra, se persignó.

El coche sin caballos seguía caminando hacia el cielo, como un escarabajo de hierro. Nunca una diligencia del abuelo fué capaz de aquel portento.

El tío descendió a tranco solemne. Lo admiró alto, espigado, de barbilla corta, el cabello caído en triángulo,

las entradas profundas de las sienes, que le conferían una atmósfera de hombre serio y con grandes pensamientos. Bajó enfundado en su implacable traje negro, que hacía contraste con la nota suavemente voladora de la corbata mariposa.

La abuela, por su parte, era la imagen misma de la religión católica, en virtud de sus repetidos "Gracias a Dios, por fin llegamos" y su indumentaria de eterna Semana Santa.

Acababa de expresar nuevamente su gratitud al cielo y de pegar un suspiro sincopado, cuando un proyectil de tinta verde cayó sobre su vestido de viaje. Era la bienvenida del Norte. Lo contempló con ojos dilatados, palideciendo: ¡Su immaculada gala de viuda rigurosa, que llevaba como un hábito, de cuello cerrado y falda hasta el suelo! Estalló de rabia. Perdió el ritmo de la respiración y se le saltaron las lágrimas.

Elías descubrió entonces que la abuela también profería herejías, cosa que la hizo más joven y simpática a sus ojos.

Ella se percató de la reacción del pequeño y para que su fama de severidad no sufriera menoscabo, se taimó, cayendo en un silencio de piedra, con la frente cerrada por una red de tercas arrugas.

El delirio no amenguaba alrededor. Un bochinche infernal. Una batalla en regla. La única callejuela del Bajo atronaba atestada de exultantes y agresivos chayeros, que gritaban a sus oídos y soplaban cornetas hasta romper los tímpanos.

Elías se apretó al tío Lino Alfredo, como refugiándose en la invencible ciudadela. La fortaleza, con los grandes ojos negros más llameantes que de costumbre, trataba de borrar la mancha verde del vestido de la abuela. Frotaba y frotaba inútilmente con el pañuelo, mientras los chayeros vociferaban en torno. Comenzaron a rociarlos con chisquetes. Cada gota que les caía era un pinchazo en su corazón. La abuela puso más cara de sargento que nunca. ¿Por qué el tío Lino le engañó al decirle que allí no se merecía el agua ni para remedio?

Un nuevo chaparrón le enturbió los ojos. El líquido vejatorio descendió salobre nariz abajo y le supo a orín y

a aceite de castor. Quedó como ciego. Los nervios agarrotados por la afrenta, lívido, con deseos de soltarse allí mismo a castigarlos con un escarmiento que no olvidarán en su vida. Tal vez los castigaría con lágrimas; sí, con lágrimas, pero no de agua salada, sino de sangre, de verdadera sangre, que cayera en forma de granizos colorados, sonando como piedras. Quedarían espantados. Se haría el milagro: él, un niño indefenso, vencería a los gigantes malos, a los payasos infames. Y sabía lo que sucedería, como si lo estuviese viendo: se arrojarían de rodillas a sus pies, como si hubieran descubierto en él la imagen de David o al ángel vengador de los chicos y le suplicarían que los perdonara. Y él los perdonaría, no por él, ni por bondad de su corazón, sino para hacer más grande la figura de la abuela, que sabía en el fondo misericordiosa. ¡Ah, si fuera necesario él estaría listo para derramar un torrente de lágrimas de esa clase!

Lo azotó una lluvia de esperma, polvos talco y agua rosada. Le entraba por las narices. Le echaron por la nuca, espalda abajo, papel picado, mariposas color concho de vino. Les tiraron agarrones que era un vicio. Los abrumaban a risotadas. Tenían cara de afuerinos —pensó— que es como decir cara de inocentes, cara de benditos.

Miró a su tío. Echaba chispas. Estaba a punto de soltar todos los perros. Nunca lo vió tan furioso, ni siquiera cuando imprecaba contra el Seminario San Luis de Gonzaga.

¿Pero qué era, qué significaba todo aquello? ¿El Norte siempre se portaba así? ¿Cuál era el signo de aquella locura, ejecutada según todas las reglas del arte de los carnavales? Antes del Miércoles de Cenizas, precediendo no recordaba bien cuánto a la Semana Santa, se sumergían en una verdadera operación de exorcizar demonios. Una vez al año se arrojaban al torbellino. Los carnavales habían empezado el sábado y durarían hasta el martes por la noche. Tenían tres días para provocar incendios en sus vidas. Abolían todos los seguros y los cortafuegos. La necesidad de escapar les producía el efecto de un verdadero alcohol de noventa grados. Buscaban camorra, caminaban a brincos,

como embrujados, danzaban extraños giros. Se sentían desencadenados y orgullosos de perder la razón.

Elías se preguntó si no habían desembarcado en un manicomio, en un pueblo donde vivían todos los locos de Chile.

Un chusco se plantó delante del tío y murmuró con voz de falsa ternura:

—¡A ver, un polvito...!

Le empastó la cara con harina, a tiempo que el tío, con la fuerza de gravitación del que viene cayendo de la luna, le asestaba un puntapié en la parte precisa.

El pobre diablo quedó lamiendo la tierra, con la máscara rota. Esto infló el pecho de Elías; se había recuperado la dignidad familiar. Las lágrimas de sangre ya no eran necesarias.

La coz del tío infundió respeto. Elías la comentó durante largo tiempo. Una patada terrorífica. Ni cien mulas juntas la hubieran descargado como él. Contempló sus piernas con admiración. Una patada resplandeciente y demolidora, un cañonazo, una patada de arcángel. Simplemente gloriosa.

Respiró a pulmón lleno, mirando desafiante alrededor. El otoño se había deslizado sobre el océano y el puerto. Nadaba en el tiempo y en el mar dando un adiós al verano fecundo que, probablemente, nunca esas tierras conocieron.

Treparon en un andarivel de tres subidas al Alto de Caleta Buena. Una culebra de fierro que se arrastra hasta la cumbre sin caballos ni campanillas. ¡Oh, el abuelo Pedro jamás hubiera podido ser cochero de ese carruaje del diablo! El carrito volante rechinaba. Miró hacia abajo. Iban colgados sobre el vacío. ¿Aquél ferrocarril aéreo era una broma del Carnaval? Talvez fuese como aquella pesadilla de los gatos en la iglesia y luego despertaría en su cama.

Algunos pasajeros reían. ¿Acaso la muerte les hacía cosquillas? De súbito le pareció que su corazón se descarrilaba. Volvía a su sitio. Parecía detenerse. ¿No caminaba más?

Lo recorrió un estremecimiento de resucitado: el andarivel había llegado a la cima. Púrpura hasta el cogote, se reía solo. Le pareció que estaba en el tope del mundo.



Miró el pueblo de arriba a abajo casi con desprecio. Apenas una factoría, ocho callejuelas de largo, puerto menor de Iquique, concesión a una empresa de gringos, que tenía oficinas tierra adentro, según explicó el maravilloso tío Lino.

Continuaba el Carnaval enardecido.

El estaba dispuesto a perdonarlo todo.

Advirtió que la abuela se veía pequeñita, anciana y débil. Antes fué un ídolo inmovible que no conoció mayormente el dolor. ¡Oh! Sus mechones grises se tornaron blancos de repente. Y la tonalidad cenicienta se había transmitido del cabello al rostro. Sintió una pena arrolladora. El sólo deseaba protegerla. Decirle cositas agradables; hacerle la corte. Murmurarle, confesarle por lo bajo que la quería mucho, pero muchísimo.

Ella estaba pálida, tan velozmente envejecida. Sí; le gustaría mimarla. Defenderla contra viento y marea y también contra su propia apariencia huraña, contra su antiguo aire de juez sin corazón.

Era tarde ya. Estaba oscureciendo. La abuela lo espiaba por el rabillo del ojo. Sus miradas se encontraron. El niño pensó que en el alma de la vieja estaba sucediendo lo mismo que en la suya. Quiso ir hacia ella y abrazarla. Estaban de acuerdo, por fin. Se aproximó.

Entonces ella lo fulminó con un rayo de los ojos, comediéndole:

¡Demonio, Moledera, nada de cariñitos conmigo!

Elías se detuvo, la mirada llena de súplicas.

Pero ahí estaba ella de nuevo, erguida como un poste, como una estatua de hierro, salvo los ojos.

Pues, en los ojos Elías descubrió que la abuela estaba pensando con temor en el día siguiente.

### 3

Llegaron a la Oficina Providencia.

Vió a la abuela con el alma en el suelo. Providencia estaba paralizada, ¿Hacia dónde volver la vista?

Se marcharon a "La Perla", que no correspondía al es-

plendor de su nombre. Una perla engastada en miseria y en trabajo torturante. Por lo menos, Elías la vió así. Vivían en un cascarón de barro y calamina. Tenía entonces nueve años y se ocupó de machucador en la cancha. Con un combito de luma se dedicaba a triturar pedazos de salitre, a medida que salían de la batea, o en el espinazo de los hombres que los cargaban, para "encuadrarlos", según se decía.

Al final del primer día se tendió rendido en la pampa, como apaleado. Las manos le dolían: eran una llaga viva. Todo el sabor de aventura del viaje se transformó abruptamente en la sensación de que su libertad de niño que desea jugar había muerto reventada, molida por el combito de luma. Sintió su carne rota por dentro.

Y se puso a recordar La Serena como una ciudad mágica y perdida, de la cual había sido desterrado a causa de su pobreza. Sí; La Serena estaba lejos y le sobrevino una pena, que comparó en su memoria para saber que era distinta de las otras que ensombrecieron su vida. ¡Esta era ya tan larga, Señor Mío!

En el primer momento trabajó como en el ritual de San Agustín o de la Catedral, pero pronto advirtió que Dios y el salitre no tienen parentesco. Sí; pertenecen a familias distintas. Ahora no era acólito, sino matasapos.

No le agradaba que le llamaran matasapos, como no le gustó nunca que le dijeran sacristán o monaguillo. Sin em-



## Capítulo IV

Después de un año en "La Perla" volvieron a La Serena, más desamparados de lo que partieron.

Fué una época de viajes, de vida nómada. El Norte lo había decepcionado. Y La Serena no los recibía bien por su pobreza. Iban de un mundo a otro, buscando el pan. Sólo conocían las vacas flacas. Para el niño existía algo de misterio en esto: ¿por qué todos los días no tenía comida y otros niños de su edad eran brillantemente ricos? La necesidad hizo magra su carne y el desnivel comenzó a revolverle la cabeza.

Su abuela era incorregible. Cuando estaban en la pampa, hablaba maravillas de su tierra de Salamanca, Andacollo y La Serena. Mientras decía milagros de su Norte Chico, maldecía al Norte Grande. La asaltaba una terrible añoranza del terruño. Lo convertía en un mundo de panes e higos grandes. Era Canaán.

El niño, escuchándola, se puso a envolver a La Serena —donde siempre el abuelo Pedro estaba conduciendo fabulosas diligencias— en un manto de romanticismo. El recuerdo de la infancia no echaba musgo. El imán empezaba a funcionar de nuevo. Quería retornar a ella, como una manera de volver a soñar, de no trabajar más con el combo en la pampa. Sí; en verdad, quería regresar a jugar. El Sur —así llamaba a Salamanca y a La Serena— era su

corazón de niño. La visión benévola del tiempo en que el mundo no se interponía en sus errancias. Vagamente anhelaba ser feliz, como en ese "antes" incomparable. Ahora la necesidad lo aturdió; pero él siempre deseaba volver al Sur.

## 2

La madre no había conseguido ningún puesto estable. Entonces ella, en medio de sus tribulaciones, se alzó a los ojos de Elías, que también sufría, como una adorable solitaria. Al revés de la abuela, era dulcísima, el buen Sur de la infancia. Terminó por identificarlos. La vió legendariamente sola en medio de la pampa. Su padre no regresaba. Ella aguardó a Vidal a través de los años. Y lo esperaba sin una lágrima, con una sonrisa triste de encantamiento, mirando los trenes que bajaban de Bolivia.

Cuando volvió a La Serena, Elías comprendió que su niñez había muerto. Murió en La Perla, bajo los golpes del combito de luma. Tal vez en ninguna parte lograría resucitarla. De súbito lo percibió aquel día de marzo en que regresaron. Vió la ciudad más pequeña que antes. Y sus ojos con hambre no se detuvieron en la hermosura de la clorofila del valle. Tampoco estaba en espíritu ni en edad para tornar a ser monaguillo. Tal vez nunca debió haber vuelto, se dijo. Ni la áspera fragancia del mar suavizaba su dolor en las puertas de la adolescencia. Con todo tenía deseos de otras cosas; pero, por ahora, estaba en guerra contra el mundo. Despertaba trémulo y el pan era amargo, aunque más amargo sabía cuando lo notaba ausente de la mesa. ¿Hacia dónde ir? ¿A una tierra feliz donde el pan estuviera seguro y no existieran pobres de solemnidad? Preguntó a su tío si esa tierra figuraba en el mapa. Su tío le contestó que no. No sabía bien; pero no lo creía posible ni siquiera lejos, en los quintos infiernos. Sería contra la naturaleza de las cosas. Estas siempre habían sido así. "Y lo que fué, será", concluyó, un poco turbado, de usar palabras tan definitivas y, sobre todo, porque descubrió una sombra de ansiedad en los ojos del pequeño. Le hubiera gustado agregar una frase oída a un tipógrafo

muy ilustrado de Tocopilla: "La vida es un camino de miseria"; pero advirtió, que el niño ya había descubierto por sí mismo cuán profundo es el dolor de ser pobre sin esperanza, y prefirió callar.

Eliás se dijo, entonces, con humor melancólico, que todo estaba consumado, que la pobreza existe en el hombre como los ojos y el aliento. Frunció los labios, pensativo, y decidió que no debía llorar por eso. Estaba apenado, marchito, terriblemente herido. Se sentía lánguido y sin fuerzas, enfermo grave. Contempló el mundo de los pobres como una soga muy larga, él estaba metido en el último nudo corredizo y la felicidad era para ellos el eslabón perdido.

Cuando pasaba frente a la Catedral o a San Agustín se revolvía pensando que las iglesias no purificaban a la gente ni la habían hecho más hermanable.

Por otra parte, ensombreciéndolo más, se entreabría en él, tímidamente, la curiosidad por los goces de la vida. ¿Con qué procurárselos si apenas picoteaba unos centavos para pan y presenciaba con silencioso horror la llegada de la noche en que tenía las manos vacías?

Así, de pronto, dejó de comprender el mundo, con el cual le pareció que se había llevado bien cuando niño. Tal vez nunca lo conoció a fondo. Pero ahora no había armonía entre ambos. Su alma cerró la puerta. Todos eran desconocidos, incluso su férrea abuela. Dejó de tener amigos. Estaba solo, como deshecho por dentro, perdido en oficios miserables, comido por el polvo de la tierra, por un indecible tormento y como interrogando en vano a una vida indescifrable.

### 3

La abuela resolvió:

—Para que la suerte mejore, tenemos que ir a pagar una manda a la Virgen de Andacollo.

Subieron con mucha ilusión al tren de trocha ancha, que no llegaba propiamente a Ovalle, sino hasta Punta de Rieles. Se apearon en la Estación del Peñón y desde allí ascendieron unos veinte kilómetros de cuesta a pie. La abue-

la, que cojeaba un poco, rezó todo el trayecto, pues así lo exigía la penitencia.

Hicieron un alto en la Loma de la Cruz Verde, puerta de entrada para los peregrinos del Norte. Allí vió transfigurarse a gente que llegaba en carreta o de infantería. Muchos comenzaron a vestirse con disfraces rojo-cinabrio, brillantes atuendos amarillos—la dulzura de los papayos—, rosados y blancos, jaspeados, resplandecientes, multicolores. Rompieron en músicas y se armó el baile. Bajaron con pasos de danza hacia la Virgen, cabrioleando, atronadores y felices, las flautas y los tambores, sonando, sonando, sagrados y profanos, fueron chinos, danzantes y turbantes. Elías sentía que le entraban al cuerpo los gritos, los fugitivos deslizamientos extravagantes, distorsionados. Y observaba a chinos, danzantes y turbantes; pero sus melodías eran tan diversas. El danzante —lirari... lirari... lirari...— ondulatorio; el turbante —tatatá, tatatá— ¡Oh, no ejecutaban himnos!; tocaban guitarras, acordeones, hacían primorosas escobillas pecadoras en los instrumentos. Los chinos saltaban en el frenesí. Dos corridas, brincando con sus flautas, cortaban la melodía en extrañas síncopas.

Junto a los bailarines de la Virgen y del Demonio, iban bajando los penitentes arrodillados. Tres kilómetros de expiación jadeante, arrastrándose por esos pedregales, toda la cruel cuesta abajo del cerro, Dios Mío, sangrando como el Santísimo en Cuaresma. Se desmayaban, caían —algunos renegaban, blasfemaban— otros emprendían de cintura arriba el baile de San Vito; pero seguían sobre los tormentos descendiendo hacia la Virgen. Se estropeaban demasiado. Elías dejó de contemplar a los bailarines y comenzó a ayudar a unos penitentes romeros a mantener sus brazos en alto y empujó a otros, dándoles así una manito para que pudieran llegar al cielo por el camino de Andacollo. Sí; era humano apuntalarlos. Muchos se desplomaban. Así iba la multitud, y Elías bajando el cerro entre bailarines y arrodillados, entre el olor de los cuerpos, el cerro sin árboles de sombra, abuelita. Pero la abuelita iba entera de a pie, cojeando, sin acezar siquiera, poseída de su comunión.

Llegaron a la caída del sol.

En el pueblito había un gentío muy grande, que no con-

tenían las casas. Andacollo tendría, supongamos, una población normal de cuatro mil habitantes, y aquel día había cuarenta mil. Dormían y vivían en sus vehículos, los patios y los corrales, en las calles y la plaza. Veredas y calzadas se atestaron de comercios ambulantes, de ruidosas atracciones paganas, juegos de azar, puestos de bebidas, niñas diablas y tintineos de arpas.

Ellos no tuvieron problema de alojamiento. La abuelita había nacido allí, allí se casó y tuvo sus hijos. Durmieron en casa conocida, en cama de colcha deshilachada.

Tuvo un sueño lleno de subidas y bajadas y ruidos de banda resonando con el agudo de las flautas, escalas rotas, golpeteo de manos y acordes tormentosos.

—¡Jesús! ¡Despierta, hombre! ¡Levántate! Ya es tarde.

Abrió los ojos. Surcando la oscuridad, salía del cielo una luz gris verdosa. La abuela lo zamarreaba.

—¡Es Pascua, niño, vamos a llegar tarde!

De amanecida estaban en la plazoleta. Les costó un mundo entrar a la iglesia de adobes, vieja y chata, que mira al Naciente.

—Esta no es una Pascua cualquiera —dijo la abuela—. Es la última Pascua del Siglo. Por eso han venido por primera vez los cuatro obispos de Chile. ¿Ves aquél padrecito gordo, con gorro colorado? Ese es el dueño de la Virgen, el Obispo de La Serena. Nos Florencio Fontecilla, por la gracia de Dios. Está el de Concepción; pero quien va a predicar es el jilguero del Señor, Obispo de Ancud, Don Ramón Angel Jara. El único que no pudo venir es el Arzobispo. Está muy viejito.

El jilguero del Señor dijo el sermón con registro de barítono. Se le presentó como a "El Infinito de la Oratoria". Un organista, que en lugar de música sagrada, soltaba palabras divinas, con ademán majestuoso. ¿Qué dijo? Elías no comprendió todo. Sólo recordaba que había despedido al siglo —perverso en demasía— sin dolor ni ira, perdonándolo con la santa serenidad de quien está en el secreto de que el triunfo del Señor y de la Virgen de Andacollo se impondría en definitiva en la centuria que iba a nacer, precisamente en cinco días más tarde, cinco días después de celebrar el alumbramiento sin sangre del Niño Jesús en Belén.

El sol calentaba los huesos de la gente.

Un tropel de chinos sacó en andas a la Virgen del templo en el monte. La fueron rodeando en dos círculos por la plaza. Al medio marchaba Elías, mocito turbado, junto a Ella. Los chinos morenos, de trajes encendidos, avanzaban como culebras, sin despegarse de su suave, áureo contacto. Los abanderados iban adelante, conduciendo el baile, marcando el tiempo con los pies y la chonta. Elías seguía el ritmo restregando los zapatos, aunque tal vez no debería moverse. Pero la procesión marchaba lenta. En medio de ella se escurrían contorneándose, ejecutando sus bailes, sus toques salvajes, las notas cantables. Y todo esto era tan distinto de la oratoria sabia y pulida de don Ramón Angel Jara.

Cuando llegaron de regreso al templo, la Virgen a cuestas, saludáronla con versos. Los payadores los decían mitad hablados, mitad cantados. Se repitieron viejas cantilenas, seculares coplas. Le contaron cosas íntimas, familiares, entre sollozos y quejidos. Le dijeron que la venían a ver, que habían estado de buena salud y suerte. Prometían volver el año que viene. Plañían. ¡Oh, era un cantar y un recitar lánguido, pero vibrante!

Así estuvieron largo tiempo.

Cuando se fueron despidiendo, su adiós —¡Amén!— fué en versos tristes, penosos, con ayes y música de bum-búm —como de sirena—, y mientras se iban retirando galanteaban a la Virgen, la llamaban dulcemente “China”. Luego volvían, como arrepentidos, a hacer otra estrofa, despedimiento doloroso de cristianos, y tras la endecha de nuevo resonaba ululante la música del bum-búm y un pito, con pesar y quejumbre.

De repente se le perdió la abuela. Se puso a buscarla junto a las diligencias que partían de regreso. Estaba muy instalada ya en el pescante y al verlo lo llamó a gritos; pero el cochero no quería llevarlo. “Que el niño, que el niño, el niño...”

Le irritó que lo llamaran el niño. Pronto cumpliría trece años. Miró iracundo al cochero y le dijo:

—¡Qué niño ni qué perro muerto!— Se volvió hacia su abuela.



—Me voy a pie, no más, señora—. Y partió corriendo en dirección al Peñón, antes que le dijeran que no.

Así estuvo obligado a pagar manda de regreso. Pero, pese a la doble penitencia, su fortuna no cambió.

## 4

Con el tiempo el péndulo pasó al otro extremo y el Norte volvió a ser un tema fantástico para la abuela. “La pampa es la sal de la tierra. El suelo humea; pero allí el dinero corre como la sangre por las venas. En el Norte, con un poco de suerte, se pueden hacer milagros, o, por lo menos, vivir”.

En medio de su soledad, la gran ficción influyó también en Elías. La pampa tornóse a sus ojos en una posibilidad de escapar a las hambres intermitentes. El sabía que no era sutil, delicada ni exquisita, sensaciones a la cual se inclinaba oscuramente en el nacimiento de su adolescencia.

Sentía un feroz apetito por aquella época. Un ansia, un deseo inexpresable, no sólo de alimentos. Descubría mentalmente las formas en las mujeres y lo atacaba una vibración extraña, que él llamó amor. Vivía a ratos fascinado en excitantes representaciones. Tal vez no fuera amor. El no lo sabía aún. Quizás nunca lo sabría. Sentía vergüenza, un rubor invencible. El tío Lino comenzó a hablar muy doctoral y enigmático sobre “las leyes de la naturaleza. El hombre es un animal que piensa —le dijo— pero animal de todas maneras”. Elías no entendió, mas intuyó que era indigno de vivir, aunque luego derivó a la convicción de que jamás el mundo sabría quién era él verdaderamente. Estaba seguro de que nunca le haría justicia.

Así volvieron por segunda vez al Norte, a Agua Santa, en el Cantón de Negreiros, Departamento de Pisagua. Salieron de Iquique a las once de la mañana y a la una de la tarde el tren paró pitando en Central, donde había un remolino de gente gritando “Se va el del Norte...”. Algunos pasajeros comían sin prisa en la recoba vecina. Trepidaban las locomotoras a la salida de la Casa de Máquinas y aso-

maban los tiznados de la maestranza a echar un párrafo con los viajeros.

Para él toda esa gente sonaba un poco remota, a pesar de que el paso del tren era una pequeña revolución en cada oficina. Allí rechinaba —durante muchos años sería así— esa confusión de coches, de carretas abiertas y carretelas tapadas, la gente apelotonada en los asientos, los bultos perdiendo el equilibrio y algunos jinetes a caballo o en mulas. El tren era el mundo que venía hacia ellos. Se detenía un momento, dejándoles a veces una carta, un pariente, viveres, y luego se despedía pitando hasta el día siguiente.

Volvió a trabajar en el salitre, de herramientero. Tomaba agua, insaciable. El desierto lo bebía a su vez, lo deshidratava, sorbiéndolo hasta la sed demencial. Experimentó de nuevo la angustiosa sensación de que el suyo era un trabajo sin tiempo. En las tardes la pampa le golpeaba el cerebro. No conocía al patrón, que a veces solía pasar por la administración como un fantasma; pero le parecía que su amo real era el desierto omnipotente. En las noches despertaba de súbito y no podía dormirse.

Se veía de herramientero, de matasapos por la eternidad. La sábana de camanchaca envolvía la oficina, oía voces quietas, el rechinar de la máquina y pensaba: “¿Cuándo cambiará esto?”.

Un día Agua Santa se estremeció: “¿Cómo? ¿No saben entonces? ¡Por favor, si se casa don Carlos, don Carlos Oldtrand, el administrador! ¡Y caramba, con quién se matrimonia el diantre! ¡Sáquele molde! Con la Luchita, con la Luchita Humberstone, la hija de don Santiago, el gerente, la heredera más rica de la pampa”. Doscientos cincuenta invitados. La novia salió retratada en los diarios de la capital. Era para ponerse turno mirando. Vino toda la gringada de cola de pato y con tongo. La mayoría llegó en tren. Los más próximos, en coches americanos y victorias relucientes. Al principio fué un ceremonioso y convencional desfile de sombreros con plumas de avestruz, faldas de encaje, guantes mosqueteros y un cielo de mostacillas.

Luego empezaron los brindis. Después perdieron la cabeza, con sombrero y todo. Y los pampinos, mira que te mira. Elías sentía algo raro por dentro, Su matrimonio no

sería así, de seguro; pero él no estaba para casamientos.

Como las cosas no marchaban bien para ellos en Agua Santa, se fueron a Puntunchara, una oficina situada en el mismo cantón. Tuvo allí trabajo por algún tiempo de oficial de mecánico y después como fogonero en las pequeñas locomotoras que acarreaban caliche. Tin-tin-tu. . . Progresos. Como oficial de mecánico le pagaban \$ 2,90 de aquella época. De fogonero le aumentaron 10 centavos. Tin-tin-tú. . . Progresos.

En cambio, su madre todavía no podía encontrar un puesto firme, lo cual acentuaba su melancolía nimbándole la cara de luz taciturna. Su aire delicado recibió una nota de fiereza. Permanecía largo rato ensimismada. El la notaba cariacontecida. Ella no quería mirarlo. Ocultaba su ternura y su pena. Pronto se marchó a hacer un reemplazo.

Eliás comenzó a llegar con olor a nicotina. La abuela lo olfateó como un perro de presa y descargó el castigo. Para ella continuaba siendo el pequeñuelo de Salamanca.

En la noche se sentó bajo las estrellas a pensar en todo esto. Ya no era el mismo. En medio de su dejadez, sentía que estaba naciendo dolorosamente de nuevo, que saltaba de un ser a otro ser. Vivía como al día siguiente de un terremoto. El antiguo niño que hubo en él habíase derrumbado, y aquella noche, en la oscuridad, debía levantar en serio de sus ruinas las piedras de su hombría. Hombre adolescente, en la desolación, en el éxtasis de la aparición carnal. Bajo las estrellas sentía que su corazón caminaba muy rápido. Se quedó columbrando el gran misterio de la mujer que ahora dormía lejos y que jamás cambió una palabra con él. La amaba y la temía. En su cuerpo, bajo la ropa pringosa, sucedían extraños acontecimientos. Empezó a usar interrogativamente la palabra "mundo". ¿Qué era todo ese cascarón estrellado bajo el cual vivía y que lo hacía sufrir, caída la noche, de ansia insatisfecha, de pregunta sin respuesta? El quería cosas grandes y las hacía tan pequeñas y tan mal. Quería contar en el mundo y vivía enterrado en sí mismo. Deseaba el amor y no se atrevía a dar un paso para realizarlo. Cuando reflexionaba en lo desdichado que era, la emoción y la autopiedad le desbordaban.

Deseaba, en el fondo, renunciar a toda su vida en el salitre y salir a predicar una buena nueva de vago amor entre los hombres. Sin embargo, todo esto era tan inestable. Lo olvidaba al día siguiente para volver a atormentarlo como un trance de vida o muerte cuando estaba solo en su tristeza. Sin embargo, pensaba que un día saldría por los caminos a redimir a los hombres y las mujeres de sus más hondos dolores. Transformaría en dulzura la miseria. Aunque muriera en la ruta, él sabría hacerlo. Esto fué lo que se dijo aquella noche en que su abuela le dió una paliza soberana por fumar un par de cigarrillos y se sentó bajo las estrellas a pensar en su vida.

## 5

La situación empeoró en Puntunchara, en todas las oficinas. "Hay crisis", decían los pampinos, sin entender mucho de aquello. El tío Lino le explicó: "Es una enfermedad que se deja caer sobre la pampa cada ciertos años y la deja parálitica por un tiempo".

—¡Dios mío! —gimió la abuela— ¿qué vamos a hacer?

Tío y sobrino llegaron aquel día con el sobre azul del despido. Y la vieja perdió todo su aire beligerante.

El tío Lino la miró en silencio. Luego sugirió:

—No queda más que volver a La Serena mientras pasa la mala racha.. Allá la vida es más barata.

Regresaron en primavera, con su madre. La Serena estaba fragante, hermosa en el atardecer. Elías se dedicaba a todos los menesteres que caían; pero pronto comprendió que era un obrero de la pampa y que se humillaba errando en pequeños quehaceres. La abuela lavaba ropa furiosamente. Elías se preguntó cuánto demoraría en crecer en su cabeza la imagen prodigiosa de la pampa.

Al año siguiente quiso embarcarlo de nuevo para Iquique, como un bulto. El se paró sobre sus pies, soberbio, y le gritó:

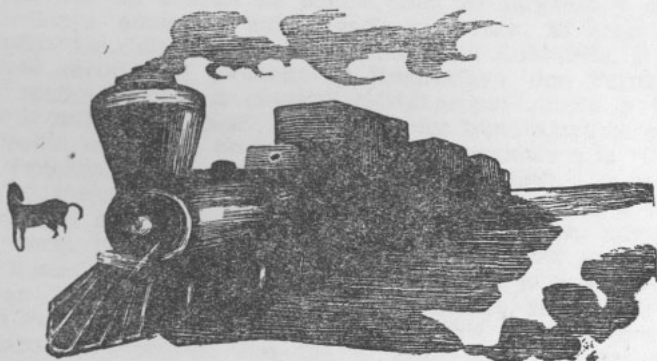
—No me voy ni a palos al Norte mientras no me vaya junto con mi madre.

Sentía su respiración anhelante. Era la primera vez

que se rebelaba contra la abuela. Lo golpeó en la cara, con sus plásticas manos rojas de lavandera. Pero el muchacho no chistó. Ella lo contempló con el desconcierto en los ojos. Comprendió que había dejado de ser niño.

Aquel día él encendió un cigarro ostentoso en su presencia. Ella pensó que era cierto lo que decían: el mundo estaba echado a perder. Y ella no valía el polvo que pisaba. Hacía rato que había pasado la plenitud y comenzó a aquejarla un cansancio que fué agachándola día por día. "Jesús, me estoy poniendo vieja", se dijo suavemente, tratando de que aquello no lo escuchara ni su alma. Echóse a la cama y allí permaneció una semana. Luego se levantó, al parecer, como si la escena de la revuelta jamás se hubiese producido. Tenía el rostro un poco más amarillo y en el pelo una guedeja más gris que antes. Pero partió dos días más tarde y Elías se quedó perplejo. ¿El la había echado?

La tierra lucía muy florida y el verano se anunciaba espléndido cuando llegó el cartero, como una visión con visera. La madre leyó lentamente. Elías adivinó por la letra rústica del sobre que era carta de la abuela. Consiguió un nombramiento de maestra para su hija en Huantajaya y les pedía que se fueran en seguida. Había vivido diez años justos exonerada del servicio. Elías tenía entonces quince.



## Capítulo V

Huantajaya fué un pozo de plata, fantasía de las fantasías, la lámpara de Aladino. Contó en sus buenos tiempos, allá por el 85, inmediatamente después de la guerra con el Perú, decenas de miles de habitantes, más de veinte prostíbulos establecidos. Con decir, que las cantinas pasaron de ciento.

Ahora arrastraba una decadencia vergonzante. La Placilla, o sea, el asiento del mineral, el pueblo mismo conservaba un cuartel de policía, con un sargento y seis guardianes, amén del subdelegado y el juez. El gran almacén "La Colorada", del austriaco José Lukinovic, y la tienda surtida del jorobado de Huantajaya, don Fernando Muñoz, hubieran enorgullecido al propio Iquique y tal vez al mismo Santiago. Al decir de los huantajayinos que conocían la capital, no tenían nada que envidiar a la "Casa Francesa" o a "Las Novedades Parisienses".

El pueblo —que ahora se aferraba avaramente a sus cinco mil habitantes— se erguía sobre un faldeo, mirando hacia la pampita. Lo rodeaban tres cerros cuajados de minas. Encima de la placilla, subiendo la ladera, estaban "La Margarita", "Las Marías" y "La San Pedro y San Pablo", que había sido padre y madre, pero ahora vegetaba ya broceada. Esa fué la gran mina, la que dió barra y semibarra. Había que sacarse el sombrero ante

ella. Allí los mineros solían ponerse cangallas en el culo. Ocultaban la plata en el orificio para poder sacarla de contrabando. Se pagaban \$ 25 de aquella época por la libra de plata. Y los más sinvergüenzas y de agujero más grande conseguían robarse hasta cinco kilos al mes, con lo cual se hacían otro sueldo. El patrón comenzó a vigilarlos. Desnudaban a todos los mineros para el registro. No dió resultados. Les pusieron un salto, una valla. Entonces los mineros ensayaban pasando la pierna por las barreras para ver si la plata caía.

En los buenos tiempos, todos los sábados subía don Jacinto Huantajaya, portando un maletín con cincuenta mil pesos y bajaba el domingo sin un centavo en dinero. Compraba la plata robada. Don Jacinto Huantajaya —ese no era su apellido; se llamaba Jacinto Torres o González— había sido minero y ahora llegaba vestido de chaquet, sombrero-hongo, corbata plastrón y cuello de pajarita. Aquilataba al ojo la piedra, poniéndole precio, sopesaba y tasaba como un experto que jamás comete un error de cálculo. Llegó a tener molienda y amalgamación propia en Iquique. Había dos más en el mismo puerto, una al final de la calle Bulnes, y la otra perteneciente a David Richardson, en la península de Cavancha; pero, como el suyo era metal robado, decidió instalar un establecimiento clandestino de su propiedad.

Sí; “San Pedro y San Pablo” fué fabulosa. Un barretero se demoraba tres días en pegar un tiro de dieciocho pulgadas. Le dieron tres asaltos. Se dejaron caer cuando las bodegas estaban a **tutti**, en barras y semibarras de alta ley. Los asaltantes eran dos bandas de mineros, “Los Colones” y “Los Compadres”. Estos últimos llegaron con caretas y al grito de “compadre, compadrito”, amarraron al administrador y fueron sacando que era un contento. A raíz del asalto, la compañía puso doble cierre y armó a los mineros.

Un día pareció que la mina se moría. La veta se fué corriendo hacia las “Tres Marias”, su vecina de abajo. Cierta noche, silenciosamente, llegó al límite y lo traspasó. El límite fué lo mejor. Entonces sobrevino un pleito

bulladísimo e interminable entre don Juan Mackenna, dueño de "Las Marías", y Jorge Chest, el propietario de la "San Pedro y San Pablo". Este era un marinero inglés desertor. Años atrás se quedó rezagado en el puerto de Iquique. Usaba entonces bolsillo con remaches de cobre y una volandita. Después, con las minas, se hizo inmensamente rico.

Arriba, en la cumbre, estaba "La Descubridora", también de un gringo corpulento, Roberto Prain, muy elegante y avezado jugador de polo. En los otros cerros, hallábanse emplazadas la "San Agustín", "La Colorada", "La Pique del Llano" y muchas más. Cuando Elías llegó, casi todas estaban paralizadas, menos la "San Juan", "La Descubridora", "La Colorada", "La San Agustín" y la "Santa Rosa", que languidecían por su parte. Sus luces se divisaban desde Huantajaya y viceversa.

## 2

Elías vivía entre esas montañas, que habían dado tanta riqueza, como el sediento junto a la copa inaccesible. La copa estaba semivacia. Sólo quedaban algunas gotas de plata y no encontraba trabajo para sí. Eran montes de luchas y muertes. El esplendor que pareció inagotable apenas se mantenía en la memoria de las familias allí vecindadas desde antiguo. Elías se preguntó si siempre le tocaría llegar tarde al reparto, si todas las cosas buenas del mundo se habían acabado o estaban en otras manos. Era ya un jovencito. Lo veía en el espejo. Tenía ganas de realizar hechos importantes, que dieran que hablar en Huantajaya y tal vez en toda la pampa.

Había crecido casi sin darse cuenta. Salamanca pertenecía ya a un tiempo medio olvidado. Le brotaba el bigote con vergonzosa imprecisión. Pelusilla ridícula. No tanto quizás. Quería hacer algo. Cuando oyó repetir cincuenta veces todas las glorias de Huantajaya se rebeló. Tuvo la visión de un fantasma de plata vieja que lo re-



prendía por el delito de no haber nacido treinta años antes, cuando valía la pena vivir. ¿De manera que él estaba asistiendo a un entierro que no terminaba nunca?

El hecho es que sólo hablaban de lo que fué y se quejaban mañana y tarde del presente. Era el tema. El tiempo había dejado de fluir para ellos y vivían dándole la espalda. Todo venía a menos. "Ya no son tantos los prostíbulos", decían con mucha delicadeza. "Es el mejor signo de que los buenos tiempos ya pasaron".

Si; la gente de Huantajaya sabía que la prosperidad la había abandonado.

Sin embargo, no le gustaba que les dijeran la verdad en su cara.

Un periodista iquiqueño tuvo la osada crueldad de llamarla en un artículo "Huantajaya, la muribunda". Esto provocó una viva protesta en nombre del pueblo, que saltó de su sepulcro. Hasta las piedras se conmovieron. ¡Oh, si, a pesar de todo, era un espectro orgulloso y empecinado, que amaba la vida a su modo y anhelaba ataviarse de luces y vanagloria a la caída del crepúsculo!

¡Cielo Santo! Soñaba con una estación de ferrocarril, con un tren que pasara una vez al día siquiera prestándole una gota de sangre nueva, una humareda, un estruendo de carros para hacer la parada, comunicándole una sensación de tráfigo y de movimiento mecánico. Pero no pasaba tren por Huantajaya. Pasaba lejos. A unos diez, veinte kilómetros a lo menos, por Santa Rosa, la estación más cercana. Envidiaban y despreciaban a Santa Rosa. La vida era injusta. Santa Rosa, ¡puah!, era cien, cien veces menos que Huantajaya. Y maldecían a la "Nitrate Railway Company", porque nunca supo comprender el valor de Huantajaya y favorecía a queridas menos hermosas, nuevas ricas, casi del todo insignificantes. ¡Hasta cuándo tendría que contentarse con que el servicio, la comunicación con el mundo, lo hiciera un retazo de carretas, que comenzaba a subir de Iquique a eso de las seis de la tarde, cuando comenzaba a oscurecer, y a las diez u once de la noche llegaba a Huantajaya! ¡Sólo Dios sabe que aquello era una verdadera vergüenza, una ignominia que clamaba al cielo!

El mismo dolor les causaba la electricidad, segunda tra-

gedia. Todo era para las minas. Las minas tenían luz eléctrica, producida por un dinamo. Y Huantajaya, mientras tanto, la pobre, consumiéndose con los chonchones. Su luz mortecina dictaba a algunos obstinados —que maduraban sueños de resignación más que de venganza o grandeza— la idea brillante de que no sacaban nada con desear luz eléctrica si no tenían plata ni para hacer cantar un ciego. ¿Para qué? ¿Para alumbrar la pobreza? No; gracias. Preferían ser pobres a oscuras. No ver sus vidas que fueron poderosas y ahora eran míseras. Para todo lo bonito que había que mirar, sobraba con los chonchones a parafina. Los que así hablaban eran como personas que daban puntadas en la mortaja.

Elías olía el moho y la fijeza. Todo parecía inmóvil, salvo el odio y la quejumbre de algunas gentes. El tiempo había caído en la charca como una rana. De vez en cuando cantaba a su manera, con voz tan rara, para decir: ¡Eh, hombres de Huantajaya! ¡No se crean! ¡Si todavía estoy vivo!”.

Era un pobre hombre el tiempo en Huantajaya.

### 3

Su madre andaba con una suave resignación estampada en el rostro. El recuerdo de Vidal Lafertte, su marido, era para ella una melodía lejana, ahora velada en dulzura. Dios le había dado, por fin, una escuela. Tenía los hijos a su lado. Tal vez se había completado su parábola y ella debía suspender el amor de su corazón para dedicarse a los pequeñuelos.

Así lo tomó. Era una escuela primaria, de tercera clase. Ella oficiaba de maestra y contaba con una ayudante, Angelita Fraga, joven flacuchenta como un huso. La escuela funcionaba en un edificio muy viejo y destartalado. Allí vivía la familia. Tenía un dormitorio, un comedorcito, cocina y dos salas de clases, en que se enseñaba desde el silabario al tercer año. Asistían los niños del pueblo y de las minas. A Elías le gustaba en las mañanas verlos ponerse en fila con sus delantales blancos para mostrar las uñas y

las orejas. Le causaba risa sorprenderlos voltear las palmas apresuradamente a fin de ocultar el piñén. La mamá los vigilaba, los dedos embutidos en las bocamangas. Era su actitud favorita. El la recordaba siempre con las manos cruzadas sobre el vestido oscuro, el rostro lleno y los ojos levemente inquisitivos. Había unas niñas, con cintajos en la cabeza, que parecían chicas de coro. Las que se estimaban pudientes, asistían con cuellos bordados y encajes. Antes de entrar, la profesora se cogía una muñeca con la mano y luego tocaba la campana. Entonces los niños entraban en apariencia mudos a la sala de papel listado.

Eliás sentía satisfacción en ser hijo de la profesora, muy estimada en el pueblo. Su madre era toda una dama. Mantenía las mejores relaciones y se la consultaba frecuentemente por los funcionarios públicos en asuntos de ortografía. Se hacían lenguas alabando su carácter jovial, cariñoso y atento. Ella, en verdad, era persona sin acrimonia. Poseía una buena palabra para todos. En la tarde leía un tomito sobre cuestiones pedagógicas. Era aficionada a las labores de aguja. Hacía también tejidos a palillo y a crochet. Después, cuando Eliás se marchó a Collahuasi, tejía caretas de lana para el frío, que le cubrían toda la cabeza, dejando al descubierto sólo ojos, boca y nariz.

A la hora de la oración hacía un poco de tertulia con el juez, el subdelegado y el jorobadito Muñoz. Eliás escuchaba silencioso. El curquito Muñoz tenía tres títulos de grandeza: era el tendero, el hombre de letras y el filósofo del pueblo. Con su mujer filosofaba poco; pero era muy empeñoso: tenía siete hijos, varoncitos entreverados con niñas. Los mayores iban a la escuela. Su esposa, de condición económica inferior, semianalfabeta y probablemente poco ufana de la jorobita de virtud de su marido, no asomaba casi nunca en público. Bueno. El jorobadito era un filósofo pesimista a la vez que un utópico ambiguo que gustaba de aforismos. "Los hombres han perdido el carácter, y las mujeres las buenas costumbres". No creía en el parlamentarismo ni en los gabinetes de turno. Insistía todas las tardes, en términos líricos, en una crítica aguda del presente. Tenía un fondo ético y hablaba soñador del "ideal". A través de confusas teorías de felicidad, expresaba anhelos que algunos estimaban curiosos en un hombre de su si-

tuación, pues, a pesar de que era el dueño de la tienda más grande y surtida de Huantajaya, en su mundo del futuro establecía la comunidad de bienes, la austeridad en la carne y el vino, el respeto a la inteligencia y el espíritu, amén de recalcar la decisiva importancia de la higiene y la necesidad de hacer desaparecer las grandes ciudades y los desiertos. En ese su esquema del porvenir, el mundo sería una campiña civilizada, una especie de Arcadia Moderna. Al término del párrafo, se quedaba mirando al aire, como si tuviera ante sus ojos la visión esplendorosa.

Las cosas no marchaban bien en la pampa. Esto lo inclinaba al fatalismo. El jorobado gustaba de formular vaticinios. Más de alguna vez se tocó la profecía augurando que con el advenimiento del siglo, el mundo acabaría o terminaría la pobreza y se impondría la felicidad así sobre la tierra. Entonces se hablaba mucho del siglo XX y Muñoz decidió en un tiempo colocar ese nombre a su tienda. Luego vino el arrepentimiento, porque el siglo lo desilusionó. El curquito sacaba las cuentas con los dedos de la mano:

—Hace ya más de un año que empezó el siglo y las cosas van de mal en peor. Todos esos profetas eran más falsos que Judas. El país está en bancarrota y la moral por los suelos.

La preceptora dió su opinión:

—No creo en los profetas; pero pienso que el siglo XX va a traer tal vez mejoría para el mundo. Ud., Muñoz, se lo pide todo de un golpe y hace apenas un año que comenzó. Está recién nacido. Pero estoy segura de que las cosas tienen que cambiar. Tal vez mis hijos vean esos cambios. Tal vez mis nietos. No sé. Ud. dice que el mundo está echado a perder. Yo creo que está mal hecho. Y los hombres tienen mucho que sufrir todavía.

Su madre frisaba entonces los cuarenta años y debió ir a la Serena a rendir examen de maestra interina. Se hizo un traje sastre ad-hoc. De regreso, todo el pueblo la recibió con palmas de triunfo. Huantajaya entera intuyó que había crecido su importancia, a pesar de lo cual el sueldo de la maestra continuó siendo igualmente miserable. Después confesó que había transpirado la gota gorda de puros nervios. Hubo preceptoras campesinas que se llenaron de azoro

ante la comisión, se hicieron un nudo en la cabeza y fueron reprobadas en medio del llanterío.

Elías sabía que debía comportarse como el hijo de la preceptora. No andaba mal vestido y aprendió a hacer vida social. Se inscribió en la "Sociedad Minera de Socorros Mutuos Internacional de Huantajaya", en la Cooperativa, la Filarmónica, el Club de Fútbol, o sea, en todas las instituciones existentes en el pueblo. Se paraba a platicar a las puertas de "La Colorada", gran almacén de ramos generales, con surtido especial de menestras y alcoholes. Solía divisar entonces al administrador de la mina "San Juan", don Carlos Bascuñán, un chicoco regordete y colorado, que entraba siempre a la cantina a remojar el gaznate. Elías no lo quería. Le había pedido trabajo y rehusó dárselo. Lo mismo le sucedió con el gringo Roberto Prain, el de la "Descubridora".

Se oxidaba en la inercia. De manera que estaba obligado a pasearse como un vago por las calles de Huantajaya, con su indumentaria de hijito de la maestrescuela, y a charlar con todo el mundo de la mañana a la noche.

## Capítulo VI

Cierto día hubo reconocimiento en una mina pequeña llamada "La Laura". Allí Elías consiguió, por fin, un empleo de arreador. Tenía que uncir dos caballos en el malacate y luego hacerlos girar para que subieran y bajaran los baldes por el pique recto. Los animales daban vueltas en torno a un tonel que servía de rústico cabrestante. De nuevo giraban y los baldes de cuero ascendían con piedras y bajaban vacíos, despacito, para no chocar. Elías arreaba lentamente las bestias. El cabo comenzaba a enrollarse. Dos hombres llenaban abajo los baldes y en la superficie otros dos los desocupaban.

Luego tenía que dar de comer a los animales.

Al principio observó con admiración la faena de los barreteros. Bajaban dos a barrenar, cada uno con tres tiros y un turno de ocho horas. En seis barrenaban y en dos había que extraer. Uno permanecía en la puerta para vaciar el balde en el carrito.

En la tercera mita, de las 8 de la noche a las 4 de la mañana, los hombres hacían el servicio de los caballos y Elías descansaba de sus 16 horas de trabajo. Dormía junto a los caballos —relevados como él— y las herramientas, hasta que un borde de luz nocturna ponía fin a la oscuridad de su sueño.

Sentábase en el suelo y entreveía a los nocheros reali-

zando su trabajo en silencio alrededor del malacate. En verano las montañas tenían un aura bajo la luna. Eran buenos hombres los nocheros. El era mañanero y tardero. Ellos trabajaban con un vigor lento y callado, como fingiendo ignorar que Elías estaba despierto, empujándolo a que tratara de reposar un poco más. Hablaban en voz baja. Ahora reían suavemente como si hubieran sorprendido algún recuerdo delicioso.

Elías olió la noche poderosa y desnuda. Sentía necesidad de mujer. Era una tierra de violencia y de terribles fantasías. Perseguían el golpe de suerte, que los iba a librar de ese trabajo sin destino. El más viejo tenía manos secas y espaldas de labrador; pero la cara se le veía casi transparente, sobre todo ahora que Elías la contemplaba al resplandor lunar.

Recordó que pronto iba a ser amanecida de sábado, día de descenso al pique. Entonces dejaba de ser arreador para transformarse en barretero.

El hombre del rostro transparente gritó hacia él:

—¡Ya son las cuatro!

Se preparó para la bajada. Encendió su lámpara. Miró hacia la profundidad sin descubrir fondo. Con la boca entreabierta, vaciló un momento. Tenía sesenta metros de hondura. El enmaderado llegaba hasta cincuenta metros de la superficie. Luego, tenía que seguir descendiendo por una escalera de gato. Si daba un paso en falso, adiós Elías. Sabía que estaba pálido. Comenzó a descolgarse cautelosamente. Pensó que se había demorado media hora en el descenso. Pero de seguro fué mucho menos. Los hombres se precipitaron al fondo con una rapidez brutal de monos y comenzaron a empatar el tiro. Para ellos era como un hijo silenciosamente. Sintió esa áspera solidaridad sin palabras, vergonzosa de sí misma. Empezaron a trabajar el barreno. Dos pulgadas. Luego le correspondió a Elías. Entonces se rebeló contra su torpeza.

Hacía una figura triste tratando de barrenar el tiro. Pero ellos no le manifestaban desprecio. Lo ayudaban cuidando de no humillarlo.

Por la boca del pique —un punto que se iluminó como una estrella— vió que había aclarado. Arriba la luz matu-

tina conservaba todavía un poco de humedad de la camanchaca. A las diez, cuando subiera, porque iban a hacer el disparo, el aire estaría seco y caldeado como un hierro al rojo blanco. Era dura aquella faena. Tal vez él no fuera demasiado fuerte para ella. Sí; tenía las ventajas de la buena educación. Era hijo de la profesora; pero no servía para barrenar tiros. Tal vez la verdadera educación del pobre fuera sólo el trabajo duro. Ahí tenía: los dos hombres barrenaban silbando, sin agitarse, con el pensamiento ausente. Y de cuando en vez, intercambiaban alguna banalidad. Y él, con cara de idiota, comenzó a divagar. Ideas mortificantes, convulsivos tormentos, que afortunadamente nadie advertía en la noche del pique.

Ascendió por la escalera de gato balanceándose, deseoso de mostrar alguna audacia. Tenía un anhelo apasionado de cambiar de vida. En ésto iba pensando mientras subía hacia la luz. Algo que tuviera un sentido más épico que barrenar tiros y más belleza que hacer girar las bestias alrededor del malacate. Algo que le diera derecho a un verdadero reposo, en cama con colchón. Físicamente no se sentía capaz de tanto esfuerzo. El corazón trepidaba. Subir y bajar un abismo angosto como una sepultura demasiado profunda. Con las manos en la escalera, descubrió que sus piernas temblaban; sentíase demasiado nervioso.

Nunca aprendería a ser minero.

## 2

Estaba en la Filarmónica cuando dos muchachos amigos le anunciaron:

—¡Oye, se fué el gringo Prain para su tierra!

—Ahora si que puedes ir a trabajar a la Descubridora. No te sienta andar dando vuelta a los burros toda la vida.

Sí; era una tentación. Aceptaría. Le pareció que está en la naturaleza del hombre pobre ser un animal de trabajo toda la vida, ¿Pero ser minero de frente no es mejor que dar vueltas y vueltas a la noria, al malacate, a ser la tercera bestia alrededor del oscuro brocal del pozo? La vida,



dando vueltas al cabrestante, se le había convertido en una estúpida tragedia, donde la hermosura no tenía cabida.

Trabajó en la cancha como carretillero y angarillero. Cosas fuertes, cosas rudas, no más. Carecía de habilidad. No sabía sentarse a separar minerales, ni distinguirlos a ojo de buen varón.

Un día se redujo el trabajo al sol. Y entonces echaron a Elías y a su hermano Luis, —que tenía entonces 11 años; pero era casi más alto que él y muy frágil, pálidamente espigado— adentro de la mina, donde hacía más calor que en un volcán. Dejó de sentir lástima por si mismo —hombre grande, al fin y al cabo— para transformar la autopiedad en sentido de protección a su hermano menor, que era un niño por donde se le mirara. Debería estar en la escuela; pero la madre ganaba una miseria partida por la mitad. A Luis no le daba el cuerpo para la faena. Elías comenzó a desempeñar parte de su labor. El chico vivía en la idolatría de la madre y se mordía los labios para no estallar en sollozos. Elías perdió toda esperanza. A veces el pequeñuelo se quedaba tendido como un muerto, petrificado como la estatua del agotamiento. El se instalaba a su lado, lo rociaba de agua hasta que abría los ojos y entonces la realidad de la vida desataba su corazón en quejas amargas. Cuando vió a su hermano Luis caer rendido una mañana, sospechó que tal vez no existía el buen Dios. Recordó con odio los días de su infancia, en que sus ojos permanecieron ciegos en el templo. Sus antiguos terrores del infierno resultaban pequeños en relación a los que ahora estaba viviendo por su hermanito.

Entraban a las ocho de la noche y salían a las ocho de la mañana.

Los llamaban por lista y bajaban la escalera de cuerdas. Descendía primero el administrador y distribuía el trabajo.

Luis se desempeñaba de herramientero, con un capacho a la espalda. Iba entregando en ataditos los barrenos a cada barretero. Transportaba las fraguas de mano para arreglar los tiros de dieciocho pulgadas.

Elías trabajó de apir. El barretero iba siguiendo el socavón y él sacaba la piedra que extraía, la paleaba y luego repletaba con ella su capacho. La lámpara por delante, iba

trotando, arrastraba la piedra a la superficie arrojándola en el sitio preciso. En seguida, bajaba corriendo, por la escalera, con su capacho auestas, a reiniciar la operación. Allí descubrió que hay materiales más pesados que el plomo, sobre todo, una arcilla muy jabonosa. Nunca le aprendió el nombre, pero su cuerpo supo siempre lo que era la condenada. Subió con el capacho a duras penas. En la superficie se encontró con su hermano, los ojillos aterrados, sus piernas torcidas, lleno de un horror de muerte. Empezó a llorar a su lado. Y él lo acompañó sin querer. El barretero salió a buscarlo y vio las lágrimas de los dos hermanos. Entonces dijo a Elías:

—“Llora, chiquillo. Llora no más. ¡Dáte ese gusto si quiera! No eres el primer minero que llora”.

Trabajó un tiempo como ayudante de tornero. Enganchar y desenganchar el único capacho en la cigüeña.

Un eterno subir el pesado balde de la noria. Entre tres tenían que llenar de diecinueve a veintidós carros en ocho horas. Los torneros, desnudos de cintura arriba, agarraban la manilla e iban haciendo saltar el mineral, que Elías, en medio de tremendas caídas de la gramática, arrojaba a los capachos vacíos, se los echaba a la espalda y subía a desocuparlos para bajar en el acto.

Andaba con hambre crónica; pero sobre todo le afectaba ver al pequeño Luis sufriendo y matándose. Le faltaba salud al chico. Su madre deseó para él una instrucción competente y allí estaba doblando el espinazo bajo el capacho. Un par de minutos de burro de carga y quedaba exhausto. Pero fuera de llorar y de recordar a la mamá, no decía nada. Siempre fué callado y apegado al hogar. En cambio, el tornero con el cual trabajaba, por ejemplo, era un animal que vendía salud. Lo fascinaba por sus inmensas espaldas rojas al sol, que irradiaban una sensación de tierra y piedra viva y que tenía fuerzas para estar soltando risotadas y palabrotas a toda hora.

Fué a Huantajaya y contó a su madre que Lucho sufría demasiado en “La Descubridora”. Ella lo miró en silencio, como pidiéndole perdón; le explicó que hacía un año que el maldito fisco no le pagaba el sueldo y trajo a Lucho de nuevo a su lado, en la escuelita.

Tiempo después se paralizó el trabajo en la mina y Elías otra vez quedó cesante.

Entonces se marchó a Iquique, donde vivía su abuela.

Lo impulsaba también la curiosidad irresistible de los diecisiete años, en que su alma se hacía carnal y sensual.

Olfateó en sí, persistente y turbado, el olor del hombre. Algo más apasionado que erótico. La edad en que se sintió



tísico, extraño y digno de amor. En que su corazón vacante buscaba un rostro y un cuerpo, una conversación tierna a la hora de la luna. Experimentaba una necesidad virulenta de penetrar lo desconocido y de integrarse en otro ser, oscuramente. Deseaba crear algo propio que no sabía en qué consistía. Tenía un afán devorante por hacer otra vida. A veces tal vez deseaba más la dicha de los otros, de todos los otros, de sus hermanos, de todos los Luchitos de la tierra, que la propia felicidad. Sentía que no podía, que no quería esperar demasiado. Ansiaba un cambio rápido, violento y aventurar mucho. No creía en los viejos y pensaba que en la juventud sobre todo se refugiaban la grandeza y la dignidad de la existencia.

Por ésto marchó a Iquique, no a rodar tierras, sino a la conquista de un sueño largamente deseado, que le hiciera olvidar la miseria y la pequeñez de su vida. Quería terminar con la pesadilla de todos los capachos del mundo y sumergirse en la corriente de la libertad, la cual suponía que debía encontrarse cerca del mar.

## Capítulo VII

El día en que cumplió dieciocho años Elías hizo, como en las tiendas, un balance de su vida, de sus ganancias y sus pérdidas. Llegó a la conclusión de que estaba en quiebra en todo sentido. Era un hombre sin independencia. Vivía muy aferrado a su hogar y, en especial, a la abuela, digna de llevar los más firmes pantalones de este mundo.

Una tarde de noviembre de 1904 —la tierra humeaba en las calles polvorientas de Iquique— lo arrastró de un ala al Ferrocarril Salitrero, en busca de trabajo. Elías estuvo más mudo que una piedra. La abuela hizo el gasto de la conversación.

—Parece un joven serio— comentó, semblanteándolo como si fuera un bicho raro, el Jefe de la Sección Tornería.

—Es muy formal para todas sus cosas— subrayó la anciana.

Elías sentía ganas de gritar. Tenía miedo de abrir la boca y decir alguna barbaridad. La angustia le retorció las tripas.

El hombrecillo sonrió amistosamente y dejó de observarlo. Conversó con la abuela, dándole la espalda. Al final, se volvió hacia él y le dijo:

—Vuelve el lunes.

Fué así cómo Elías se hizo operario del Ferrocarril Salitrero, en la Sección Tornería. Trabajó de aprendiz con el

cepillo de bronce. Durante la primera semana el Jefe-Tornero inspeccionó su labor y le aplicó varios coscachos, a manera de estímulo pedagógico, "para abrir las entendederas". Debía cifrar una ciega confianza en la eficacia y bondad del método, pues la semana siguiente lo dejó entregado a sus fuerzas, como si fuera un operario hecho y derecho. Tal conducta se combinó sabia y sobriamente con la falta de pago en el primer tiempo.

Cuando se vió solo, le bajaron unas ganas locas de agarrar la chaqueta y mandarse a cambiar. Le producía pánico saberse responsable de las transmisiones, de las poleas girantes y de tanto ruido y movimiento que aun no dominaba. Pero al frente de su impulso de huida, veía de cuerpo entero a su querida abuela, subiendo y bajando la mano como un cuchillo: "Eliás, si te vas, nadie te libra de una paliza de cuero de chancho".

Y su abuela era muy hombre y cumplidora. De manera que se quedó, sujetándose la cabeza a dos manos, sin saber qué hacer.

Encontró el ángel salvador en un joven de su edad, que trabajaba al lado, en el torno chico, Jerónimo Zambrano Carvajal. Advirtió su angustia, su lucha impotente contra el gramillador. Se puso de pie y vino hacia él:

—¿Qué? ¿No puede hacerlo, compañero?

Era alto y estaba con los brazos en jarras.

—El nivel no corre en la plancha— respondió.

Se inclinó a ajustar. Al cabo de un momento, limpiando sus manos en huaipe, dijo, rebosando satisfacción:

—¡Así! Ahora la pieza está bien asentada.

Echó a andar la máquina. Eliás no le dió las gracias; pero Jerónimo siguió ayudándolo. Terminó familiarizándose con el torno y con Jerónimo. Se acostumbraron a andar siempre juntos. Las gentes, al verlos caminar por las calles conversando de este mundo y del otro, solían decir: "Allá van. Son hermanos". Sin embargo, eran muy diferentes. Pero Eliás estaba agradecido. Gracias a él disminuyeron las preocupaciones por las extrañas máquinas de la maestranza, descubrió sus enigmas y tuvo un amigo. Ganaba cincuenta centavos al día. Se sentía un potentado, que inquiere por la cotización del cambio internacional, pues pagaban el sa-

lario a base de peniques. Esta era una modalidad propia del ferrocarril salitrero. Cada jueves tenía que hacer los cálculos de un financiero: ¿A cómo está el cambio en relación a la libra esterlina? El valor del peso fluctuaba, entonces, entre los catorce y medio y los dieciséis peniques. Pagaban el sábado en la tarde, mediante un procedimiento rápido. Al terminar la mañana de aquel día les entregaban en el taller una cartulina de control con la ficha. El era el 65. Cada obrero tenía su número, sistema introducido por los ingleses en la pampa. Se ponían luego en filas y arrojaban los billetes prendidos con alfiler a la hoja contabilizadora. La primera vez Elías la peloteó en el aire y quiso comprarse todo el pueblo de Iquique; pero tuvo que entregar el sobre intacto a la abuela.

Al principio cepillaba sólo bronce y metal blanco. Se puso muy orgulloso cuando fué designado oficial del cepillo de fierro. Estaba casi a la misma altura de Jerónimo. Cepillaban piezas de los carros y locomotoras y conversaban que se les hacía tarde. La vida no estaba tan fea. No había cumplido aún veinte años y ahora ganaba ochenta centavos oro al día.

En las tardes paseaba con Jerónimo. El tiempo pasaba volando. Cada seis meses había aumento de sueldos por promoción. Al cabo de un año, a raíz de su segundo ascenso, lo colocaron en el torno chico de Jerónimo. Se sintió el Rey de las locomotoras. Pasadores y pernos, pasadores y pernos. Hilas y tuercas, tuercas e hilas. Sí; hacía tuercas e hilas. Se complicaba mucho, pues, para colocar con exactitud las ruedas que fabrican las hilas tenía que conocer unas famosas tablas matemáticas. Nunca las aprendió. Otros obreros solían ayudarlo. Ellos también las ignoraban. Pero así era. Sin conocer, en verdad, los secretos del cambio, cada jueves calculaban perfectamente cuanto iban a recibir el sábado, y sin saber ni siquiera las tablas de multiplicar resolvían como flechas el problema de las hilas muriéndose de la risa.

## 2

Sintió que para que el hombre creciera libremente en él tenía que romper con la abuela. La mejor manera sería

partir. Cavilaba dentro y fuera del trabajo sobre esta urgencia. Discutió largo y tendido sus proyectos de viaje con Jerónimo. El también deseaba marcharse.

Elías debía salir de Iquique. No es que él soñara en una ciudad inmensa. Necesitaba más bien ver cosas y probar su fuerza, aunque lo hiciera en los despoblados del desierto. Pero debía sentir que iba solo y era dueño de sí mismo. Los sábados en la tarde huía del puerto hacia el interior. Se iba a pie a Huantajaya, dos horas de viaje por los cerros. A menudo convidaba a Jerónimo Zambrano y tranqueaban embebidos charlando por el camino de las Tres Cuestas. Elías de preferencia conversaba sobre fútbol. Zambrano insistía en otros temas: la política, las huelgas. En Iquique lo tironeaba arrastrándolo a la Mancomunal de Obreros y a escuchar conferencias en el local de los Marítimos.

Le seguía gustando Huantajaya, por lo menos para pasar los fines de semana y ver a su madre en la Escuela. Y como cuando era niño, continuaba jugando por el club de fútbol del pueblo. Siempre que Huantajaya tenía un encuentro pendiente, él subía desde Iquique a ponerse los bototos con toperoles.

La pelota era importante. En el ferrocarril los bandos políticos se identificaban con los clubes de fútbol: "El América F. C.", dirigido y apoyado por los liberales democráticos (balmacedistas), y el "Tarapacá F. C.", manipulado por los radicales.

Un día no supo cómo —a través de su afición al fútbol— cayó en las redes del "América F. C.". Allí le aumentaron un poco la edad para convertirlo en ciudadano elector. Con curiosidad fué a inscribirse. Le asistía el sentimiento de que tal paso lo hacía definitivamente maduro y persona que decidía en el destino de la patria. También sería hombre grande ante los ojos de la Ley, que se le antojaba una dama, sino hermosa, por lo menos respetable. Tuvo una primera cita con ella. Fué en la Municipalidad, al inscribirse. En cuanto a aquello de su moralidad a prueba de tiros talvez se exageraba. Vió que detrás de sus augustas polleras se hacían muchas martingalas. Sobraban los chanchullos. La Municipalidad estaba en manos del América. Había tres alcaldes, dos balmacedistas y un radical, lo cual producía a



menudo en las votaciones resultados tan reñidos y emocionantes como en el fútbol.

### 3

Hubo boda en la familia.

Esto lo confirmó en la idea de que se estaba poniendo viejo. Su hermana María Inés —tres años menor que él, bella y reservada— casi sin decir “agua va” le dió un cuñado, Luis Oscar Meléndez, mozo de piel curtida, guarapón con ancho surco al medio, estatura mediana, hundidos ojos pequeños, descomunales calamorros de explorador, medias de futbolista hasta la hora de dormir y bigotes con guías más largas que las viñas del Sur. Llegó, sí, al matrimonio con hongo, chaquet y chaleco de piqué listado.

Toda su parentela, Meléndez Alcayaga, por las dudas, larga y retostada estirpe minera de Copiapó, estuvo presente en el casamiento.

Quiénes llevaron el pandero fueron los hermanos del novio. Prácticos en laboreo, a la sazón vivían en Huantajaya. Relataron consejas y chascarros mineros. Discutieron a grito pelado sobre vetas y llaños. Pero su hablar favorito versaba sobre Collahuasi. Obedecían todos al patronímico de Luis —Luis Quirino, Luis Lombardo, etc.— Se adueñaron pronto de la fiesta con sus desapoderadas, incoherentes historias y sus gracias pantagruélicas, tintíneo y ruptura de copas, chanzas secas y húmedas, que arrancaban chillidos a las señoritas sin experiencia de la vida.

Su nuevo cuñado, en medio del barullo y la euforia, chasqueó los labios y comenzó a gritarle una estentórea cantilena:

—Elías, no seas tonto, vente conmigo a Collahuasi.  
Elías, no seas tonto...

Y así largo rato. La canción no era ingeniosa ni simpática. Engulló un bocado de la torta de novia. Le supo agria. Su hermana callaba, según el reglamento tradicional de las recién desposadas, y lo miraba con cara patética, de prima donna, suplicándole que no estallara.

Luis Oscar Meléndez seguía, déle que suene, con el

estribillo. Luego echó los brazos al cuello de su suegra. Y ella se vió obligada a hacer una sesuda alocución sobre el verdadero significado del matrimonio. Precisamente ella.

Cuando terminó la fiesta, de amanecida, Elías se quedó cavilando, con el abdomen abultado. En todo Iquique se hablaba oro y mieles, cosas inauditas de Collahuasi, con sus alcances prodigiosos. Los diarios salían atestados de Collahuasi, a la cual se ponderaba como la gran riqueza de la época, un Nuevo Chañarillo.

Collahuasi o no Collahuasi, Elías se dijo que su hermana Inés le acababa de dar una lección de independencia respecto de la abuela, con la cual ahora estaba casi siempre de punta. Al día siguiente lió sus bártulos y tomó pensión en casa de Jerónimo. Sin embargo, éste pronto se marchó a la Oficina Ramírez. Elías se sintió solo vagando por las maestranzas del ferrocarril y las calles de Iquique. Cerró los ojos cavilando donde ir. Cumpliría luego veinte años y debía hacer el Servicio Militar. Tenía que entrar al regimiento en abril. Se retiró del ferrocarril salitrero. No salió sorteado.

Así se encontró en estado de disponibilidad para hacerse hombre del mundo. Le pareció que era regularmente feliz, más bien, ni desgraciado ni afortunado. Pero estaba decidido a abandonar la vida peregrina de los soñadores y a volverse, por angas o por mangas, un joven de acción y de plata.

## Capítulo VIII

Lo atacó, entonces, una locura muy agradable, deslumbradora a los veinte años, y para el minero de cepa, a toda edad.

Su locura se llamó Collahuasi. El demonio y la serpiente fué su cuñado.

Partieron de mañana con un baqueano. Llevaban para el servicio de la mina dos nuevos animales: un macho y una mula corcoveadora, que avanzaban como rastreando.

Durante la primera paradilla en Lagunas se portaron como la mona. Pescaron una borrachera llena de lloros y copioso cobro de sentimientos.

En Lagunas había timbirimbas y gonorreas al vuelo. Vieron bajar un minero joven. Cuatro días antes pasó por allí y ahora volvía de lo alto con una blenorragia de los mil demonios.

Al tercer día ensillaron las bestias y montaron con el cuerpo malo, enfilando en arco rumbo a la quebrada de Guatacondo. La bestia andaba saltona y arrojó a Elías al suelo. Después el macho lanzó a tierra al cuñado, lo cual envolvió a Elías en una acariciante sensación de igualdad en la desgracia. Volvieron a montar. Recorrieron lentamente la pampa extensa y agotadora que se empinaba por quebradillas sin agua, cordones y lomajes.

Meléndez le relató sus grandezas. Había vivido en el

Chuquicamata de las mil pertenencias y de las mil minas. Elías se quedaba mirándolo, preguntándose hasta donde fantaseaba narrando sus expediciones en una mula por el desierto.

—“ . . . me moría de sed. Soñaba con un hilo de agua. El arriero decía que ese ojo de agua existía. El ojo de Linzor, se llama. Allí florece el algarrobo, el ciruelo, la parra y el trigo. ¿Conoces Toconce, Elías? No; no lo conoces. No conoces nada. Tiene un río dulce nacido en el ojo de Linzor. Luego pasamos por Toconchi, el ayllu, cerca de San Pedro de Atacama. Tierras veteadas. Allí hay rica agua de pozo. (insistía en el tema del agua en el momento menos oportuno). ¡Te gustaría a tí, Elías! Tomamos agua hasta que nos dió puntada. De repente, en la cordillera, brota un vallecito. Yo ya estaba muy cansado de andar entre puras montañas. Tenía ganas de llegar a Bolivia, adonde se fué tu padre y se perdió. Y en el vallecito tienes casitas de piedra y campitos de maíz, trigo y alfalfa. Hay perales y manzanos. La primavera amanece muy temprano allí, Elías. Salen las flores de los claveles, los retamos y bajan los manantiales a la quebrada.”

Elías sospechó que tal vez Meléndez estaba recordando a su hermana y por eso poetizaba las cosas de esa manera. Aprovechó una pausa para preguntar:

—¿Pero qué andabas haciendo, Luis, por allá? ¿No andarías paseando, por el puro gusto?

—¡Caramba la preguntita! ¿Serás bendito? Haciendo negocios, hombre, buscando negocios, viendo minas. Uno nace con la chifladura y con ella muere. Un día vamos a ir a Calama. Una casa de putas. Siempre fué una casa de putas. Corre mucha plata. Te gustaría, Elías.

—¿Por qué? ¿Por qué es lo que tú dices?— dijo atormentado por el bochorno del camino.

Meneó la cabeza.

—No. Porque se puede hacer plata allí. Tú no sabes nada. Estás recién nacido. Hay cerca —no tan cerca que digamos— un cerro muy alto que mentan el Nevado. Te gustaría, Elías. Hay patos en la laguna de Chiu Chiu. ¡Te apuesto a que no conoces los gentillares! Ahí están los muertos antiguos, los indios que han muerto. Tienen los

dientes colorados de cobre. Un día todo ese cobre podría ser mío. Yo estuve entre los indios, donde los muertos tienen los dientes colorados de puro cobre. Estuve el día de la Pachamama —el día de la fiesta de la tierra. También ellos tienen sus fiestecitas—. Cantan al grano enterrado. Yo le cantaré pero al tesoro enterrado. Al cobre enterrado. Me gustaría tener ese cobre, Elías. Hay mucho cobre en Chuquicamata. Cobre a rajo abierto. No saben explotarlo, te digo. Un día llegó un chileno Camus, Lucho Camus, tocayo mío. Tenía una mina de cobre en San Luis. Le puso el nombre por él. Tiró la plata a la chuña. Y un cable lo mató. Yo conozco todo eso como conozco Huantajaya, como si lo hubiera parido. Después llegaron Enrique Villegas y unos hermanos españoles, los Troyos se llamaban, y Manuel Alvarez, Miguelito Zuleta, Martín Pérez, Epifanio Campaña, Feliciano Vivaceta, Hermógenes Navia, Baldomero Toro y, entre todos, fundaron un pueblecito. Se llama Chuquicamata, por si no lo sabes. Pero no saben trabajar, te digo. El año pasado andaba un gringo, cara de bruto, a las buscas. Se hacía el de las chacras, completamente de las monjas. Puso casa en Calama y comenzó a hurguetear por aquí y por allá. Los chilenos se gastan todo donde "La Combo". Corren por la escalera de gato y se toman en un día, en la chingana, lo que ganan en un mes. ¡Caramba los tontos manirroto y bebedores!

—Raro.

—¿Qué tiene de raro?

—¿Tú no tomas acaso?

—'Lomo; pero nunca tanto. Y el gringo rosillo, cara de bruto, les está levantando el santo y la limosna, les está robando el tesoro. Aquí todo el mundo está loco por el salitre. Desprecian el cobre, pero tu cuñado, que es minero fino, te dice que el cobre vale más que el salitre. La última vez que fui el gringo tenía la nariz metida en todo. Hurgaba unas capas verdes de atacamita y brocatinta. Y después unas celestes. Yo le dije; "Se llaman kronkita". Gracias, dijo el muy ignorante. ¿Hay alguien que sepa más de minas que Luis Meléndez Alcayaga? —Se irguió como Napoleón en su caballo. Mordió más fuerte el cigarro. Se trenzó las guías de los bigotes. Luego continuó.— ¿Qué hacerle?

Nací minero. Moriré minero. Tengo ojos de minero, corazón de minero, pálpito de minero, tinca de minero. Nunca le yerro. Sí, Elías, todo es cobre, ¡Por Dios! Pero el gringo nos tiene comidos por los pies. Arrendó dos indios en Chiu-Chiu, los hermanos Almonte, alarifes, y anduvo cateando y reconociendo. Ahora está —según dicen— en Nueva York. Fué a buscar a un ingeniero. Creo que ya tiene compradas la “San Rafael”, “La Rosario del Llano”, “Flor del Bosque”, “El Cobre”, “Las Tres Marías”. Le echó el ojo a las minas de Hermógenes Navia y de la sucesión de Miguelito Zuleta, que son los más duros para vender.

—¿Y por qué no te quedaste tú en Chuqui... si es tan buena como dices?

Su cuñado sonrió. Acarició el cuello del borrico.

—¿Por qué? Porque Collahuasi es mucho mejor... y la tengo palabreada. Aquí me voy a hacer más rico que Salomón.

La borrachera les había producido una sed horrible. Su cuñado enmudeció con el rostro congestionado. Mostró el yermo e hizo con voz premonitoria un comentario tranquilizador:

—Aquí ha muerto mucha gente por falta de agua.

## 2

Hacia el crepúsculo llegaron —más muertos que vivos— a Tiquima, un villorrio predominantemente indígena, donde imperaba una familia de mestizos norteños, los Hoyos. Pernoctaron en su casa. El padre, de bigote entrecano, tenía un rostro lleno de cicatrices.

Las carretas sólo alcanzaban hasta allí. A escasa distancia del poblado, en una garganta de la quebrada, un salto de agua cortaba el paso a cualquier vehículo. Elías sacó cuentas sombrías: habían hecho apenas la cuarta parte del viaje y el tramo más fácil. No estaba habituado a jinetear a lomo de mula y traía el trasero hecho un San Lázaro.

En la tarde siguiente reanudaron el viaje. Al cuarto de hora de camino iba con los ojos cerrados, mordiéndose los

labios. Tenía que hacer de tripas corazón: no era larga la segunda jornada hasta Guatacondo. Sin embargo, la mula se paraba husmeando agua y tenía que abrir los ojos y espolearla. Estaban a comienzos de abril. Aunque habían dejado atrás las arenas, el paisaje parecía la negación de sí mismo, una sucesión monótona de cerros y barrancos, el comienzo del contrafuerte, donde los quiscales levantaban a trechos su ternura de espinas. Tierra árida hasta la máxima desolación. Allí la naturaleza no se concede el derecho a la menor fantasía refrescante. El sol levanta visiones, vanos espejismos que voltejean sobre las cresterías hablando de una reverberante agua secreta, que devolvía la esperanza, mas nunca saciaba a los caminantes. Era la suya una marcha heroica, como la de un conquistador. ¿Pero acaso él no iba a conquistar la riqueza?

Sentía un caos en su corazón y esperaba que el sacrificio y la aventura pusieran verdad en sus sueños. De vez en cuando divisaba algunos renovales. Ahora su cuñado iba silencioso, tal vez cansado de contar sus glorias de Chuquicamata. Hasta las mulas parecían tranquilas a fuerza de fatiga. Lo atormentó de nuevo la sed quemante, que amorata los labios.

Cuando se descolgó el ocaso de los cerros entraron a Guatacondo, un caserío donde brillaba el verde. Allí crecían las lechugas y la fruta estaba por terminar en el valle, infinitamente dorada. Pareció el fin de las penalidades. El Otoño abría sus alas rojas y amarillas sobre el pequeño oasis y Elías sintió que la vida retornaba a su ser, a grandes tragos.

Al día siguiente pasaron por Copaquiri —un pueblecito de indios taciturnos y cetrinos— donde por aquel tiempo se pretendía construir una planta cuprífera. A partir de allí la montaña se empinaba como el sol a las once de la mañana.

Al frente, a algunas horas de marcha, en plena cordillera de Los Andes, estaba radicada la locura magnética, "Collahuasi". Dos minas, que se nutrían de una misma veta, producían cobre, "La Poderosa" y "La Grande". El delirio consistía en constituir propiedades mineras y en atrapar la fortuna de un golpe. Se contaban descubrimientos maravi-

llantes. "Sólo el imbécil y el podrido de flojo no se hacen millonarios". De la noche a la mañana formábanse centenares de sociedades para explotar Collahuasi. Todo ese paño de cerros que Elías divisaba al fondo estaba cuajado de pedimentos y cada cierto trecho abríanse los laboreos.

Temía la puna. Había mucha puna en Collahuasi. Estaba en Copaquiri cuando vió bajar a un hombre apunado de la mina. Se le había obstruído la garganta. Sintió cortada la respiración y empezó a sangrar.

Comenzaron a subir con desconfianza. En lugar de ir directamente a la placilla de Collahuasi, la caravana torció a "Santa Jovita del Poto" y de allí a "Las Julias". Su corazón trabajaba normalmente. Elías soportó bien la prueba del ascenso y estimó que las cosas saldrían a pedir de boca.

Cuando llegaron a "Las Julias" —grupo de 33 pertenencias de Collahuasi— su cuñado estalló en una verdadera exaltación. Meléndez, como sucede en los libros de aventuras, robó exactamente el secreto de las minas a un hombrecillo que cuchicheaba sobre el tema en una pieza vecina, separada por un tabique de género. Aquella misma noche, bajó sigilosamente a Iquique a ganar el quién





vive. Solicitó el pedimiento cerca del Isluye, un volcán apagado. Atormentaba a Luis Meléndez el temor de que aquella noche no hubiese escuchado con precisión los deslindes al hombrecillo que hablaba en voz baja al otro lado del tabique de trapo, o que todo hubiese sido una mera alucinación auditiva, fabricada por su maldita pasión de incorregible minero.

Cuando llegó al punto indicado en el plano, apodóse con frenesí de los cerros parados. Los abrazaba con la mirada, como si alguien pudiese en la noche arrebatárselos. Afebrado por el embrujo y el recelo, dormía poco. Por modestia, autodesignóse "administrador - técnico" de la "Mina Julia, Sociedad Anónima", y a Elías, su escudero, lo nombró "encargado de pulpería", mesonero.

Ganarían un montón de plata. Nada de aleatorio había en la empresa. Negocio seguro.

## Capítulo IX

Días antes de la primera nevazón llegaron los catres, bultos, ropa de cama, las maderas, los víveres, las herramientas. Se trataba de comenzar una labor, de construir un pueblecito minero. No había casas, sino improvisadas rucas de chamiza. La gente vivía atareada apisonando el sello del terraplén, donde se iba a levantar la placilla.

Elías estaba satisfecho del sueldo. Su cuñado le iba a pagar ciento cincuenta pesos mensuales, más la comida, que precisamente tenía que preparar él. No era muy variada: salmón y sardinas en tarros, charqui y tortillas al rescoldo, que servían durante dos o tres días. Armaba el fuego quemando renovales secos.

Pronto los carpinteros terminaron de construir una barraca. Se dió término al terraplén para la administración y un camino hasta la mina. Elías atendía enérgicamente la pulpería, donde se compraba con un apunte, pues no corría dinero.

Arrastraban una vida solitaria, aburrida, sin diarios ni noticias, con olor a tabaco y aguardiente. Era un mundo bárbaro. Elías se estaba educando. A los mineros las buenas maneras les importaban un pepino. Una vez por semana se turnaban para ir a Collahuasi a buscar carne, correspondencia y pan, cuando estaban demasiado hastiados con las tortillas al rescoldo. Allí sí que había ver-

dadera placilla: cientos de mineros. En "La Julia" nunca subieron de quince. En Collahuasi encontraban fondas, pulperías y bolivianas de Ollagüe. En cuanto a las últimas, en "La Julia" también tenían dos, viejas y mudas. Lavaban ropa y hacían sopaipillas sin zapallo ni levadura, a pura grasa.

Vino el frío ascendente y la nieve. En junio las nevazones interrumpieron el tránsito y quedaron aislados. Los víveres se fueron acabando en la pulpería. Sólo restaban harina y charqui. La gente quería irse a través de la nieve. Su cuñado andaba con un humor de los mil diablos y gritaba:

—¡Ya va a llegar la tropa! ¡Espérense, desgraciados!

Pasaba el tiempo, seguían cayendo los copos como si estuvieran desplumando millones de patos en el cielo y la tropilla no llegaba. Comenzó a escasear hasta el charqui y la harina. Además, el mineral no marchaba. A Meléndez le dió por desquitarse con Elías. Una mañana de gran nevazón lo despidió del puesto de pulpero. Elías se quedó mirándolo, con los ojos bien abiertos:

—¿Qué voy a hacer? —le dijo—. Está nevando. A lo mejor no puedo bajar hasta que llegue septiembre.

—¿Quieres trabajo? Trabaja aquí entonces hasta septiembre.

—¿Hasta septiembre? Si antes todos no nos morimos de hambre...

## 2

Empezó a servir de carretillero. Sacaba tierra y piedra de un socavón de la veta. Colocó una tabla de puentecillo y atravesaba con la carretilla de mano. Fué formando desmontes. Era un trabajo mejor remunerado que el de pulpero; pero tenía que deducir del sueldo los gastos de la comida, que no eran muchos, pues casi no había qué tragar. Formóse una redondilla para las magras colaciones. Así el cocinero de turno compartía los metros corridos por sus comensales.

Luego pasó a construir pozos de ordenanza de cinco

metros. Llegó a ver burros negros. Un día, al atardecer, cuando se sentía más molido que la arena del desierto, se dió a pensar en lo que estaba viviendo. Todas esas minas, con los más variados nombres, "Las Tamayas", "Santa Jovita del Poto" —llamada así a causa de los pliegues profundos de sus barrancos—, "Las Julias" fueron dineros tirados al cerro. Sólo "La Grande" y "La Poderosa" verdaderamente producían. Eran minas hondas, con peinecillas y máquinas extractoras.

La Mina Grande —propiedad de ingleses— se surtía por unas piaras de carreta, que partían de Cerro Gordo y se empinaban al filo de serranías y quebradas hasta llegar a la Cordillera. Era una doña mina y se relacionaba con el puerto de Iquique a lo ricachona. Las carretas bajaban al paraje que se llama Chayacoyo, situado en el mismo manto de Lagunas. Allí esperaban un trencito Decauville para transportar los productos.

"La Poderosa" pertenecía a un francés y tampoco dejaba feo su nombre. Bajaba en carretas, con nueve mulas, el metal de cobre de buena ley hasta la estación Carcote del ferrocarril a Bolivia. Y las mismas carretas transportaban de regreso mercaderías, sierras, herramientas, motores, provisiones. Por aquel tiempo Elías vió los sellos, el terraplén de un ferrocarril en construcción que daría a La Poderosa un desvío para bajar a sus minerales de menos de un 75% de ley.

### 3

Transcurrían las horas muertas aguardando la llegada de la recua.

Elías se afinó más íntimo con los mineros.

De día entraban al socavón, barrenaban sus tiros, los tronaban y luego venía la saca.

De noche, en medio de la nieve, bajo un cobertizo, celebraban reuniones alrededor del fuego. Solían cantar. Saltaba a la vista que no se trataba de gente improvisada en el oficio. Algunos se ufanaban de que hasta sus abuelos habían sido mineros. Verdad o jactancia, la mayoría

procedía de Atacama, aunque habían dos guanayes, del Maule, y un chilote.

Otros trabajaron en Andacollo y allí adoraron la Virgen del Rosario, la Virgen Pagana de las Montañas. Uno fué chino, turbante y danzante en la peregrinación. Y todos eran jugadores de azar.

No cesaban de recontar sus historias, maravillas y desgracias de cateadores. Creían a pie juntillas en ensalmos y exorcismos. Comunicábanse sueños insulsos, incongruentes, y datos infalibles. Evocaban la lista de sus infortunios y dejaban vagar su áspera fantasía, cuajada de supersticiones. Se llenaban la boca hablando de "El Reventón Colorado", de "Tres Puntas" y "El Manto de Cobos", de las minas "Las Lechuzas", "La Vaca Muerta" y "El Morado". Agregaban nuevas versiones sobre "Chañarcillo", "Tamaya" y "La Dulcinea de Puquios". Enumeraban las minas trágicamente sentadas.

Pero, entre todos, tenían tal vez un tema predilecto: el "tachueta" González, un ingeniero práctico, medio aludado, muy amante de la geología, que andaba explorando siempre con un mechero de Bunsen y un frasco de vitriolo en la alforja, y que, así, loqueando y loqueando, descubrió Collahuasi.

Había en la mina unos pocos argentinos, que vinieron de Salta y Jujuy, buscando la suerte. Contaban anécdotas de su tierra nativa y los abrumaban a sobrenombres. A Pedro Albanés —macizo y enlutado como una locomotora— lo apodaban "El Bota y Potro". Julián Hernández —con su traje a rayas tan pronunciadas— fué bautizado "pantalón de caminitos".

Pedro Albanés gruñía —pitando su cigarro interminable que encendía en el fogón— "chilenos bandidos". Y así seguía y tenía que echarlo a la broma porque el capataz —un chango rechoncho— era el mejor apodador de la mina.

Eliás se preguntó si hablaban tanto para pasar el hambre o para matar la soledad. Charlaban acerca de lo que no tenían, de aquello por lo cual sentían nostalgia, especialmente de mujeres. Hembras de burdeles, tremendas hazañas sexuales, formidables demostraciones de virilidad, riñas, hechos de sangre, filtraciones y derrumbes.

Un sujeto de la Ligüa de Pullai —con el pelo desteñido por el sol— era el que contaba las historias con mayor sabor picante. Resultaba imposible que le hubieran sucedido tantas peripecias a un solo hombre. Necesitaría, por lo menos, unas cinco vidas para alcanzar a vivirlas todas. Elías concluyó que se había apoderado de cuanto cuento de mineros escuchó y, exagerándolos, colocó siempre en el lugar del héroe su propio yo.

Se hablaba, en fin, de mil cosas tontas y sin provecho, aunque había algunos relatos singularmente hermosos. En todos Elías advirtió una marca común: respiraban un ansia irreprimible de vivir, de afirmar en alto sus pequeños nombres anónimos, de demostrar que no siempre habían sido tan solos y que fueron amados con delirio por mujeres que muchos guapos codiciaron hasta la muerte. Eran los presos de la mina. Eso eran. El también.

En medio de la nieve, le venían ramalazos de sentimiento, ganas de volver, de ir hacia su madre. La sonrisa indulgente que la iluminaba se hacía más bella cuando la evocaba en la soledad de la montaña amortajada.

Traía renovales para avivar el fogón. Jugaban a las cartas. Había jóvenes como él, hombres maduros y algunos viejos reservados, que hablaban poco talvez porque ya nada esperaban.

Languideció la charla. El hambre le hizo cosquillas en el vientre y luego subió como un sudor frío por las sienas.

Yacía recostado a su espalda un muchacho de Huan-tajaya, a quien, por razones obvias, llamaban "El Rajado Molina". Por aquel tiempo, los centros nuevos reclutaban en otros establecimientos mineros experimentados. Pero Molina no era nada de eso. Cayó en Collahuasi de puro vagabundo.

Más que minero, era un granuja de siete suelas, un vividor a la de Dios es grande, calavera redomado, dicharachero, sinvergüenza entre los sinvergüenzas, que calzaba ostentosos zapatos bayos y hablaba por diez. Lo había estado mirando todo el tiempo: tan diestro en tirar las cartas al monte y la tranquilidad con que lanzaba "torpedos", billetes de grueso calibre, cuyo origen se desco-

nocía. El gran sablista le clavó unos ojos tiernos. Manipuló los dedos al cacho en seguida como un angelito. Entre tiro y tiro, rememoraba con Elías hasta las piedras de Huantajaya. “¿Tú no me conoces bien? —le reprochó—. ¿Cuántas veces no hemos jugado juntos? —Esto los acercaba mucho—. ¿Sabes una cosa, Elías? Echo mucho de menos los billares de Huantajaya. —Se estaba poniendo sentimental, por Dios.

—¿Antes de venir para acá, donde anduviste? —preguntó Elías.

—¡Ah!— ¡Chiss! ¿Por dónde no anduve? Fui al baile de la Virgen de las Peñitas.

—¿Tú crees en la Virgen de las Peñitas?

—Por la madre, en algo habrá que creer. ¿No? Allá tuve el papel del Rey. De regreso de la Virgen pasamos por Agua Santa y le repetimos la función a Santiago Humberstone, en la cancha de tennis.

—¿Y tú, qué hacías?

—Daba órdenes, pues el esclavo venía entre los bailarines y las músicas y me pedía que lo dejara libre. Y yo como soy de buen corazón, le decía: “Esclavo, eres libre”. —Al decirlo, puso una cara de esplendor real.

Los hombres reunidos en torno a la hoguera terminaron por detestar a Meléndez, que rumiaba a solas su fracaso. Refugiado en la guarida de su Administración, solía espiarlos por las rendijas. Quedaban apenas dos sacos de harina. Una patrulla intentó aventurarse a través de la nieve; pero hubo de volver. Elías no hablaba con su cuñado. Llegó a admitir la posibilidad de morir entre las tenazas del hambre y la nieve. Aquella noche algunos resolvieron que en cuanto dejara de nevar se marcharían. Elías contempló el cielo. La luna salió, con un círculo de mal agüero. Parpadeó la luz en el cobertizo iluminado sobre el terraplén.

Transcurrieron los días, con una ración de dos tortillas por boca. La gente cesó de trabajar. Estalló un par de tormentas eléctricas. El trueno anunció con su artillería una guerra en el cielo. Luego paró la nevazón y aclaró el tiempo.

Aprovechando la escampada, un día de agosto llegaron

tres tropillas. La mayor se componía de veinte mulas cargadas. Meléndez salió de su madriguera y acarició la re-cua. Trajeron dos cajones de whisky para el cuñado. En la noche hubo francachela. No era nada extraño en aque-las oquedades beber whisky, que experimentaba un apre-ciable desvanecimiento de grados a causa del frío y la al-tura. Los quince hombres bebieron aquella noche whis-ky en tazonas hasta que dieron cuenta de los dos cajones. Se les quitó el frío. Abrieron la puerta de escape de su locura. Rompieron a disparar a las estrellas, que aquella noche aparecieron después de mucho tiempo. Y entre ba-lazo y balazo, perdida la chaveta, consumieron todos los tarros de lenguas, agotaron las conservas. Sobrepujaron la hartura, tratando de ponerse al día de cuatro meses de hambre.

Luego empezó a nevar de nuevo.



## Capítulo X

Se aproximaban las fiestas patrias. Elías decidió permanecer un tiempo más en Collahuasi, esperando que el camino de regreso se hiciera practicable y agregar algún dinero a las tres letras que guardaba en el bolsillo, sin poder cambiarlas en el mineral.

Cinco días antes del 18, Molina, "El Rajado de Huan-tajaya", alargó a Elías la manzana de la tentación:

—¡Vámonos a Iquique!

—¿Y en qué?

¡Vámonos, no más! ¡No seas tonto! Nos vamos hasta Guatacondo de a pie. Allí conseguimos mulas.

—Pero si el camino está tapado de nieve...

—¿Y qué tiene que ver eso? ¡Me cago en la nieve!

En el fondo, Elías deseaba ir a Iquique. Partieron de Julia en la tarde, como a las dos, sin medir nada, ni las distancias, ni la nieve, ni las consecuencias.

Caminaron entre picachos altos como las montañas de la luna. Así los veía Elías. Pero al cabo de un par de horas de camino, sus ojos se cerraron para esa belleza enemiga y madrastra. Allí el hombre y la tierra se tornaban escasamente comunicativos. Los dos muchachos callaban, atentos a su batalla. Los zapatos bayos de Molina no se veían. Nunca Elías sintióse más indefenso y pequeño, más extraño a la naturaleza. Tenía que aprender a respirar de nuevo, con

suavidad, con dolor de su corazón y riesgo de la vida. Estaba entregado a lo desconocido. Si apuraba el tranco, podría despeñarse.

Miró a través de las altas cordilleras y mesetas, de enneguecedora albura, buscando la línea fronteriza del desierto. Quería llegar pronto al páramo, donde el día es plano, amarillo, interminable como sus arenales. Es cierto que el hombre allí vaga, transido de terror callado, en medio de las tierras llenas de un infinito vacío. Sin embargo, Elías no temía ser devorado por las dunas caminantes. Las prefería a la nieve que adormece, donde debía andar, andar siempre, hasta llegar o morir; pero nunca detenerse. Allí la inmovilidad es la muerte. Sí; deseaba escapar al océano de nieve para caer en la marea de arena. El desierto fué entonces para él la vida.

Se deslizaba a pie enjuto. No podía forzar la respiración. Aquel era un desafío más fuerte que su sangre. Resultaba difícil encontrar el derrotero. Mohino, soñaba con un caserío, con descubrir una de esas comunidades del desierto encerradas entre dos cerros, que ignoran el mundo. Ningún establecimiento a la vista. Calculó que la línea del ferrocarril de cremallera estaba muy lejos. El descendería alegre las millas de gradiente; pero en el desierto. Quería dormir y no debía.

Llegó la noche. Soñó encontrar una mula de alturas indígenas, entre la corona de nieves cordilleranas, y un hilo de agua, de aquellos que se sumergen bajo las escarpas desérticas.

A eso de la una de la mañana, rendidos, se detuvieron en un salar. Allí Molina se durmió. El decidió velar su sueño, como una manera de resistir el sopor

De súbito en la noche se desperezó de un respingo. Se había quedado dormido. Despertó helado bajo la luna, junto a la laguna salada, de aguas muertas. Era blanca y plomiza. Encima del banco de cloruro de sodio, vió mogotes cristalizados de costra salina. Pensó que así podía estar él, como una estatua humedecida por la camanchaca. Miró el reloj. Las cuatro de la mañana.

Comenzó a remecer a Molina. No podía despertar. Tenía que despabilarlo. Buscó algo para rociarle la cara; pero

en ninguna quebrada descubría una vertiente, una naciente de agua. Caminó entumecido. Cerros, portezuelos, terraplenes calcáreos, cuencas reseca, hoyas de salar. Decidió golpearlo en la cabeza con un mogote de sal. Al quinto golpe, Molina movió la cabeza y abrió los ojos.

Caminaron, caminaron todo el día, con los párpados morados y reseca. Estaba a punto de llegar la primavera; pero la nieve seguía.

Volvió de nuevo el temido atardecer. El horizonte se hizo de platino. La oscuridad vino a posarse sobre los cerros festoneados de franjas blancas como un gran mastodonte. Y él tuvo miedo, desesperó de llegar a Iquique, de ver nuevamente a su madre.

Molina experimentó la puna, la puna que hace de la bomba del corazón un nudo ciego.

## 2

Se arrastraron toda la noche antes de trasponer las terrazas nevadas y tocar la línea del desierto.

Cuando, a las diez de la mañana, comenzó a quemar el sol, resolvieron acostarse bajo la sombra de las grandes piedras.

Al atardecer llegaron a Guatacondo, con aspecto de sobrevivientes. La cama de la posada en el camino les pareció un colchón de plumas de ángeles. El pillastre de Molina, con las letras de Elías, pidió lo más caro y comenzó a pagar las cuentas como un príncipe. Luego invitó a unos arrieros a una corrida de copas. Era ducho en agarrar los vueltos y en conversar acerca del verdadero paraíso que debería ser Iquique a raíz de las fiestas.

Reanudaron la marcha a pie hasta Tiquima, en busca de una carreta. No encontraron ninguna. Los troperos les explicaron:

—Las carretas van a demorar dos días en subir.

No podían esperar tanto. Llegarían atrasados a las fiestas patrias.

El maucho que venía desde Pintados a dejar carne a Tiquima en una mula de tiro, se las ofreció.

—¡Chiss... con esta mula llego a Andacollo!— exclamó Molina. Partieron después de almuerzo. No tenía montura, sino aparejo de carga. Se turnaron. Un rato al anca Elías y luego al aparejo. En seguida, el cambio. Era sólo un jinete accidental y sentía el dolor hasta las ingles.

En Challacollo, el fin de la carreta, se metieron a la fonda a engullir algo. Entre las nueve o diez de la noche. Molina cabalgaba al anca. Elías montaba callado sobre el aparejo, molesto con su compañero de viaje. Divisó un resplandor borroso de luces en la lejanía. La Oficina "La Granja", de los Astoreca. La conocía, una cárcel en el desierto, un recinto amurallado, donde no se dejaba salir a nadie sin permiso de la administración.

Entonces Elías advirtió que la mula se hacía liviana. No se atrevió a mirar hacia el anca. Pero adivinó que su compañero se había apeado en silencio e iba a traviesa caminos huyendo hacia las luces de "La Granja". Se llevó instintivamente la mano al bolsillo. Le quedaba sólo una letra. Sí, él sabía. Se había ido a jugar. Observó de nuevo el titilar de las luces y pensó que debía perseguir al descarado, echarle la mula encima. Desvió las riendas. Luego se detuvo en la huella. No; no valía la pena. Sintió lástima por él, por esa necesidad que lo empujó a desvalijar al amigo junto al cual se había jugado recién la vida en la nieve. ¿Desvalijar? ¡Desvalijar, no! Le había dejado una letra, para que él también pudiera alcanzar a Iquique y gozar un poco de la vida. Por suerte, la más alta.

Llegó solo a Cerro Gordo, donde había una especie de fundición. Era muy tarde ya, cerca de medianoche. Tenía el cuerpo molido y el alma adolorida. Alivió la mula y se acostó a la intemperie sobre los arreos. Pensaba en los ladrones. Con Molina fué compañero de juegos y diabluras de adolescentes en Huantajaya. Y ahora le había hecho esa cochinateda. ¿Qué lo impulsó?

Durmió apenas. A las cinco de la mañana ensilló la mula y partió hacia Pintados, donde tenía que tomar el tren.

En la estación se lustró los zapatos. En un carro de primera vió al bribón de Molina muy repatingado. Volvió la cara y no quiso verlo más. Si alguna vez lo encontró por los caminos, no le dijo palabra.

En el vagón sintió que tal vez debía darse por feliz. Sumido en el entresueño, luchaba, con leve cabeceo, por no quedarse dormido en la nieve. Temía despertar sin nariz ni orejas. O simplemente no despertar. Padecía la falta de alimentos y el peso de la soledad andina. ¡Ah! Cuando tocó de nuevo la pampa familiar, el yermo quemante bajo el sol eterno, se hubiera puesto a entonar un canto de triunfo, como si celebrara la reconquista del paraíso, de no haber tenido al lado al fresco de Molina. Pero éste se hubiera muerto de la risa ante tamaña acción de gracias. Contaría su acto de adoración por todas partes y lo cubriría de ridículo aquí y en la Quebrada del Ají.

Contempló la pampa por la ventanilla. Halló hermoso el desierto. Probablemente se había hecho nortino, pampino de alma. Tal vez el niño de Salamanca —florida y subtropical— se tornaba poco a poco hombre del páramo hasta la médula de los huesos.

## 3

En el tren se encontró con una gran nueva: terremoto en Valparaíso.

—¿No sabía Ud.?— le dijo con asombro su vecino de banco, un vendedor ambulante. —¿En qué mundo vive?

—¿Cuándo fué?

—Hace un mes justo. El 16 de Agosto.

—¿Y fué muy tremendo?

—El acabo de mundo. No hay fiestas. El 18 está suprimido. Todo el país debe guardar el luto— añadió con una solemnidad que le recordó la voz de "El Lombriz Solitaria" en el púlpito.

En Iquique se encontró con otra noticia. Equivalió a una verdadera catástrofe, a un cataclismo por cuenta propia. La mujer fuerte, el terremoto de su infancia, había muerto allí, en su casa, sin que él supiera nada. La abuela Juana había muerto. Ella, que fué el árbol de su niñez, la piedra y la cúpula, las cejas retintas, el arrimo y el deber. La mujer poderosa era polvo en el polvo. Sus huesos daban cal a la tierra. ¿Debía hacerle un responso? Recordó los Re-

citativos del Advenimiento. ¡Abuela Juana, tuvo que abrirse la tierra en Valparaíso, para que tú murieras! La habían puesto en el agujero. Y ahora no veía el extenso horizonte de Salamanca, que le colmaba de tranquilo gozo los ojos. ¡Oh sí! ¡Oh no! Ella no tuvo ningún beneficio de este mundo.

Con ella Elías se elevó en un navío sobre el mar. Juntos sufrieron los carnavales. Ella levantó el pilar de la casa, que nunca poseyó como propia. Ella, que no tuvo derecho a sombrita en la vida, ahora dormía a la sombra más grande de todas. ¡Dios Mío! Caballo de tiro, hueso duro de roer. Con ella peregrinó en largas caminatas. Fué la aguada en el desierto, el puquío dulce, la leche en la pampa y el sonar del látigo. ¿Merecía un aura de ángel? Oh, tal vez no. Más que ángel fué una leona, que luchó hasta morir en el claroscuro de la pobreza.

Ahora la abuela Juana estaba convirtiéndose en olvido. No conoció la comodidad de esta vida. Tenía la solidez de una estaca y un golpe de corazón la derribó en un minuto. A veces, cuando lo regañaba —sacó la cuenta de que nunca le hizo un mimo— fué para él aceite de ricino y vieja arpía.

La veía agachada sobre la batea lavando, en la penumbra, exprimiendo la ropa ajena, con sus manos huesudas, resistiendo el mal tiempo como una piedra del camino. Y comprendió que era amor lo que le profesaba.

Le pareció que la casa tenía los cuartos vacíos, que el mundo estaba hecho de calamidades. El recuerdo de la abuela lo martirizaba. Contempló los muros sin revoque y entendió que ellos eran pobres, definitivamente pobres y que estaban muy tristes.

Fué con el tío Lino al Velódromo, un óvalo, una cinta de tierra apisonada circundando la cancha de fútbol. Hubo carrera de ciclistas, con apuestas mutuas, a beneficio de los damnificados del terremoto. ¡Oh, aquel no era el "dieciocho" de la pampa, con sus tres días de juerga! Ni reinaba ese frenesí con que en la noche del 16 embancaban los fuegos y dejaban los cachuchos parados. Ni reconocía el espíritu del 17, en que todo el pueblo amanecía embanderado. No habían ramadas, peleas ni borracheras. Hubo un terremoto muy grande, la abuela estaba muerta. Pensó que las

oficinas harían un alto, sí, azaroso y lleno de inútil feriado. Saltaría el canto de los niños. Un profesor comenzaría a recordar la patria, que estaba de luto. El andaba con una corbata negra y un brazalete por ella. Tal vez la patria se acordaría de ellos, entonces. Sí, todos los pueblos, las estaciones, las oficinas, deberían estar de fiesta y de luto a la vez. Oradores especiales se hartarían de palabras sobre la gloria y la muerte. Pero nada de eso tal vez ocurría. Hubo un gran terremoto. Y la abuela estaba muerta. Seguía atormentándolo la idea de que en ese momento se podría en



la tierra. Había sol encarnado sobre los techos sucios, negros de miseria. La tierra estaba amarilla y los ciclistas corrían como unos condenados. ¿Para qué?

Volvió a casa. Su madre estaba allí, de luto riguroso. Veía la pieza renegrida por el hollín y a la mamá silenciosa e inmóvil como una pared. Sintió que no podría desaguar su dolor, por lo menos en Iquique. El tío estaba más alto y flaco, según le pareció, y había descuidado la artística atención del bigote. Tal vez le costaba hablar. Todos parecían enfermos de silencio. El mismo.

Vagó por las veredas. Un alivio tuvo: encontrar a su amigo Jerónimo Zambrano, quien vino a ver a la familia al puerto.

Su madre dejó de quejarse. Y él comprendió que debía partir de nuevo. Collahuasi, el infierno, era preferible a esa sensación de que la raíz de la sangre ha muerto y uno queda en el aire. En la casa de la calle Unión nadie se desgañaba llorando; pero era peor ese silencio de piedra en el corazón.



## Capítulo XI

Volvió a Collahuasi, con la sensación de que la vida le había mostrado los puños. No podía saborear las cosas, pues el recuerdo de la abuela le quitó el derecho a los goces. De regreso, blancura sólo se veía en los picachos más altos, en las nieves eternas. Sin embargo, no podía alejar la muerte de su conciencia.

Sin tomar aliento, se hundió en el trabajo. Se empeñó en lo que no acostumbraba hacer. Barrenó tiros, los cargó y los hizo explotar, con verdadero odio y la certidumbre de una infantil venganza. La mina era un fracaso y su cuñado estaba arruinado y más cascarrabias que nunca. No había compensación a la mala vida.

El verano llegó y sólo refrescaba de noche. El aparentaba dormir, pero seguía pensando en abandonar toda aquella mentira, esa mina que los había embaucado. En la noche, en torno a las fogatas, se tramaban verdaderos motines. Elías sentía crecer la rebelión contra esa pesada y vana soledad. Todo aquello había sido un disparate, a pesar de que él juntó un poco de dinero.

Enero tocaba a su fin y decidió bajar.

Cuando estuvo de vuelta en Iquique supo que su madre había sido trasladada a Alto de San Antonio. Fué allí. No encontró trabajo para él. Lo buscó en el puerto, sin éxito. En cambio, volvió a toparse con Zambrano, quien se enredó en

dificultades en la Oficina Ramírez, se enervó, peleó y ahora estaba igualmente desocupado. Vagaron ambos a las buscas, mirando, ociosos. Se fotografiaron juntos en la plaza. Luego Elías le dijo:

—Oye, Jerónimo, te propongo una cosa: vamos a la pampa a buscar trabajo. Yo cargo con el pasaje y los otros gastos. Me queda un poco de plata que traje de Collahuasi.

—¿Dónde? ¿A qué parte?

—A San Antonio, para empezar. En San Antonio mismo no hay. Pero de allí salimos a buscar por los alrededores. Allí está mi madre. Nos ahorraremos la pensión.

Tomaron el tren de las once de la mañana. A las tres de la tarde estaban en San Antonio. La madre se manifestó feliz y como asombrada de verle de nuevo. Elías vió que el tiempo la había hecho todavía más ceremoniosa y urbana. Siempre hablaba de cosas serias. Tenía alma de maestra, con indulgencia y amor para todos. Respiraba una apacible confianza.

Al día siguiente encamináronse a una oficina cercana, "La Argentina". Se presentaron al Jefe de Maestranza.

—¿Ud. qué hace?, preguntó a Jerónimo.

—Soy tornero.

—¿Y Ud.?—, interrogó a Elías.

—Oficial de fragua.

—Bueno; pueden salir a trabajar.

Llegaron las camas en carreta. Les dieron pieza.

Buscaron cantina. Era cómodo: si querían, en veinte minutos estaban de vuelta en casa, en San Antonio.

## 2

El tiempo fluyó impetuoso.

Un buen día Jerónimo recibió carta de un pariente. "Falta el tornero en Ramírez" le decía. Elías tuvo la tentación de partir de nuevo. Resolvieron irse juntos.

Fueron a la administración a arreglar el finiquito. Devolvían las libretas en veinticuatro horas. Les descontaron a cada uno un peso mensual por el médico, que nunca venía. En la botica recetaban sólo sulfato de soda.

En Ramírez tomaron entre ambos una pieza. Elías trabajó de oficial de mecánico.

Como la mayoría de las oficinas de la pampa, "Ramírez" tenía un pobre campamento. Las calles eran un nidal de hoyos, donde se empollaba la cochambre. Consistían las habitaciones en endebles casuchas de madera y zinc. A eso de las ocho de la noche caía la camanchaca, de no verse las manos, hasta el alba. Entonces los cuartos se ponían helados. Durante el día, con el bombardeo del sol, resultaban horriblemente calurosos.

Elías estudió de llegada curiosamente la configuración de la oficina. Se levantaba sobre el lomaje de un cerro bajo. Pronto supo la historia de "Ramírez". Tal vez los episodios más notables se referían al hecho de que cuatro o cinco veces —nadie pudo especificar la cifra exactamente— "Ramírez" fué anegada. A consecuencia de los deshielos cordilleranos, vaciándose las quebradas, el torrente pasó como un diablo por el pueblo de Huara, destruyó la línea del ferrocarril —lo cual obligó a hacer trasbordeo— e inundó al pie del anfiteatro el reseco campamento. Hubo que empezar a construir las casas más arriba. Pero, en verdad, la gente no tomó la inundación a lo trágico. Estaba más bien orgullosa de que hubiese ventisqueros encima de su desierto y que precisamente en "Ramírez" irrumpiera de súbito a tajo abierto un caudal de agua tan copioso como sólo se acostumbra ver en el sur. El administrador, un inglés, don Tomás Low, desarrolló una actividad demoniaca, realizando toda suerte de operaciones de salvataje, inclusive las más inverosímiles. Por otra parte, era siempre así de dinámico. No le paraba el talón atendiendo la oficina desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Lo llamaban "Cara de Jaiba" y "El Ladilla Importada". Metía la nariz en todas partes, en la máquina elaboradora, en los calderos, en la maestranza, la rampla, etc. El mismo gozaba tocando los pitos y las campanas para indicar la entrada y salida del trabajo.

El sueldo de Jerónimo era tres veces superior al suyo. Elías sólo ganaba cinco pesos diarios. No le alcanzaba para todos sus gastos y su madre lo suplementaba con una ayudita. Después se le aumentó cuando lo encargaron del

cuidado del motor que proveía de electricidad al campamento. Su jornada empezaba a las seis y media de la tarde. Era un viejo motor vertical. Había noches en que se calentaba más que el demonio. Elías dormía... Bajaba la luz. Bajaba demasiado. Dejaba a oscuras la oficina. Entonces venía corriendo el fogonero, furioso, a reprocharlo:

—¡El motor! ¡El motor, hijuna!

Elías pegaba un respingo saliendo del sueño, como si le hubieran aplicado un despertador en la oreja. Gruñía:

—¡Qué culpa tengo yo! ¡Si se calienta solo!

Tenían que desarmarlo y luego volver a armarlo. Y la oficina seguía en tinieblas.

Al rato volvían a encenderse las luces. Elías tornaba a roncar. Ganaba siete pesos y roncaba por mucho más.

Era un perfecto Don Nadie. Iba a la filarmónica, con ansias de actor y bailarín.

“Ramírez” comenzó a pesarle. Pensó que una noche no se despertaría cuando el fogonero viniera a gritarle con voz de trueno: “¡El motor, el motor!”. Tenía otros deseos. Entreveía ciertas emociones desconocidas. Sentía la necesidad de ambientes que se renuevan. Sospechaba que existían la poesía y el teatro. Elías no veía claro en sí mismo. No estaba seguro de lo que quería. Tal vez allí estaba perdiendo la vida. Le gustaría frotarse los ojos una noche y encontrarse en un mundo diferente. Partiría. ¿Pero adónde? A otra oficina, de seguro. ¿Mas, qué podría embellecer ese oscuro vivir de la pampa? No es que se sintiera un héroe. ¡Pero tenía veinte años! ¿Existía algún objetivo, tenía algún valor ese solitario deambular por las oficinas? En verdad, lo que buscaba era un sentido para sí mismo. Le gustaba representar dramas y tal vez él pudiera vivir personalmente alguno.

### 3

Volvió la primavera al desierto, lo cual no significa mucho cambio. A veces un cactus que asoma por una rendija de la tierra y los días que se alargan paulatina-

mente, pero nada más. Sólo el cielo tiene en ocasiones colores de primavera, sobre todo antes de que aparezca la estrella vespertina. La fiesta en el firmamento entonces se anuncia con una tonalidad desvaída. Luego enciéndese hasta el violado. Estalla una hemorragia purpúrea y naufraga en el gris oscuro, en el mar de la noche.

Elías conocía ahora la pampa como su casa. Había ido hasta el fondo del talud forjado por los detritus de la montaña, en las cuencas salinas. Recorrió los médanos rumbo al Este y cateó madera bajo la tierra.

Bajaba el frío al anochecer sobre la pampa del Tamarugal. No era como el hielo que congela en la vecindad de los salares de Lagunas; pero corta el aliento como navaja. Elías pensó en un tiempo que el desierto se veía tan calvo e implacable porque había vivido millones de años desnudo bajo el sol. Su madre le explicó que aquellas no siempre fueron tierra eriales. "Allí donde descubres tamarugos y algarrobos muertos, existió en otros tiempos una gran región forestal, de tonalidad esmeralda. Toda la vegetación que aquí vivió, cayó fulminada por la arena y el desarrollo de las salinas. Así murieron los bosques antiguos", concluyó su madre, ahora maestra en el Alto de San Antonio.

Los hombres del Norte —y eso era él— se nutrían del Sur. La gente nortina —generalmente enjuta y quemada— se compartía mimetizándose con su suelo calcinado.

En las mañanas la neblina apaciguaba la luz de la atmósfera. Fué precisamente una mañana emponchada en camanchaca cuando Elías dijo a Jerónimo:

—Me voy. Mi madre clama por mí.

—¿Te vas? — preguntó mecánicamente. Lo miró con tristeza. Tengo un presentimiento — dijo y calló.

## Capítulo XII

Lió sus bártulos, detuvo la carreta y despachó el catre en dirección a Huara. Encima escribió un letrero: "Embarcado a San Antonio".

La madre descubrió de inmediato un brillo nuevo en los ojos de Elías. Quedó preocupada. Sospechó que el muchacho atravesaba un período crítico, en que buscaba decidir el curso de sus pasos. Ella quería que Elías —dentro de lo posible, dada la naturaleza de su trabajo— amara los libros y las ideas. Sí, era su hijo. Adivinaba que la pasión fermentaba por dentro y padecía. Pero el muchacho se mostraba quisquilloso en materia de defender su libertad, estallaba en arrebatos y ella, por lo demás, juzgaba una torpeza imponerle algo por la fuerza de la autoridad materna. Un día él le consultó acerca de lo que podía hacer. Conversaron largamente, como dos amigos; pero ella al final subrayó:

—Hijo, tú eres dueño. Haz lo que mejor te parezca. Lo malo es que los patrones no siempre reservan lo bueno para sus trabajadores.

—Gracias, mamá —le dijo— por aquello de que yo soy dueño. Pero aquí estoy cesante. Soy dueño de mi cesantía. Es tener poco.

En verdad, es poco —reconoció ella.

No hacía nada. Detestaba vivir mirando el vuelo de

las horas, enredado en sus sueños. La desocupación le producía remordimientos y le sublevaba contra sí mismo. Pero estaba allí deseoso de trabajar y nadie le daba un puesto. Se sentía entre inútil y perverso. Las dificultades tendieron a transfigurarse en montañas invencibles. Adivinaba en cada persona que lo mirara en la calle de reojo un murmurador que chismorreaba a sus espaldas. A él también le parecía sumamente incorrecto, siendo hombre grande, vivir apegado a las faldas de su madre.

Había perdido la inocencia de las cosas y las percibía al trasluz de un mundo sombrío, del cual no podía escapar. Intentaba consolarse pensando que otros estaban peor: pasaban hambre. Se dedicó a observar las reacciones de su madre. Parecía feliz teniéndolo en casa, temerosa quizás de nuevas y lejanas aventuras, al estilo de Collahuasi. Comenzó a dudar de muchas cosas; pero sobre todo de sí mismo. La vida no era un pasatiempo. Para el pobre es trabajo. Y cuando no lo hay, es humillación, si no hambre. El mundo no era generoso. Tal vez está mal hecho —arguyó—; pero en seguida alejó de su cabeza este pensamiento. Una cosa sabía: que no iba a tardar en marcharse de nuevo.

## 2

Escribió a Ernesto Araya, un joven estevado, amigo suyo, que trabajaba de mecánico de máquinas en San Lorenzo. Le contestó al cabo de una semana: "Vente al tiro, no más. Tengo para tí un trabajito de Oficial del Mecánico de Máquinas, que es tu seguro servidor el chueco Araya. No te demores. No te preocupes. Aquí todo se arreglará".

Dijo adiós a su madre.

El "chueco" Araya, moreno y rechoncho, lo esperaba en la estación de San Lorenzo. Leyó en sus ojos el oro del corazón. Lo llevó a su casa, que se componía de dos piezas y un patio frontero. No podía llamársele propiamente encantadora; pero era casi un hogar y simpática en su modestia. Estaba enclavada en el campamento de

arriba, así denominado porque se encontraba en el alto de una loma, donde funcionaban las máquinas y las bateas en que se cuajaba el salitre. La casita compartía el paredón medianero con la bodega de la Oficina. Había que tener cuidado con el fuego. Allí se almacenaban materiales explosivos o simplemente inflamables, como pólvora, azufre y aceites de combustión.

El campamento de abajo, hundido en la quebrada, era un amasijo de barracas y chozas; pero así y todo estaban más sólidamente cimentadas que las casuchas de arriba, porque la oficina del alto —como casi todas las otras de la pampa— hallábase horadada por los costados, a causa de las calicheras. Parecía que una gigantesca colonia de ratas, un batallón de zapadores cavara galerías hasta minar su base como carcoma.

Vivieron con la madre del "chueco" Araya. Una mujer jovial, achaparrada y semi-índigena. Cuidaba por ambos, sin distingos. No había extraños allí. Así Elías no experimentó la sensación de ser un hombre ajeno a la familia. Ella se comportaba simplemente como una mujer del pueblo con dos hijos. Preparaba la comida de la pampa con enorme y vieja sabiduría. A las seis de la mañana, les servía en la mesa de pino, biftec y café negro. A la hora del almuerzo, los esperaba solícita con una contundente cazuela de carne, papas, arroz y porotos. Al segundo plato, nuevamente porotos con aliños, buenos para las sonatas y tapar con grasa el riñón. Las tripas croaban como ranas en la charca. Elías raspaba con la uña el hule cuadriculado, aguardando el siguiente. Les repetían los porotos. La mujer se quedaba mirándolos engullir a toda velocidad.

—¡Oh, sí, cuándo se ha visto a un roto de la pampa, a un particular, a un asoleado, a un embarrado o a un chanchero que no coma porotos todos los días! ¡No se sentirían con fuerzas, caramba! Ernesto desde que tenía dos años come todos los días porotos. Si faltan, es como si no hubiera comido. . .

Así ella tejía la poesía de los porotos bayos y burros, guisados de diferentes maneras; pero todos con motor de explosión, orquestados de carne y bistec fuerte.



Elías introducía en el monólogo porotero de la mujer una glosa de hombre informado:

—El otro día salió en el diario que en el sur producen unos porotos especiales para la pampa.

—¡Ah, sí! ¿No?

La mujer fué a la cocinilla y le trajo sonriendo un plato de sopa con cabellos de ángel.

—Ahora, Elías, coma un poco de viento.

Y él tenía que hacerlo, pues era "tiznado" y, por lo tanto, debía ser más fino en el comer que los embarrados y los asoleados.

Ella se quedaba observándolo burlona. El ofrecía un pequeño concierto para sopa y orquesta, sorbiendo apurado para pasar la vergüenza.

—Ahora les traigo una comida de hombres — exclamaba, alargándoles, orgullosa, por encima de la mesa, el infaltable último de mote con huesillos. Cualquiera otro postre era insubstancial.

Y siempre, como telón de fondo, para ayudarse y empujar blandían la temblorosa marraqueta. Por la noche, de seis y media a ocho, ya era otro yantar. El cuerpo no hacía tanta exigencia. Podía haber sopa y un guiso, ensalada, asado, café o té habitualmente. Y como intervalo en la tarde tórrida, a las tres y media, el "lonche". Elías era buen diente. Cuando podía se metía sus golosinas en el buche. Gustaba las frutas de la zona: las guayabas de Tacna o de Pica, los mangos, las naranjas, las paltas del Norte, los plátanos ecuatorianos. Se iba de paso por los puestecillos, las dulcerías instaladas en la calle, con la ventera espantando moscas, y se atracaba de lo lindo, "para endulzarse la vida", según decía.

### 3

A poco de llegar a la Oficina vino una comisión a entrevistarse con Elías. De súbito se sintió personaje. Quería causarles una impresión de madurez, no hacer el tonto. Adoptó el aire reflexivo del que ha agotado todos los asombros:

—¿Qué se les ofrece, señores? ¿En qué puedo servirles?

—Nada, perdón. Nosotros hemos sabido que en la Oficina Ramírez Ud. era miembro de la Filarmónica. ¿Por qué no nos acompaña aquí?

—Déjenme aclimatarme un poco. Estoy recién llegado. Aquí todavía soy casi un intruso.

—No es razón, amigo. Vaya una noche de éstas. ¡Ah! Se lo rogamos. Queremos que sea socio de la Filarmónica y del Club de football. Nos gustaría que participara en el cuadro teatral. Total, ¿qué le cuesta? Dése una vueltecita por el local y allá veremos.

Se comprometió a ir un día de esos.

#### 4

El tiempo transcurría rápido.

Entre tres y cuatro de la mañana solía despertarse y oír el ronquido de la máquina beneficiadora. Pero no se desvelaba por ella; era otra la causa de su insomnio. Después de la visita de la delegación de la filarmónica, revivieron sus sueños de actor.

Amontonado en la cama, aguardaba la diana, debatiéndose en el semisueño. Perteneecía a los "campaneados". Llamaban así a los tiznados de la maestranza, porque, como la iglesia a sus feligreses, los convocaban a campanazos. Para Elías no era nada nuevo. Los despertados a sirenas y pitos, apodábanse los "piteados".

Eran ya las cuatro de la mañana. Todavía de noche; pero los particulares de la pampa —a quienes nadie tocaba campana ni pito— ya se habían levantado. Elías pensó que probablemente por eso, porque nadie les ponía un ruido encima de la oreja para sacarlos de la cama, se llamaban así, con un nombre tan digno, "los particulares".

Se dió una vuelta en el lecho. Escuchó a los serenos de noche atronar el aire oscuro despertando a los arrenquines, carreteros y vaciadores. Golpeaban las puertas con un madero:

—¡Buenas noches, alza arriba, flojo de tu madre...!  
De adentro emergía un murmullo.

El sereno entendía por el chasquido que el hombre se aprestaba para seguir durmiendo otro rato.

—¡Roto mal criado, levántate! ¿Oíste? ¡Entiende como la gente! ¡O si no, entro, te pillo rabón y te pego unos latigazos...!

—¡Qué vas a pegar vos, maricón...! ¡Entra, no más, vas a ver lo que es bueno.

Sonaron tres pitazos largos para los derripiadores.

—...Si no te levantas, te voy a meter el fierro por donde te gusta, desgraciado. ¿Y?

—Bueno. Así, sí. ¡Claro! Me levanto. ¿Cómo no me voy a levantar con buenas palabras?

—Anda reirte de tu abuela, sinvergüenza.

—La mía está muerta y la tuya anda a rienda suelta...

Conocía este diálogo edificante de memoria. Con escasas variaciones, lo escuchaba todas las santas madrugadas a partir de las cuatro.

Dos pitazos largos quebraron la noche y se pegaron culebreando como el eco a sus oídos. El botarripios vecino volcó la silla en que dejaba la ropa de trabajo y se soltó a jurar. Elías percibió que la madre del "chueco" Araya se levantaba con las chancletas a trajinar el desayuno. Alisó los pliegues de la colcha floreada. Oyó las carretas salir campamento afuera, hacia la pampa. Tal vez podría dormir una media hora más. Pero no valía la pena esforzarse en vano. El día iba despuntando. Sonó un pitazo largo y dos cortos para los chancheros y tres prolongados y dos breves para los mecánicos de máquinas. El "Chueco" partió de prisa.

Entonces, como todas las mañanas, a la misma hora, comenzó a vestirse sabiendo que antes de cinco minutos iban a tocar las campanas para los "tiznados".

## 5

Cuando salía del trabajo, se complacía en deambular por todos los rincones de la oficina. Los chilotes y los mauchos venidos en los enganches hablaban poco, pero a veces algo rompía su silencio y entonces hasta cantaban.

Cantaban con nostalgia por el verde sur, donde habían nacido.

Vagaba entre los caliches violetas, anaranjados y rosáceos. Enhebraba conversaciones con el vigilante de la administración, con el Jefe de la Máquina, que era un hombre bondadoso y paternal. Se hizo amigo del fondero. De día escuchaba reventar los tiros a la distancia. Contemplaba los carros cargados en el repecho. Echaba una mirada al botadero de los ripios. Aspiraba el yodo a bocanadas, que lo hacían lagrimear. Reinaba un calor de horno. Se paraba a oír las carretas vaciando el mineral y distinguía qué mulero realizaba la descarga. Caminaba por las ramplas. Platicaba largo con el herramientero. Sentía deseos de estar con la gente. Le gustaba observar el campamento desde la altura de su cuarto y verlo todo en movimiento. Los rajos, las bateas, las colpas, los bolones inmensos, la locomotora. Pero él quería algo más que las explosiones y los tiros grandes. No le bastaban la pulpería ni los fogones en la pampa.

En los crepúsculos la chuca extendía su polvillo salitroso por todas partes. Él sentía que lo estaba respirando y formaba una película en sus pulmones. Pasaban trepidantes trenes de carga, crujían las cascajos y cascotes entre el trueno de la dinamita. De noche, con el relente, el horno refrescaba y volvía a soñar como un alocado.

Un día, tarde, de regreso, lo esperaba una carta en casa. Su madre estaba enferma.

Temprano fué a la administración a pedir permiso para dirigirse a San Antonio. El dueño de San Lorenzo era un inglés, John Lockett, que vivía en Iquique e iba a la oficina muy a lo lejos. Su "hobby" era el polo. Mantenía quince espléndidos caballos en Cavancha. Su dolor de cabeza lo constituía su hermano menor, Bradstock, tan elegante, como borracho, inútil y tarambana, "simpático juerguista" —lo llamaba— a pesar de lo cual la razón social de la firma era "Lockett Brothers", dueña además de Ramírez, Carmen Bajo y San Donato.

Representaba a la firma el administrador, otro gringo huesudo, don Francisco Turner, el reverso del dinámico Low, el administrador de "Ramírez". Mr. Turner era del siguiente carácter: muy silencioso, despreocupado de la

vigilancia y, al parecer, de todo. Una vez cada quince días, en forma religiosa y como quién va a misa, se ponía su alto calañés y se dirigía a presenciar, completamente mudo, el trabajo de la máquina. Todo el tiempo jugaba con la libra esterlina que pendía de la cadena de su reloj, al cual miraba continuamente.

Lo escoltaban, callados por igual, el corrector y el subcorrector. A su derecha, se paraba como un perrillo el contador Marchessini. Más atrás, sin aproximarse mucho, permanecían el fichero y el pasatiempo, aunque resultaba muy raro que inquiriera de ellos algún dato. Pero con quienes nunca cruzó una palabra fué con los "juniors" de la oficina y con el hombre del común.

Profesaba cierta profunda fe en las jerarquías. Pensaba que la distancia y el silencio engendran el respeto. Se sabía diferente y silbaba, silbaba siempre. Elías llegó a pensar que era su manera de hablar. Si advertía algún defecto, lo anotaba en la libreta de su memoria sin que un músculo se le moviera en la cara. Luego en su escritorio —nunca fuera de él— llamaba la atención del jefe correspondiente con monosílabos. A la pampa, religiosamente también, iba una vez cada dos meses y observaba idéntica conducta.

Cuando Elías entró a pedirle permiso, lo encontré midiendo la oficina a trancos lentos. Al sentir que alguien se acercaba, se detuvo, y, dándole siempre la espalda, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Elías Lafertte, de la Maestranza.

—¿Qué quieres?

Elías tenía ganas de verle la cara, de gritarle; pero se contuvo y le explicó con su voz más baja:

—Mi madre está enferma en San Antonio. Necesito ir a verla. Volvería al trabajo pasado mañana.

El hombre, inmóvil, le dijo impasible, por encima del hombro:

—¡Bueno! ¡Está bien!

Así conoció su voz. En ningún momento durante aquella entrevista le divisó la cara. No podía decirse que fuera un hombre melodramático.

Su madre estuvo una semana grave. Luego la dolencia cedió y Elías pudo regresar.

## Capítulo XIII

Trabó amistad con el carretero Cipriano Emparanza. Había que conocer a ese hombre primitivo, con la cara tallada a hachazos y conocer las mulas uncidas y desuncidas en sus clasificaciones de vareras, reverseras y silleras. Tal vez sólo él las conocía tan bien en la oficina con sus mañas, sus taimas y el sentido de la ubicación.

En un idioma contraído y hecho a tiros, Cipriano explicaba a Elías que las mulas son caprichosas como las mujeres. “Hay que conocerles el lado flaco”. Advirtió que Cipriano se parecía a ellas y viceversa. Sí, Cipriano también era un sujeto empeinado y de “mucho carácter”. Después Elías tuvo ocasión de comprobar que las mulas amoldan en mucho a los carreteros a su propia taciturna manera de ser. Viven juntos la dura jornada y llegan a descubrirse recíprocamente hasta el alma. Cada cual conoce los recovecos y las debilidades del otro.

¿Por qué Elías se acercó a él, siendo tan diferentes, y Cipriano lo toleró casi como un amigo? ¿Secretos de los hombres? Tal vez no, exactamente. Elías llegó a concluir que Cipriano era el ser más abandonado de toda la oficina. No tenía mujer ni chiquillos. No le agradaba la filarmónica. No se juntaba con nadie por el gusto de echar un párrafo. Bebía solo y por decálitros. Luego iba a aturdirse al burdel. Un día en el corral Elías tuvo la revelación de

que ese hombre huraño sentía la soledad y buscaba una compañía más allá de los hombres. Lo oyó dialogar con "La Chola", su mula sillera, mientras la acariciaba, como un enamorado, con sus manos nudosas.

—Cholita, te habla tu Cipriano, ¿no me contestas? ¿Amaneció de malas pastas, mijita?

El hombre no bromeaba al requiebrarla. Tenía un rostro casi sufriente y acariciaba el cuello oscuro.

Eran como un matrimonio muy unido. Probablemente se sentían de la misma clase, de la misma sangre, animales del mundo. Cipriano ensillaba a la Chola como el amante puede en un momento apasionado dar en la flor de vestir a su amada. Luego la montaba. Era menudita; pero sin desaliño. Una mula que tenía toda la belleza resignada que pueden tener las mulas. Sin embargo, cuando sentía el peso del hombre sobre la grupa se revolvía y estiraba las orejas gozosa, al viento de la mañana. Cipriano lidiaba con ella como marido, manejaba la huasca de correones cortos. Y "La Chola", mujer castigada, saltaba, haciendo corvetas por las huellas. Luego se entregaba. Era un romance rústico.

A veces, a causa de los hoyos disimulados, caían por la tierra la mula y el carretero y era como un refregón violento, de esos que se suelen producir cuando la pareja cae enajenadamente de la cama. Entonces Cipriano tajeaba el aire a garabatos y maldiciones y cuando se incorporaban, él la reprendía moliéndole los ijares a espuelazos.

Cipriano Empanza olió tal vez en Elías al hombre que sabía quién era él más allá de su brutal soledad, de su embriaguez pendenciera y de su aparente desprecio por la Filarmónica. Y si lo aceptó fué probablemente porque Elías no llegó hasta él con ademán de redentor ni de consejero, sino como un acompañante callado, que se sienta al frente y no interrumpe el silencio y ambos así, estando el uno al lado del otro, piensan en sus propias cosas y ninguno pretende invadir el pequeño mundo cerrado del otro. Así le agradaba a Cipriano permanecer mudo fumando antes de irse a la cantina. Elías aprendió a conversar con él sin palabras o valiéndose, en algunos casos muy raros, de unas poquísimas. Así supo que no tenía a nadie, que

algún día los tuvo y los perdió, que prefería no tenerlos más y que ardía en su corazón un profundo sentimiento de piedad por sí mismo. Le corría sangre indígena, era boliviano y habló un día unas cosas lacónicas de su infancia en el pueblecito aymarará. Dijo que sólo eso recordaba. No decía "Bolivia", sino que enseñaba con la mano hacia la cordillera de Los Andes. Le indicó con los dedos:

—Hoy tuve siete viajes lejos...

Había trabajado catorce horas y se sentía intranquilo. Miraba hacia la montaña donde había nacido y de súbito paraba la oreja como espionando los ruidos del corral.

## 2

Elías estaba trabajando al día siguiente en la Maestranza cuando se produjo como un chispazo en la oficina. La gente echó a correr hacia la pampa.

Se precipitó en compañía del chato Araya. Un grupo redondo agolpóse al pie de una pirca de caliche. El corrector venía galopando por la pampa. Elías reconoció a "La Chola". El sota que dirigía la cuadrilla preguntó desde lejos a voz en cuello:

—¿Qué hay? ¿Qué pasó, hombre, por la máquina?

—Nada —replicó el llenador de la carreta—; que Cipriano se dió vuelta.

—Andaría tomado. Ese nunca se orea... ¿Y las mulas?

Las mulas primero, se dijo Elías. Las rudas damas primero. Las mulas, adelante. ¿Acaso en la administración no explicaban: "el hombre viene aquí a buscar trabajo y la mula hay que ir a buscarla al Sur"?

—¿Las mulas? Nada. Bien, gracias —contestó el cuarteador—. Las mulas, nada; pero Cipriano bajó la cortina.

—¿Cómo?

—Sí; lo que oye. Se murió el carretero.

El capataz miró en rededor. Acomodó una cara de circunstancias:

—Lástima. Lo siento. ¡Carajos, esta vida! Pensar que quería darle mañana unas sopaipillas, unos viajecitos cortos, para que el hombre se aliviara un poco. Pero Cipriano



ya se murió. Era abrutado, buena persona, el pobre.

Sin apearse, se destocó el calañés y lo apegó al pecho, en actitud devota.

—Mándele las sopaipillas al infierno —propuso Manuel Tapia, el derripiador— Allí se las comerá calientitas.

El capataz quería escapar a ese círculo de miradas y murmuró turbado:

—Creo que tengo que ir a avisarle al administrador.

—Sí; el Ministro tiene que saber —asintió el carretero Custodio González.

—Claro, el hombre tiene que ser el primero en saber —repitió el capataz, sin hallar algo mejor que decir.

Cuando este se marchó, Elías trató de acercarse. La rueda había girado sobre el abdomen de Cipriano. Se sacó también el jockey de tiznado. Con el pie apartó una pala en punta de huevo, la empujó hacia las costras. Se agachó recordando que sabía persignarse y conocía las oraciones de memoria desde pequeñuelo. Pero si Cipriano fué un hombre a todas luces dejado de la mano de Dios, ¿de qué valía que el antiguo acólito hiciera un responso? No; Cipriano Empananza, Elías, no va a rezar por tí, sino muy a su manera. No; Cipriano, mulero, carretero, mala cabeza para el trago, tan distinto de Jerónimo Zambrano, tan distinto como el cielo y la tierra.

Sin embargo, los dos fueron mis amigos, cada uno en su estilo. Aquí yace Cipriano, con sus pantalones de borlón más colorados que de costumbre; la coipa tapándole tan bien las orejas, que no oye nada, las polainas deshechas. Se afirmó en la carreta de metal, con sus ruedas de madera y sus llantas de fierro salpicadas. Sintió ganas de llorar, tal vez por que nadie iba a llorar por él.

La mula aproximó el hocico a la cara de Cipriano, la espuma fluyente del belfo. Escarbó la tierra, levantando una polvareda amarilla, y luego pegó un relincho altísimo, levantando el cuello al cielo en un carcoveo tembloroso.

Nada más. Igual que todos los carreteros, Cipriano fué un tipo muy abandonado. Hizo demasiadas eses en su vida. Solía dormir la mona entre las colisas de pasto, cerca de la Chola. Sólo tenía a la Chola. No le gustaba la Filarmónica. "Hoy tuve siete viajes lejos", le había dicho la tarde antes. Así concluyó el viaje de Cipriano.

## 3

Aquella noche estalló un incendio en la polvorera. Sallieron del velorio de Cipriano, en medio del alboroto de los chiquillos, y lo apagaron con agua vieja.

A la luz del fuego, vió las caras como máscaras rojas. Las llamas crepitantes lo acercaron de nuevo a la muerte, a pesar de su terrible vida. Elías advirtió que la muerte visitaba la oficina tal vez en exceso. Solía ver pasar en angarillas a los obreros: morían cogidos por un tiro de gracia. Los barrenos que resuenan a la distancia dan la sensación de que siempre en las afueras del campamento se está librando una batalla de artillería.

Estaban ahora de nuevo sentados en fila contra la pared, velando la muerte en la pampa. Descubrió que las manos y los pies asumían una personalidad expresiva y dura y que los zapatos polvorientos eran como parte del hombre. Los gringos sólo querían sus manos. ¿No decían ellos que los obreros no valen por la cabeza, sino por las manos y un poco, además, por las piernas? Pensó que aquella era como esas reuniones que a la caída de la noche congregan a través de todas las noches del mundo a los seres doloridamente cansados, en especial cuando están alrededor de un difunto.

Reinaba una serenidad casi adusta. Nada despedía mayor vida que las manos, requemadas manos de labriegos y pampinos, de changos y aymarás, de chilenos, bolivianos y peruanos, roídas por el tiempo y las herramientas. Manos entre sí tan hermanas entonces, como las dos manos mellizas de cada hombre, estuviesen afirmadas en una cadera o durmieran sobre el regazo, tostadas como dunas, más blancas en el envés. Manos de trabajadores que en el fondo parecen soterradas y como brotando de las caliche-  
ras, de la misma pampa, pequeñas colinas movedizas, so-  
levantamientos del terreno. Un rato atrás el fuego les dió una coloración sangrienta; pero ahora eran diáfananamente oscuras. Elías examinó sus propias manos como si nunca las hubiera visto, volteó las palmas, y vió que eran como las demás, gemelas, casi del todo iguales. De súbito tuvo

conciencia de su pantalón encallapado y de sus zapatos polvorientos, los briosos caballos del cachucho o de la maestranza. Vió que todas las piernas, cruzadas o abiertas, adormecidas, como inertes, estaban calmas. Esa calma que en otra ocasión pudo dar margen para contar alguna historia maravillosa, aquella noche era muda, talvez porque tenía a Cipriano al frente.

El que fué silencioso en vida, ahora estaba doblemente, triplemente callado, mil veces, un millón de veces más silencioso que de costumbre, con un silencio superior al de la luna. A Cipriano le habían sacado los zapatos, que ahora asomaban bajo la cama en que yacía. Elías los lustró con un betún como de sangre. Vino Misiá Hortensia, la madre del chueco Araya, y le peinó el pelo en remolino, murmurando: "Esta champa no conoció ni en sueños el peine de hueso". Luego le cruzó las manos sobre el pecho. Elías vió que eran como las manos de todos, como las suyas, un poco más rígidas, sí, con las venas tiesas, con un leve e incontenible tono azulenco, el tinte de un pálido metal herrumbroso, comido vorazmente por el más enérgico de los óxidos. No era la mano de un asesinado, ni siquiera de un bebedor como esponja. Esa mano amarillenta, color pasto en el mes de mayo, era simplemente la mano de un obrero que murió en su puesto, en trabajo. Olvidado estaba en el velorio que eran manos de un hombre que voceó, alborotó y se tambaleó en la pampa, y pasó como una onda oscura, como el inadvertido viento nocturno por la arena del Tamarugal. Y ahora Cipriano, la onda oscura, rancia, miraba fijamente al techo, los turbios globos de los ojos, y el iris levemente rosado, con un halo blanquecino.

Elías se llevó las manos al rostro.

Después volvieron a jugar a las cartas junto al difunto.

Se dió a pensar si el pampino insistía aún en realizar los viejos sueños del minero. Quizás no. ¡Por qué quizás? Seguramente, no. ¿Acaso no veía que los hombres de la pampa habían sepultado profundamente bajo tierra la ilusión de los hombres de Collahuasi? ¿Qué ambición tuvo Cipriano, por ejemplo? No; no había sido jugador a un gran destino. Le pareció que en ese páramo único en el mundo —el desierto que, arrancándose las entrañas blancas, abona, abona muchas tierras lejanas, condenándose a la es-

terilidad— los pampinos no sentían ya el embrujo del minero. Lo advirtió en casi todos. Vistiendo la cota, bajo la resolana —siempre picoteados por el agulla del sol y, según regla general, más enjutos que los sureños— tanto los capataces como los barreteros, los derripladores y los serenos, los trabajadores de los alcances, todos, bajo las ardientes calaminas o en las calicheras, corrales y cobertizos, habían echado al olvido la quimera de la riqueza.

Empezaron a jugar a la brisca y después al monte. Cuando Manuel Tapia lanzaba las fichas de caucho o de bronce de la pulpería, redondas, triangulares o perforadas, con un hoyito al medio, Elías observaba sus manos y su rostro, y descubrió que ya no creían en el mágico golpe de azar que los haría millonarios.

Allí estaba tendido y muy lavado, Cipriano.

Miró uno por uno a los asistentes. Nadie tenía cara de aspirante a palo grueso. Sus manos no buscaban —como él vió antes— el sortilegio de las llamperas donde el manto de cobre está a flor de tierra. Tal vez ya ni su cuñado Meléndez soñaba con descubrir un Potosí en crudo.

Entre carta y carta del naípe bebieron por el finado un último trago. ¡Cielo santo! No eran ni siquiera naipes en la baraja; eran simplemente obreros del desierto, tierra de acarreo, la borra del mundo. Ahora sabía. Eran las aguas del “pato”, el carretón de fierro, con su gran recipiente ovalado, que recoge las aguas servidas de la oficina. Los futres del escritorio no se juntaban con ellos. Olían mal.

Cipriano empezaba a oler. ¿No había olido toda la vida? Sí; pero ahora... bueno, Cipriano ya no es Cipriano y no ha podido beber este último trago.

## Capítulo XIV

Se aburría cuando no tenía turno, en especial los domingos. Buscó alguien con quien platicar la amistad. Comenzó a ir a casa de su vecino, Manuel Tapia, el derripiador, un hombronazo de sienes plateadas, que cuando muchacho peleó en la Guerra del Pacífico.

—Había mucha hambre entonces, —recordaba—. Los hacendados gobernaban el país a su antojo. Mucho trago, poco trigo. Casi no cultivaban la tierra. ¿Acaso no sabían que la tierra es oro al estado libre? Ellos sabían. No son tontos. ¿Pero para qué iban a trabajar si nos tenían a nosotros?.. Había la mar de descontento. Tocaron entonces la Canción Nacional, hicieron la bandera para acá y para allá y declararon la guerra.

—¿La guerra? —murmuró Elías.

—La misma, en persona. Al norte se ha dicho. mi alma. Al norte fuimos, al norte vinimos. Con su amigo hasta la muerte, dijo Manuel Tapia. Era de ver al pobrerío dejando los campitos y los trigos crecidos. Aprendí a manejar las armas; pero siempre me siguió gustando más el corvo. Con él no le tenía miedo ni al cholo más pintado. El asunto no era así como así, tan fácil, por los salares.

—¿Vió mucha sangre? —preguntó Elías por lo bajo, recordando la sangre de Cipriano.

—El ejército pasaba dejando una huella, una huella colorada, sí, señor, colorada. Anduve por las sierras...

voces con el ratonero, un dependiente bilioso y mal hablado, que hacía el aseo y era el único negro de la oficina a fuerza de vivir entre el carbón y el sijo.

Manuel y Custodio se quedaron silenciosos observando planear al gallinazo sobre los desmontes. Todas las tardes bebían juntos ese trago de desencanto.

—Inquilinos de todas maneras. Inquilinos del Sur y del Norte. Inquilinos del fundo o del salitre.

—Pero nosotros somos asalariados —refutó con cierto orgullo Custodio.

—Asalariados, sí, como Ud. dice, compadre. ¿Qué somos? Granza, desecho, basural donde se para el gallinazo a pegar picotazos.

—¿Sabe, compadre Manuel? El otro día un hombre en Santa Ana echó una discurseada y adivine cómo empezó:

—Las adivinanzas son para los chiquillos que no se saben sonar los mocos.

—Hermanos proletarios —dijo— ¿Qué será?

—¡Cómo no sabe! Hermanos es... hermanos.

—Eso creo que lo sé. Pero proletarios, digo.

—¿Proletarios? —Se rascó la cabeza— Se parece a propietario...

—Ninguno era propietario ahí. Yo creo que puede ser al revés.

—Tal vez, compadre. Al revés, sí. Eso puede ser. ¿Será un decir cristiano?

Volvió el niño Gumerindo con la cerveza. Mientras sacaba las botellas, dió la noticia.

—Acaba de llegar el cura.

—¡Ah, sí! Es la primera vez que viene este año —certificó Custodio.

—Va a trabajar en la Filarmónica. Mientras no haya iglesia, obligado el hombre —intervino Elías.

—Entonces a casarse y a bautizarse se ha dicho.

—Habrás fiestas —anticipó Manuel Tapia.

—Ud. sabe mejor que nadie, compadre, que al chiquillo mío ya me lo han bautizado tres veces.

—Por eso será tan bueno para el garabato.

—Quizás, ¿no? Eso sólo lo sabe Dios.

## Capítulo XV

Elías ganaba una miseria, Habló a Manuel Tapia. Podría ser derripiador como él. Fueron por las callejas hasta el cachucho. Se acompasó al tranco despacioso de sus piernas arqueadas.

Cipriano Emparanza tuvo, mal que bien, a su mula "Chola". No era de su propiedad, es cierto, pero pertenecía a su corazón; viajó sobre ella hasta que el ensimismado murió. Manuel Tapia tenía dos cosas: su hijo Gumerindo y su pala. Así como su rostro estaba en el rostro de Gumerindo, su mano estaba grabada en la pala. Toda su historia quedó escrita en la pala. Sus dedos se estamparon allí y también la palma, a lo vivo, más que como una impresión digital, tal vez como un tatuaje del dolor del hombre en la madera.

Elías lo supo por su cuerpo: no es mucha la gente que puede aguantar el oficio del derripiador. El cachucho no es una pila de agua bendita, sino un fondo hirviente, donde aúlla la piedra rebelde que no se disuelve en un líquido a 120°. Por lo tanto, nadie puede entrar allí vestido como un caballero o un santo. Manuel le prestó ropa a propósito. Descendió desnudo de cintura arriba, con calzoncillos de bayeta, pantalón grueso de borlón y encima medias de lana boliviana que le cubrían hasta las rodillas. Calzaba unos calamorros valdivianos, bototos con suela especial de tres

---

pulgadas. "Caballos" llamaban en la pampa a esos zapatos de mucha plataforma y alzada equina. Caballos chúcaros, con herraduras para bajar al infierno. Después de encajárselos, se puso otro par de medias que cayeron sobre los zapatos como lengüetillas delanteras formando la "polaina", que protegía los orificios de los ojettillos contra las quemaduras.

Manuel Tapia se agachó sobre el pantalón encallapado, una colección de parches, y dió cuatro vueltas rituales a la faja de treinta centímetros de ancho. Flexionó para probarla y dijo a Elías:

—¿Ves? Puedo moverme para todos lados; pero la tengo más firme que un peral —Rió mostrando los raigones—. Afirma la tuya. ¡Prueba! Toda la fuerza se junta en el estómago —añadió golpeándose ufano el abdomen. Se amarró el pañuelo al cuello. Armóse de la pala, aquella que tenía grabada la marca de su mano, y se la enseñó a Elías, alardeando:

—¡Mira, mira aquí lo que te espera! Tú con el tiempo tendrás un retrato gratis de tu mano en la pala

Elías examinaba la huella humana en la madera con temor y deslumbramiento. No pudo reprimir una instintiva mirada a sus manos. Imaginó el día en que él diera idéntica bienvenida a los novatos, a los derripiadores aprendices.

—Mi padre —un huaso que se vino después de la guerra— también dejó su mano en la pala —explicó Manuel Tapia—. No sólo la mano, la vida. Te juro que hay días en que creo que se me queda pegada; pero mi hijo Gumercindo no la va a dejar aquí. ¡Basta con que el abuelo y el padre la hayan dejado!

La pala ejercía magnetismo sobre Elías. No podía despegar la vista de ella. Era ancha arriba, de mango corto, angosta, espatulada hacia abajo, calculada para que el derripiador pudiera accionar en el cachucho reducido, donde trabajaban cuatro, cada uno en su puesto, amontonados, pero ocupando el espacio preciso.

Manuel Tapia y Elías a su lado en el cachucho aguardaban la voz del socavonero, que trabajaba en el ripio, encargado de sacar los carros repletos y correr los nuevos hasta la punta del cachucho. Elías tenía miedo. La prueba del fuego. Oyó el grito del botarripios.



—¡Tapón! ¡Echa abajo! ¡Achillate!

Elías vió listo el carro para recibir el magma candente. Manuel Tapia abrió la puertecilla y paleó arrojando la humeante substancia. En medio del vapor, Elías sintió que su cuerpo se evaporaba soñoliento, se deshacía en una vertiente de agua. Ahora tenía que trabajar arrodillado, palear escarbando. Llegaron hasta su carne las lenguas infernales. No veía nada. ¿Su rostro no se estaba derritiendo como la cera? La transpiración le brotaba en surtidor. Quiso salir del cachucho, semidesvanecido, con alucinaciones. Ansiaba salir, escapar de inmediato a la muerte caliente. El calor se lo comía. Quería arrancarse las ropas en forma furiosa, dando voces enronquecidas.

Dos minutos más allí y moriría. De súbito, en medio del vaho espeso, oyó estallar el grito del botarripios abajo:

—¡Culata! ¡Al tiro, párale!

Cayó el plasma del cachucho como fierro derretido, evanescente. Manuel y los otros dos derripiadores remaban con la pala en el lago semisólido. Elías buscaba la puerta. ¿Por la cresta, dónde estaba esa maldita puerta con visagras? Le pareció ver los tornillos que la apernaban; pero había vuelto a desaparecer en medio del vapor. Tenía todo el cachucho adentro quemándole los pulmones. Se pasó la mano por la cara. Sudor en globitos. Quiso gritar y no podía. No era una salamandra. Se estaba cociendo vivo. Lo rodeaba el ruido de un ronroneo monótono, un cantar de palas, remos perforando un agua viscosa, asfixiante. Ya no distinguía las espaldas agachadas. ¡Oh, él iba a morir allí en el cachucho! Hablaban; pero Elías no comprendía las palabras. Llegaban como un murmullo oscuro en idioma extranjero y él realmente quería salir, debía salir, porque se estaba muriendo rápidamente. Sí; se derretía como un velón de iglesia. Tornó a oír el vozarrón del botarripios:

—¡Culata...! ¡La de atrás! ¡Puerta...! ¡Al tiro! ¡Párale al tiro!

Manuel abrió el acceso y comenzó a palear en esa dirección.

Un rugido hizo saltar a Elías en la profundidad de su terror.

—¡Guarda, guarda...! ¡Me quemaste, carajo! ¡Párale, al tiro, por favor! ¡Párale, tapón, hijo de tu madre!

Oyó a Manuel Tapia como una voz lejana:

—¿Cómo iba a saber yo...? ¡Si se fué de un viaje!

—¡Ciérrala, aturdido! ¡Aprende a derripiar para otra vez!

—Ven a derripiar tú con la lengua si eres tan sabido...

El botarripios se quejaba con un pañuelo en la boca. Pero no abandonó la faena. Puso el hombro junto al carro cargado y a topetazos lo empujó.

Manuel Tapia concluyó con el chucito y la pala. Desprendió la costra pegada a los costados. Llovía transpiración. La ropa destilaba. Estaba de estrujarla. Entonces miró a Elías, pálido, tenso, haciendo esfuerzos por respirar.

—¿Qué te pasa, hombre, que estás tan callado?

El siguió mudo.

Sonaron tres pitazos. Vino el relevo: habían sacado tres fondadas.

Elías salió temblando. Dió primero unos pasitos cortos para ver si podía caminar y luego echó a correr. Comenzó a beber agua, para recuperar la vida. Pensó que nunca más volvería al cachucho. Era la borra del mundo, lo que se pegaba en las paredes; pero su mano, su mano —las miró cubiertas de ampollas— ¡Oh sus manos no quedarían retratadas en la pala!

## 2

Llegó la noche como una resurrección. Quería beber.

Elías estaba parado en la oscuridad cuando el chueco Araya lo invitó a bailar. ¿Bailar? Tal vez para celebrar la librada del cachucho. Además, la sed. Le duraría una semana por lo menos. Pensó que le gustaría tener una mujer esa noche.

—¿Dónde? ¿A la Filarmónica? —repuso.

El otro rió.

—No. Al despoblado, cerca de Chacames, el boliviano del bombo.

—¡Hum! ¿Ya se están preparando para la Fiesta de la Tirana?

Fueron con la madre del Chueco.

En mayo los bolivianos empezaban a extender los convites. En las afueras de la oficina emparejaban un campito del desierto, resguardado del viento. Durante todo junio y parte de julio ensayaban noche por medio. Para ellos tenían un atractivo salvaje. Noches por medio. Para descampado bajo la luna.

Cuando llegaron al límite del campamento, divisaron el baile ardiendo. El diablo era boliviano, Palafe. Danzaba con una chonta. Trazaba molinetes con el colihue. Le rodeaban los chinos, los chunchos, los morenos.

Manuel Tapia estaba muy fresco bebiendo con Custodio González.

El cura andaba al medio; pero no bailaba.

Un hombrecillo ebrio discutía a gritos:

—No soy chileno ni boliviano; soy piqueño...

Eliás contemplaba a Chacames, los brazos cruzados, al son de una música enervante y continua que no entraba al baile. El hombre parecía una pesadilla bajo la luna, entre las lámparas a parafina. Se incorporaron figuras grotescas, un oso, con cara de cuero negro de cordero y, punteando las largas manos velludas, uñas de lata. Fué a la venta de naranjas y robó dos; las entregó al niño vestido de mono, que lo conducía de la nariz mediante una cadena.

Entró el chino vestido con ropa ajustada de color, lentejuelas y adornos amarillos. Lucía un gorrito en forma de pequeña canoa, papeles encarnados y un culero. Hacían de chinos en Andacollo y ahora iban a la Tirana. Son peregrinos errantes, buscadores de procesiones. Acuden con su flauta de caña y colgadizos de cintas. Aquella tiene en la parte superior sacados y orificios para producir toques agudos, el soplido con que se da el tono en las cañas. El chino toca y a la vez danza, brinca terriblemente, pero a compás. Hace un determinado número de pasos y pega el salto. Hay otro que golpea el tamborcito. Lo restriega contorsionándose por la espalda, bajo las piernas y ejecuta toda clase de acrobacias.

Entraron los lacas y los chunchos.

Suena el bombo. El bombo suena áspero. Sigue sonando como un loco profundo y melancólico, solitariamente estruendoso. Estalla de repente en uno, dos estampidos y

calla. Su eco se extiende por todo el campamento. El hombre mudo como una tumba con ojos azules —el más poderoso— siente que el bombo le golpea las sienes y empieza a apresurar la marcha de su corazón, con un bom-bom, tam-tam lúgubre, que lo escalofría.

Están al final de la oficina, lejos; mas el ruido del gran bombo tunde, sacude el aire. Se oye a través del campamento y la gente no puede pegar los párpados. Los bolivianos ensayan durante noches de luna en las cañas —bú....., bú....., bú.....—; pero la voz de la caña se pierde en el aire suave y fina, mientras sigue temblando, como un pequeño terremoto en el corazón el parche del enorme tambor, el bombo, —tam-tam tam-tam— ¡Señor! La nota grave y sofocante del bombo atraviesa todos los techos y espanta el sueño. ¿No es el ruido de la trompeta?

Mr. Turner, el silencioso, no puede soportar ese estruendo en la noche de la pampa. No puede dominar la voz del bombo. En medio de la oscuridad, se incorpora, se para en el vano de la puerta y escucha. Luego se oye, sorprendente y terrorífica, una sola campanada.

El sereno acude corriendo a casa del administrador.

—¡El hombre del bombo! Tráigame al hombre del bombo...

El bombo continúa rompiendo el aire.

El sereno grita encuadrando la boca en las manos:

—¡El hombre, el hombre del bombo! ¡Chacames...!

Chacames, el rostro amarillo sulfúreo, con los ojos en blanco, queda en suspenso, volviendo al mundo.

El bombo calla. Elías va con dos o tres más a explicar a Mr. Turner, tan largo, —su ropa de noche a rayas, lo asemeja a un presidiario— que se trata de una costumbre muy antigua de los indios bolivianos y sería bueno respetarla.

—En esta oficina no se tocará más el bombo— sentencia el hombre y vuelve a acostarse.

Los indígenas de cutis de bronce enmudecen.

Pero dos noches más tarde vuelve a sonar el bombo. Al principio es una nota baja y ahogada, que después se expande, hasta que un día de julio Chacames parte tocando hacia Pozo Almonte, camino de la Tirana.

## 3

El particular Jacinto Inostroza lo invitó a probar coca. Elías había cargado con los tarros de agua para la jornada. Al principio caminaron por la pampa, unos cinco o seis kilómetros entre tinieblas.

—Los lomos pardos ganamos un poco más; pero esta vida es harto sacrificada —dijo el barretero— ¿Quieres trabajar en la pampa? Tendrías que empezar de cuchare-ro. ¿Te conviene?

Salió el sol. Caminaron en silencio. Elías quería mujer y no coca. Quería ganar más, donde fuera, menos en el cachucho.

El barretero se hizo una sombrita. Arrojó al suelo la pala con mango de pino oregón y dijo:

—¿No quieres tenderte un rato? ¿Tienes miedo?

El no tenía miedo. ¿Por qué iba a tenerlo? Se sentó en la tierra.

—Con su permiso patrón. Voy a hacer la armada —dijo Jacinto.

Sacó un atado de coca y se echó un bolo. La mejilla derecha quedó preñada como mujer de nueve meses. Luego metió mano al bolsillo y extrajo la lluta. Le dió una raspada a la lengua. Se la alargó:

—¿Quieres, hombre?

Elías lamió. Aspera, fuerte, como piedra alumbre, ceniza de madera mezclada con papa. Tenía un sabor misterioso, peligroso. Se la devolvió como quien devuelve un veneno tentador:

—¿Cuánto le dura? — preguntó frío.

—¿La lluta? —inquirió Jacinto con la boca llena—. Un mes, más o menos. ¿Quieres probar la coca? Es mejor que el vino, es mejor que la mujer, es mejor que todo. Uno no sabe nada. Se olvida de todo. Se va a otro mundo y después vuelve más tranquilo.

—No quiero acostumbrarme— dijo Elías.

—Con una vez no te acostumbras. Prueba, no más. No seas tonto.

—No quiero...

—No sabía que fueras cobarde. Creía que eras más hombre.

—¿Es esa hombría? ¿Qué haría si me acostumbrara? En la máquina es más difícil hacer la armada.

—Claro. En la máquina no tienen la libertad de los que trabajan a pampa abierta. Por eso no hay como ser particular. Nadie lo manda a uno. ¿Oye? ¿Tu crees que en la máquina nadie toma coca?

—No sé.

—La hacen antes de entrar. Bueno, de una vez por todas, ¿quieres un poco?

—No.

—¡No te atreves!

—No me atrevo.

—Eres poco hombre.

—Soy poco hombre.

Jacinto escupió un líquido verdoso. Se paró entonces y circó buscando la "pata del salitre". Con el cañón a seis pies, llegó al caliche, a la misma coba. Elías se descolgó con un tarrito para hacer el destazado. Escarbó como un gato y puso pólvora al fondo. Gritó hacia arriba:

—Más pólvora.

Al rato estuvo lista la operación del tiro. Elías se retiró. Jacinto trasladó la coca a la otra mejilla. La distancia resonó con el estruendo y una lluvia de tierra blanca se diseminó por los aires.

—Hombre —le dijo entonces Jacinto— creo que no me sirves. No puedo trabajar contigo. Yo soy dueño. El particular tiene libertad para escoger su gente.

¿Esa era su libertad, su derecho a la pequeña droga heroica? Elías no quería ser hombre de la lluta y de la coca. El no quería esa libertad. ¿No existía otra libertad mejor en la vida?

#### 4

Se hizo más violenta la disconformidad con lo que era y hacía. Su faz volvióse pálida y grave. Ya no vivía en la ignorancia de las cosas. En las mañanas, mientras se

pasaba la navaja, cantaba en falsete; pero no se sentía libre. Trataba siempre de mejorar su situación. Tal vez ganara un poquito más para emanciparse. Pero había ya varios oficios en la pampa que no desempeñaría ni a cañón rayado, ni por Jesucristo ni por todos los santos del cielo. Experimentaba un hambre casi diaria y agobiadora de cambio. Quería partir de nuevo. ¿Por qué no se contentaba con lo que era: oficial de mecánico, un cero a la izquierda, con grandes bigotes? Esperaba algo y sabía que no debería limitarse a aguardar que le cayera por la gracia de Dios en las manos. ¡Oh, cuándo uno es joven desea tanto viajar a donde sea; no permanecer nunca donde está! ¡Cálmate, Elías! No te pongas ambicioso. ¿Qué podría hacer? ¿Tal vez convertirse en cargador? Así ganaría un salario más alto. Era faena dura; pero, ¿acaso no estaba escrito que tendría que pelear como un tigre por abrirse paso, por salir un día de San Lorenzo y no volver más? Su turno empezaba a las cuatro de la tarde. Podría perfectamente echar una miradita al trabajo de Custodio González, el compadre de Manuel Tapia. Estaba fumando cuando se lo fué a proponer. Echaba humo como un buque de carga.

—Bueno. A las dos y media de la mañana tienes que estar aquí. Clavado, como un reloj. ¿Oíste?

A las tres de la madrugada Elías ya estaba ordenando sacos en la penumbra. Venían de la bodega en montones de a veinticinco, con el nombre de la oficina. Los miró. Habían visto más mundo que él. Venían viajando desde la India, en grandes veleros. Y él ahí menos viajado que un miserable saco de yute. Existía cierta irrealidad en el trabajo a esa hora. Tendría que hacer doce tarjas de veinticinco antes de las seis de la mañana. Y a cada saco echar ciento veinte kilos de salitre. ¡Diablos! Abrió la boca del saco vacío y miró la cavidad. Le recordó la boca del pozo en la Mina "La Descubridora". Custodio comenzó a llenarlo en silencio. La sal blanca cayó al pie del envase sonando apenas. Luego el hombre la golpeó para apisonarla en el fondo. Lanzó una palada vigorosa y repentina. Los dedos de Elías cedieron y el saco se vino al suelo.

—Puños firmes —gritó el cargador— ¡Tienes que criar fuerzas, hombre!

En la penumbra titilante, Elías disculpó su inexperiencia y levantó el saco.

Custodio arrojó de nuevo la palada con rudeza. Las muñecas de Elías se estremecieron, pero resistió la avalancha. El cargador le echó el saco a la espalda y Elías lo colocó el primero en la fila.

Cuando llegaron a los veinticinco, cambiaron de trabajo. Custodio sujetó y Elías comenzó a llenar. Era más duro. Todo rápido, eléctrico, como máquina. Y tenían que llenar trescientos.

En la oscuridad percibió un susurro. Alguien con zapatos demasiado amplios venía cloqueando.

—Es el costura — dijo Custodio, sin interrumpir la faena.

Llegó un muchachillo de diez años, sombra pequeña y espigada. Se puso a trabajar. Luego rompió a silbar quedo.

Una luz ultravioleta comenzó a filtrarse por el cielo y Elías pudo mirar sus infantiles manos ondulantes. Se movían como puñales. Manejaba pitas engarzadas en una aguja, echaba al voleo un nudo tembloroso y trenzaba dos orejas en los extremos de los sacos.

—¡Apurarse, apurarse, jovencitos! — exigía Custodio cada cinco minutos.

Quedaron con un saldo en contra de más de cincuenta sacos. Elías sabía que él era la mano zurda. Serían las seis de la mañana y estaba exhausto. Podría estar durmiendo si no fuera por su recondenada ambición. A esa hora tuvo que empezar a poner los sacos sobre los carros de la línea, trepando por un tablón. Aferraba la carga con el brazo derecho, corría y los lanzaba orejas adentro, amarrándolos en fila, para que no cayeran por el camino.

A la hora de almuerzo, Elías sintió el cuerpo molido a palos. Custodio le ofreció un taco de aguardiente. Zampóse tres seguidos, sin arrugarse. Andaba con el cuerpo adolorido. Le ardían los párpados. Sufrió, al parecer, una fiebre tempestuosa, manó un sudor quemante y resbaloso, distinto de aquel que chorreaba como una herida vinagre en el cachucho.

Decidió marcharse de San Lorenzo antes de una se-



mana. No sabía adónde. ¿No era en todas partes lo mismo? ¿O en algún sitio sucedían milagros? Pero tuvo que correr a escape hacia la maestranza. Acababan de tocar las campanadas para los tiznados.



## Capítulo XVI

A pesar de su fatiga y de que se sentía enfermo, una noche de esas fué a la Filarmonía. De paso vió escrito en la pizarra: "Hay sesión".

Cuando hacía turno de día, salía del trabajo, por lo regular, a las seis de la tarde, aceitado hasta el alma. Por eso a los maestrancinos, amén de tiznados, los apodaban balleneros. Aquel día esperó nervioso el toque de la campana. Sentía un vago recelo ante ese bodegón con zaguán y tres piezas, a las cuales demolieron los tabiques divisorios. Bueno, un salón de baile de campamento minero, impersonal y espacioso; una academia de teatro, consagrada al arte y la diversión, donde solían actuar muy de tarde en tarde conjuntos artísticos de aficionados, que rompían la monotonía de las oficinas. Elías sentía ganas de representar. Más que ganas, necesidad. Pero dar algo serio, no pantomima ni circo, por cierto.

Fué a echarse una manito de gato a la casa. Tiró sobre la cama el jockey, el chaleco de paño, la camisa fuerte y resudada de kaki. Descolgó el guarapón Tarapacá del ropero de luna biselada. Puso los pies en juntillas sobre el lavatorio floreado de azul. Se enjabonó completo, presa por presa. Desnudo, encasquetóse en primer término el alón y se estudió al espejo. Tal vez no estaba en una facha muy formal; pero era un sombrero de lo mejor en

existencia en la Tienda "El Sol". "¿A santo de qué voy? Quieras que no, diste tu palabra a la Comisión. ¿No vino una especial a invitarte?" Concluyó que concurría por obligación. Cuando terminó de vestirse y contempló su pantalón listado, se preguntó si no estaba más indicada la allulla. Se destocó y comprobó que el pajizo de alta cinta negra le caía ni que pintado. Iría con él. Total: allí siempre era verano y él tenía veinte años. Nadó en el camino. Nadó en la satisfacción de sentirse más elegante que la yegua del circo. Su ropa dominguera le quitaba el dolor a los músculos y le infundía valor. Un traje de casimir inglés. No es para menos. Hechura de primera. Y, sin embargo, no sabía por qué reconoció que nunca lograría ser un futre verdadero.

Al llegar a la Filarmónica, el coraje lo abandonó por completo. Entró a la sala con más embarazo que descoco. Se sentó en un ángulo ignorado. Faltaba un cuarto para las siete de la tarde. Ignoraba la razón por la cual miraba a cada rato el reloj.

Francisco Cáceres —que siempre olía a aguarrás— era el Presidente de la Filarmónica. Le daban duro. El ambiente olía a rebelión, a golpe de Estado. Elías tuvo pronto la sospecha de que el hombre conoció días más felices. Discutían a grito herido. Sí; era visible que Cáceres había caído en desgracia. Llovían las acusaciones. Negaba débilmente. Se defendía mal. Lo veía tan indefenso. Hacía una figura absurda, indigna de un Presidente de los artistas y bailarines. Poco faltó para una crisis de nervios; pero sí hubo crisis de gobierno. El hombrecito presentó la renuncia a empujones, en un baluceo. Sin embargo, al hacerlo no pareció satisfecho ni daba la impresión de haberse descargado de un peso odioso. Probablemente sentía también en la sangre el llamado misterioso del tinglado, sufría la sublimidad de la Filarmónica; en una palabra, era un mártir del teatro. Lo habían tratado con escasos escrúpulos; casi a patadas, es verdad. Y sobre su cadáver caliente comenzaron los desvergonzados no sólo a pensar, sino a barajar ostentadamente los nombres de sus sucesores. El hombrecito padecía en Getsemaní. Escuchaba en silencio las proposiciones como quien asiste al matrimonio

de su mujer o a un escándalo semejante en sus propios funerales.

Elías sentía lástima por el rey recién guillotinado. No lo envidiaba. No le gustaría estar en su pellejo. Decidió acompañarlo a la salida y musitarle algunas palabritas amables, que, sin oler a pésame, lo consolaran un poco en su soledad. La atmósfera se hizo más amenazante y pensó que sería saludable retirarse pronto.

Entonces se alzó la voz de un malvado. Este malvado era su amigo Manuel Tapia.

—Propongo para el cargo al señor Elías Lafertte.

Fué como si el fogonero le gritara de nuevo, en medio del sueño: "El motor, el motor..." Pegó un brinco en el asiento. Quedó espantado. Todo el mundo lo examinaba.

—Soy nuevo —balbuceó con voz quebrada— Además, no sé presidir.

Iba a decir: soy demasiado joven, pero se contuvo.

La gente —y en primer lugar Manuel Tapia— gritaban a coro:

—¡No importa! Entre todos lo ayudamos... Se necesita gente joven y activa...

Prosiguió el forcejeo. La concurrencia atribuía su rechazo a una fórmula de rigor, a modestia ritual. Luego le pareció que era inevitable. ¿No estaba convertido en un siervo de esa voluntad vociferante? Su pánico fué disipándose y así, de golpe y porrazo, terminó aceptando.

—¡Elegido Presidente por unanimidad!

Toda la concurrencia aplaudió. Manuel Tapia lo aclamaba a rabiar. Elías advirtió que se le reía la máscara sin su permiso. Pensó que siendo él Presidente de la Filarmonía, tal vez Cipriano Emparanza hubiese acudido a ella.

Le hicieron subir al escenario a presidir el debate. Se sintió injusto y usurpador mirando a Cáceres, quien lo fulminada con cara de dolor de muelas. ¿Qué culpa tenía él para que lo mirase con esos ojos de perro rabioso?

El asambleísta Chacames pidió la palabra para expresar, con acento boliviano:

—Su elección, señor Presidente, representa el triunfo de la nueva generación..., señor Presidente.

Todos volvieron a aplaudir, menos Cáceres. Trató de aplacarlo con ojos de bondad. Este le devolvió una mira-

da de arsénico, en que claramente se leía: "Hipócrita, quiero romperte la crisma". ¿Pero acaso no le habían impuesto el cargo contra su voluntad?

Le agradó que lo llamaran "señor Presidente". Era la primera vez que se lo decían en su vida. Presidente a los veinte años. No estaba mal. Paladeó un gustillo agridulce. Dejó de sentir remordimientos por Cáceres. Se dedicó a presidir con ímpetu de conquistador del arte. ¿No había soñado siempre con esto? Se respondió con un sí, aunque sospechaba que no era una respuesta completamente exacta. Ahora estaba abrumado de responsabilidades. Sintió respeto y angustia por sí mismo. Tantos puestos, señor Santo: Presidente de la Filarmónica, jugador de fútbol (con perspectivas de jugar en el "eleven" — Oh, los gringos habían introducido muchas palabritas raras) y además miembro del cuadro artístico.

Y una muchacha —maravillosa en la media luz— que lo devoraba desde abajo con ojos profundamente curiosos.

## 2

Ahora pasaría a ensayar el drama. En realidad, era sólo un sainete. Pero sintió que la dicha le subía en línea recta a la cara cuando el director del conjunto, el "Flaco Calandria", de Coquimbo, exclamó:

—¡Eh! Ud., Elías, va a ser don Lucas Gómez.

Se fijó la fecha para la puesta en escena. El 8 de diciembre, fiesta de guardar, día de la Inmaculada Concepción. Dedicarían el tiempo de Dios y la Virgen al gran estreno.

Elías, antes que nada, tenía que resucitar la Filarmónica, que estuvo muerta en manos de Cáceres. Se sentía el hombre-orquesta. Debía animarlo todo, convertirse en un pequeño gran dinamo de energía teatral. Tenía que actuar de tramoyista, operador de luces, presidente, ministro, barredor, portero y galán. Manejaba una sonrisa mecánica y cálida para todos. Inventaba diversiones y lo ponía radiante saberse encargado de la magia.

En las noches el humo formaba una neblina en la

Filarmónica. La gente como que sentía necesidad de aturdirse, de matar el tiempo ruidosamente, de transcurrir olvidándolo. No se ocultaba a sus ojos que algunos iban porque deseaban sobajearse; pero el manoseo pecaminoso, todo ataque al recato, desnaturalizaba el espíritu mismo de la Filarmónica, templo de las artes y del placer honesto. Más de una vez tuvo que llamar la atención: "¡Oiga, oiga, qué se ha figurado! ¡Este no es un antro!" El oficiaba de sacerdote; pero el sacerdote andaba medio enamorado. Tal vez más que medio. Experimentó una inefable cercanía. Comenzó a desatender la preparación del espectáculo —por lo visto no era un santito— y se le caía la batuta de las manos.

Una morena suave, de cara ovalada, que tocaba cuatro instrumentos: arpa, guitarra, acordeón, como un ángel o como tres ángeles, piano de oído y que cantaba, además, con una adorable mediocridad. Tenía malicia en los ojos y bailaba como un trompito. Muchos la apetecían y Elías sufría al sorprender las miradas teñidas de ardor. Poseía muy buena dicción y no era hermosa. Acababa de regresar de Iquique, donde estuvo tres meses pasando con unos cuñados. Llegó de vuelta el día en que lo eligieron Presidente. ¿No era acaso un signo? En su casa —vivía con sus padres y un hermano— se celebraban frecuentemente fiestecitas. El hecho es que congeniaron ipso facto y en los escondrijos del amor sentían un incendio bajo la luna.

Ida Zoila Bazán tenía cutis mate, rostro de pasión. Leía revistas, sabía conversar y se encrespaba el pelo. Era la Reina del Teatro y de los embelecos, y el blanco de todas las otras niñas de la oficina, que advertían en ella una competidora terriblemente desleal, pues hacía a los hombres presentir otra vida. Además, recurría a medios tan vedados como estos: venía a los bailes de la Filarmónica aderezada con espantosos sombreros de ala ancha, con un traje de terciopelo levemente irisado, de tonalidad metálica, y un zorro que se echaba como una boa al cuello. Producía alta presión. Para colmo, agitaba un abanico con dibujos de mandarines chinos y anunciaba en forma oscura sucesos misteriosos. No había melindre ni

abalorio que no usara. Se echaba perfumes, hablaba nasal y a menudo se adornaba el cabello con flores de papel pintado.

La opinión de los hombres era diferente. Tenía un cuerpo poderoso. Una lindura de piernas. Les producía un cominillo en la sangre, muy conocido desde tiempos antiguos, un sacudimiento subterráneo. Era una hembra fundamental, inflamatoria. Al presentir su proximidad, los riñones fabricaban ciertas sustancias peligrosas. En medio de la pampa era la mujer frutal, que vivía en el límite azuldorado de la primavera y el verano. ¡Diantre, en una palabra, despertaba sus deseos, se saboreaban y les hacía agua la boca! Era como la luna en la ciénaga hambrienta.

Elías iba todas las noches a su casa, donde se tomaba chocolate en una mesita labrada. Oficialmente su visita obedecía al vicio de jugar con el padre y el hermano de Ida —también aficionados teatrales— al monte, a la brisca o al rocambor. Contemplaba a hurtadillas el retrato de ella en tono lila iluminado, que pendía sobre el aparador. Prefería el original. La casita era estrecha; pero con cortinas floreadas. Mientras los demás pensaban el juego, él espía el talle opulento. Se le entraba por todos los intersticios. Sufría en el cuerpo un cambio de clima y concluía por arrojar el naípe de la derrota.

Para él era todo lo bueno: la bienamada, azahar y magnolia, el fuego de su horno, Eva en perfume, el beso robado tras las puertas y tantas otras cosas.

## Capítulo XVII

En las grandes festividades —Dieciocho de Septiembre, Pascua, Año Nuevo, aniversario de la Filarmónica— asistían también personas de edad al salón de baile. Algunos acudían muy ceremoniosos, con apergaminada y solemne cara, y sólo el pelo estriado de gris ceniza hacía juego por lo viejo con el tongo, el levitón raído y los botines acharolados, con caña de previl.

Pero el capítulo más importante y difícil, como es natural, era el de las muchachas, harto escasas allí, como en toda la pampa. Mientras el demonio Chacames sacudía la alfombra deshilachada del local, casi con la misma furia con que sacudía el bombo, una comisión compuesta por tres emisarios golpeaba a las puertas de las señoritas del campamento —que sumaban alrededor de una veintena— para presentarles sus respetos y extender formalmente la invitación. Elías desempeñaba ahora el papel de jefe de los diplomáticos, canciller de la Filarmónica. Sabía que su deber consistía en hacer el convite adornándolo con todas las flores, zalemas y palabritas melosas que la niña requiriera. Entre las más lobas resultaba imposible olvidar a las tres hermanas Oyadel, por sobrenombre “Las Coquimbo”, escalonadas entre los veinticinco y treinta años, ásperas doncellas a quienes hacía mal el largo celibato y el sol del desierto, asaz refractorias en llegando al punto Ida Zoila Bazán.



Dominga Oyadenel atacó directamente. Preguntó a boca de jarro, con ojos de tirabuzón y ganas de sonsacar:

—¿Y Uds. fueron ya a invitar a la Ida?

—Sí; ¿por qué? — interrogó Elías con cara de corde-ro pascual.

—¡Ah!, — exclamó furibunda — Entonces no va nin-guna de las tres.

—¿Pero por qué? ¿Qué razones tiene?

—Mis razones tendré. Ud. las sabe.

—Yo no sé nada.

—¿Y el desprecio que nos hizo el otro día?

—Sería sin querer.

—Fué de adrede. Y se carcajeó encima. ¿Qué se ha-brá creído?

—Sería por chiste, no más. Es muy bromista.

—Que haga bromas con Ud. o con su abuelita. Y déle este recado: que dónde la vea le voy a armar una trifulca que se va a acordar todos los días de su vida.

Elías empezó a edificar un complicado andamiaje de explicaciones. La mujer, parada en el umbral de la pen-sión "Oyadenel", lo escuchaba con cara de palo, como quien oye llover. Luego le pareció que se estaba poniendo en ridículo. Ahora Dominga lo miraba entre insidiosa y si-bilina y le espetó:

—¡Gaste saliva no más! ¡Yo sé porqué Ud. es su abo-gado! Pero le diré una cosa: me cargan los tinterillos. Y sobre todo los que defienden malas causas y malas mu-jeres.

Pensó golpearla. Pero se guardó su ira y sus pala-bras. Sin despedirse, volvió la espalda. La comisión tocó a la casa vecina.

## 2

Llegó la noche de la fiesta, azul y fría.

La Filarmónica era un rugido.

Elías vino temprano con el Chueco Araya. Su madre estaba encargada del comistrajo. Manuel Tapia y Custodio González habían empezado a beber. Gumercindo se

prometía una diversión fantástica. Buscó a Cáceres; pero él, su despecho y su olor a aguarrás, no estaban allí.

Chacames se hizo anunciar desde lejos con un golpe de bombo.

Corrieron las cortinas, diseñadas y cosidas por Ida, quien dió el toque final al salón y luego fué a casa a arreglarse un poco.

La Filarmónica rezumaba de bote en bote cuando ella se hizo arrebatadoramente presente, de regreso, con su violento traje de terciopelo morado, que dibujaba en relieve el busto apetezible. Elías sintió que el amor le fermentaba por dentro como una cerveza mareadora. Placía a los hombres bailar con Ida. Tenía hechizo, electricidad en el cuerpo. Les corría un tiritón por los miembros y además producía a todos la sugestión de que eran bailarines soberbios.

El Calandria, en cuanto vió a Elías junto a Ida, murmuró:

—Ya está el conejo comiéndose las lechugas.

Se mordió los labios, mientras lanzaba a la mujer todos sus ojos golosos.

Comenzaron a repartir las fichas con las iniciales S. y C., correspondientes a señoritas y caballeros, amén de un número que se cambiaba tras cada pieza. Nadie sabía de antemano con quién le tocaría bailar. Era un sistema de moralidad, encaminado a garantizar que la Filarmónica fuera un centro de honorable esparcimiento. Así se pretendía desalentar los "pololeos", conjurar la formación de parejas que se quedaban pegadas con cola, impedir el monopolio de los varones por algunas jovencitas con gancho y levadura en los pechos y el espectáculo paralelo de las feas insubstanciales, dolorosa y vanamente empernejadas con trajes opalescentes y descotados, planchando en las sillas circulares con agujeritos, haciendo girar velozmente los dedos pulgares y mordiendo las uñas de pura rabia y vergüenza. Se trataba de hacer observar con todo rigor el sublime lema ético: "¡Jovencito, no se equivoque! ¡La Filarmónica es como su casa, una casa de familia, más grande, pero igualmente respetable!" Por tal motivo, se cuidaba en extremo que las fichas fuesen cogidas al azar. Así el baile se transformaba en una caja de sorpresas, en

una verdadera lotería de hombres y mujeres y también en un rito.

Se danzaban los balles más civilizados. La última moda, además de la antigua.

El maestro-director, Manuel Tapia, tocó el timbre. Correspondía a los bailarines colocarse en actitud, como boxeadores que posan delicadamente para la historia.

Un segundo timbrazo... Continuaron en guardia. Nadie danzaba todavía. El pianista atacó la pieza de introducción: el Vals-Boston "Mi amor no tiene límites".

Al tercer timbrazo comenzó propiamente el baile con las "Cuadrillas Imperiales". Se danzaban tres clases de cuadrillas: Lanceros Ingleses, la Francesa y la República, según el Manual del maestro Franco E. Zubicueta, un demócrata santiaguino que usaba levita y lucía en el salón de su academia un diploma de la Sociedad de Profesores de Baile de París.

Tapia, el director, un elefante, que esa noche se volvió mariposa, pegaba saltitos, muy olvidado del cachucho. Dió el número e indicó, boquiabierto, el "vis a vis".

—¡Pareja uno...!, Dos..., tres..., cuatro!

Ocho parejas en la pista. El piano hacía cabeza, con el martinete desajustado. Luego venía el saludo, el paseo giratorio, la visita, la cadena y el vals del cogollo.

Ida ondulaba muy elegante, fluida y de torso alto. Dibujaba giros, figuras y ruedos con vivacidad celestial. Floataba. Algunos bailaban, aperrados, como gallos de pelea. Elías nunca pasó de ser un danzarín discreto. ¡Prohibido mover los hombros! Al principio no logró evitar el zangoloteo y lo apodaron el "batea". "Jovencito, éste es baile y no bailongo", todo lo cual dicho a un Presidente en ejercicio no dejaba de ser ultrajante.

—¿Valsemos, señorita? —suplicó con voz untuosa.

Fué menester ingeniárselas para que el cabalístico azar de los números le regalara dos piezas con Ida. Más robo que obsequio, para ser franco, pues él dirigió un poco el destino, manipulando con mucha cautela las fichas en su condición de amo de la Filarmónica.

Nuevo timbrazo. No había alcanzado a bailar nada. Enmudeció el piano, cuyas escalas, por otra parte, gustaban de vagabundear a la ventura. El director pasó retirando

las fichas en una bandeja. Bebieron mistela y ponche con malicia.

Elías advirtió que el "Calandria" Muñoz, muy acicalado, con pantalones blancos, chaleco floreado y su litro en el cuerpo, revoloteaba en torno a Ida. Era el cantor de la oficina. Entonó a ojos revueltos, ferozmente clavados en su vidita y recorrido de trémolos, "Sobre las Olas", "Madreselvas en Flor" y "Carmen Julia". Tiritaba como entumecido. Elías percibía en los silencios intermedios su sorda respiración entrecortada. Dedicó una nueva canción, con torpeza florida, a la señorita Ida Zolla Bazán, "la persona más artista de San Lorenzo y tal vez de toda la pampa". La divinidad contemplaba el aire, un sí es no es lánguida. Elías tenía que aplaudir en razón de su cargo, a pesar de que "Calandria" pertenecía a la categoría de los tenores a los cuales se les pega el pito y no quieren terminar nunca. No se hizo de rogar para entonar "de llapa", según dijo, y con gestos de pantomima, como si estuviera falliendo, dos romanzas y un vals peruano. El alcohol lo ponía teatralmente melancólico. Elías lo escuchaba afirmado en una pilastra. Los ojos sentimentales, de cordero degollado, le causaban náuseas. "Calandria" mostraba toda la dentadura y el alma dolorida. Nunca lo había visto tan melodramático.

**"Los ríos, los llanos, las selvas frondosas  
que hay en mi camino, voy dejando atrás. . ."**

La gente escuchaba, masticando bizcochuelos, ya sin voracidad. Los vales, los tristes peruanos le producían un hosco deleite. No sólo por esa penetrante pena nativa, que la envolvía en nostalgia, sino sobre todo porque el norte está repleto de peruanos. La canción del perdido terruño les removía las entrañas. Oían la antigua voz de la soledad aborigen. Todo lo que fué hasta un pasado todavía fresco y que había sido enterrado vivo, despertaba, sacando la cabeza del extraño sepulcro. El canto no brotaba sólo de "Calandria". Emergía de las profundidades de su corazón. Evocaban con los ojos tiernos, semisellados. Aquella tierra les perteneció y les había sido arrebatada a la mala. Ellos callaban, esperando. Aunque los pampinos chi-

lenos, los llamaban "cholos" (ellos les respondían "rotos de m..."), a cada rato y los creían cobardones, su relación era cordial en la superficie y había días en que sentíanse, si no hermanos, por lo menos primos, igualmente expoliados. No acontecía lo mismo en los puertos, donde el gobierno cada cierto tiempo buscaba camorra y revivía con mano ajena las "Ligas Patrióticas Antiperuanas".

**"Para ver si entre rosas,  
si entre flores del campo,  
tú estás. . ."**

"Calandria" continuaba revolviendo los ojos como huevos que se fríen ruidosos en la sartén. Por lo visto, no quería apearse ni a palos del escenario. Apenas agotó el último trozo lírico de su repertorio, se dió a recitar con largueza. Siempre friolento y desparramando tufo, declamó "El Monje", de Pedro Antonio González, y luego místicamente encendido, a ojos entornados, una oda "A la Mujer".

La gente escuchaba engulliendo alfajores y manjar blanco. Luego las mandíbulas se llamaron a silencio y cesaron de girar como émbolos.

Quien logró hacer descender del escenario a "Calandria", fué la única persona capaz de lograrlo: Ida... Después de diez minutos de ruego de parte de la concurrencia, cantó un esquinazo, que no dedicó a nadie en particular y a todos en general:

**"Cuando me acuesto a dormir  
te veo en revelación.  
Te preguntó con cuidado:  
¿Cómo te va, corazón?"**

De nuevo volaron los timbrazos y corrieron las fichas de reglamento. Bailaron vales de dos tipos: Luis XV y Boston. Elías sabía que el Boston es parsimonioso, como si uno se deslizara pegado a una pared. Sin embargo, sólo lograba bailar conforme a la ley cuando su pareja era Ida. Entonces los cuerpos se comportaban como dos imanes. El Luis XV, para variar, ondulante y rápido, le puso

las calderas calientes y le brindó la oportunidad de usar sus brazos como enredaderas. Acaso era un baile en demasía rebuscado. Se sumergieron en una figura incitante y quisquillosa. Entonces sonó el maldito silbato.

Abrieron puertas y ventanas de par en par. La noche también entró a bailar al salón con su vestido de camanchaca. Elías todo el tiempo estuvo impaciente deseando su contacto. Se perdieron en la pampa, hundiéronse en la nebulosa hasta la morbidez, furiosamente. La luna era grande como la madre que con el día no muere sino para resucitar. El cielo, el tiempo, las estrellas virginales fueron suyas por un momento e hicieron la noche perfecta.

Cuando regresaron, seguía resonando el timbre, repartiéndose y escogiéndose fichas, bebiendo refrescos, aloja de culén, "tragando tortas" y girando como veletas en día de tormenta en el "pas de patineurs", "pas de quatre", polcas, mazurkas varsovianas, chotis, miradas y miraditas. Y, por supuesto, ya a un lado, el Calandria estaba bizco liquidando los últimos despojos de su tesoro. Apenas se interrumpió para echar una mirada suspicaz a los ojos y luego a las caderas de Ida, y continuó, con la cabeza desmayada, frotándose los muslos cada cierto tiempo, aspanando los brazos, con un poema que no era épico, pero que él declamaba como si lo fuera: "Cantando están las cañas / a orillas de los ríos / y al pie de las montañas. / Y proclamando alegres / las glorias del idilio, / recitan ondulando / los versos de Virgilio". Hizo una pausa para mirar fijamente a Ida y cerrar el período con un énfasis asesino: "Así como las cañas debían ser los hombres, formando un solo cañaval de hermanoss..."

Elías respiró. Calandria se refugió en un rincón y luego rompió a sollozar, junto a Gumercindo Tapia, que dormía hacía rato.

Dibujóse la encrucijada entre la noche y el día. Comenzaron a bifurcar sus caminos. A medida que la oscuridad se marchaba a dormir bajo el mar, en medio de la garúa prematutina, los bailarines se fueron dispersando. Unos cuantos se encaminaron a componer el cuerpo con un valdiviano o un caldo de cabeza. Otros se dirigieron al camal, el diminuto matadero de la oficina, un redondel de tierra apisonada con una coloración rojiza como de

ladrillo pulverizado. Ayudaron a carnear una res, que asaron al palo. El derripiador Tapia se acostó allí mismo, en el carretón de la carne, rodeado por el olor sanguíneo, que se negaba a desvanecerse con la oscuridad.

Elias e Ida contemplaron el amanecer. El sol salió a cantar el alba. Se sintieron muy juntos, los cuerpos apaciguados.

La mañana estaba alta y comenzaba a estirarse horizontal en el cielo cuando se separaron. Caminaron con lentitud a sus casas, la sangre cansada, con música de baile en el oído y sintiendo que su corazón era un rey poderoso.





## Capítulo XVIII

Ida personificaba el papel de Josefina, la criancita, que vivía en casa del caballero, pero no era hija de don Genaro Gómez, sino entenada. Su hermano hacía de dueño de casa. Y Elías, Lucas, el protagonista campechano.

¡Pero esos amores morganáticos del Presidente con la actriz! ¡No y noo! Pues la Filarmónica tenía que cuidar su buen nombre y en este mundo hay que predicar con el ejemplo. El jefe no podía ponerse a hacer arrumacos ni tiquis miquis. El Presidente no resultaba tan brillante como prometía al principio ni Ida tan estrella vespertina. Empezaron a criticar la calidad nasal de su voz, su modo de andar. Era toda defectos. Elías vivía feliz, meciéndose en un falso sentido de seguridad, derritiéndose, adormeciéndose, con el corazón muy al rojo. De súbito advirtió, por un instinto elemental, señales de peligro: estallaba la hostilidad de los don Juanes con los crespos hechos y, sobre todo, de las mujeres fieramente despechadas. Había enriquecido con una mina de oro la chismografía de la oficina.

Siguió creyéndose intocable, en su alta investidura. Mas no tardó en llegar el momento en que fuera violentamente sentado en la misma silla de los suplicios que antes ocupó el señor Cáceres.

Sonrió al sentarse. Se acomodó. Hízose en torno un silencio sobrecogedor. Luego un vocerío. Se lo gritaron en

su cara. Cada palabra era una bofetada de knock-out. Una tenebrosa versión a su amaño. Testimonios de la calle. Allí fué revelado el más secreto código de la pasión. El salón estaba tan repleto como aquella noche del baile. Un grupo cerraba el paso en el corredor. Fué un proceso público y sórdido. Nada quedó en el misterio de la intimidad. Cada uno trajo una brasa para el fuego de la inmolación. Se refocilaron con deleite bárbaro en el fusilamiento de su querido Presidente.

Viviendo esa hora lenta de angustia entre fieras, comprendió que nadie podría salvarlo. Nadie le defendió, salvo Manuel Tapia y Chacames. El chueco Araya no se atrevió a levantar la voz. Jacinto Inostroza disfrutaba un goce maligno, los labios verdeantes de coca. Custodio González movía filosóficamente la cabeza, sin decir nada.

Elías se excusó de replicar al alud. Podría tal vez luchar hasta vencerlos, proclamar con voz de trueno los derechos del corazón, cantarles su amor en las narices, poner en alto su condición de hombre y humillarlos hasta el tuétano. Hacer una defensa patética, espectacular, que conmoviera las fibras secretas del enemigo archiempedernido, abriendo el pecho más cerrado a la visión de su grandioso amor. Pero descubrió que no tenía ganas de hacerlo. No valía la pena. Le dió tristeza por ellos, por lo pequeños que suelen ser los seres que se sienten heridos por el sol de una pasión tan hermosa y única como la suya.

Sin verse, sabía que estaba sereno, noblemente pálido, como un caballero antiguo. Enfrentaba la tempestad a la manera de un héroe que da las batallas en silencio. No; él no caía como el pobre Cáceres. Había cometido errores, sin duda; pero se hundía como un barco náufrago en su propia gloria, con empavesado completo y la bandera del amor al tope. ¿Esa escena, con todo su bello misterio, no sería digna de representarse algún día en el teatro?

Divisó a la mujer al fondo, mimosa entre las lágrimas, sombrero emplumado, consumida de desolación. Ahora se ponía polvos de arroz en las ojeras y las mejillas.

Cuando se advirtió derribado de su pedestal, sintió que no le corroía el odio. Los perdonaba, como había perdonado cuando niño a los chayeros en el Carnaval. Los perdonaba, porque tenía el corazón completamente ocupado,

hasta el último milímetro, y el de ellos estaba vacío, como el de un muerto.

## 2

Días más tarde los olvidadizos le suplicaron que no abandonara su papel en la obra que se ensayaba. "Ud., Elías, es el actor irreemplazable. Podemos estar en desacuerdo en muchas cosas; pero siempre lo necesitamos para que haga don Lucas".

—Déjenme tranquilo — replicó mostrándoles los colmillos.

Parecían echar a la chacota su crueldad. ¿Pero, pensándolo bien, aquel reconocimiento no era una victoria sobre sus torturadores de la víspera? ¿No les respondería mejor y alcanzaría el triunfo moral más deslumbrante dejándolos con la boca abierta en el teatro? Habló a Ida y a toda la familia Bazán y decidieron representar. La amargura se apagó pronto. Su corazón de veinte años ardía estrellado. Además, las dos mitades del mundo estaban juntas.

Como en la oficina no se disponía de consuetas, el flaco "Calandria" se inteligenció y trajo a José Briggs, un tipo bajito, magro, de porte tranquilo, tez clara y tupidos bigotes rubio-castaños, que trabajaba en Santa Ana, a una hora de viaje.

En la noche del estreno el traspunte Briggs se sumergió en la concha y leyó con suave voz velada.

El siempre recordaría esa voz.

Pero no la voz mortecina del consueta, aunque apuntó la obra como un verdadero maestro de escuela o un pequeño dios de las ocultas profundidades, sino la gran voz. La voz que se oíría, dando que habla: más allá de la concha del diminuto escenario de San Lorenzo. Todavía seguía oyendo la voz de José Briggs; pero en otros escenarios y en otras circunstancias tremendamente distintas. Cuando lo oyó aquella noche, intuyó que era una voz digna de anunciar grandes cosas y probables desastres. Voz húmeda, de difíciles resoluciones y estremecimientos. Voz en

que había muertos. Voz que dolía. Voz llena de inflexiones, prudente e imprudente, alternativamente vaga y fascinadora, voz eléctrica, que se unía a una sensación de sangre y alcanfor. Voz que en secreto muy pronto habría de encontrar un destino, que a todos concernía.

Sí; Briggs apuntó maravillosamente desde la penumbra aquella noche del 8 de diciembre de 1907. Elías divisaba sólo las finas muñecas temblorosas sosteniendo el papel, las venas muy azules bajo la luz de la pequeña lámpara. Oía fluír nítida la voz predestinada.

Nada discordante sucedió en la función.

Elías tuvo la conciencia de que actuaba con brillo fulminante, en un *crescendo* de vigorosos impactos cómicos. La concurrencia reventó en risotadas cuando descendió del tranvía cayendo en las canastas llenas de pollos. Al frente, en primera fila, Manuel Tapía reía hasta las lágrimas, fuera de sí. Nunca imaginó ese Elías. Su rostro era una máscara regocijante. El nuevo don Lucas tropezaba con Josefina, la linda criancita.

—¿Qué edad tienes tú?

—15 años —respondió Ida, empinándose, con aguda voz de ingenua y bajando las pestañas con una técnica muy primitiva, pero deliciosa.

—¡Uf...! Qué uvas tan agrias! — El tenía cuarenta años y siete chiquillos.

Disparaba con violencia y velocidad nuevos decires del huaso del Sur, que no había conocido en su salsa. Se adueñaba del escenario y del público. Agradó sobre todo cuando en las carreras se encontró con el gringo y se puso a apostar. "Ten dollars a la Tremenda. El caballo corriendo. La Tremenda ganando y este señor no queriendo pagar..." Así se vengaban de Mr. Turner, se mofaban de él y el chileno —siempre tan listo— lo hacía víctima de un gracioso engaño.

Oh, y cuando don Jenaro se llevó las manos a la cabeza y chilló escandalizado: "¡Aquí bailar cueca, en mi casa!", y don Lucas respondió cazurro: "No se te dé nada, hermano; al hombre déjalo, y a la mujer déjala también. Con que así y con tu permiso, cueca se ha dicho".

—Ay, Josefina, mi criancita, bueno, ¿en qué quedamos? ¿me sacudes o no me sacudes?

—Mande. ¿Por quién me ha tomado?

—Te tomo por la que eres, niña.

Tendió a Ida el puente, con ademán abierto. Le ofreció su corazón en escena. Hasta los envidiosos tuvieron que aplaudirlos. El zapateó la cueca como un campesino de Tutuquén. Entre ambos repartían una rolliza gracia de aldea. Comieron frutas sureñas y olisquearon resinas, como la de los gomeros en las Vegas de Carpentier. Pusieron un ramo de flores en esas vidas resecas. No faltó el pan del campo ni el vaso de chicha. La bebieron victoriosos, hasta el fondo del fondo.

Custodio González comenzó a acompañar abajo la cueca final. Todo el público se contagió. Manuel Tapia y la madre del chueco Araya lo felicitaron sin palabras, con los ojos ligeramente húmedos. El nuevo Presidente abrazó a Elías y lo calificó estentóreo, para que todo el mundo lo oyera, como "la gran esperanza del teatro aficionado". Se comprometió a colaborar en las futuras representaciones.

Elías se quedó meditando en todas las vueltas de la vida, con el pecho muy hinchado.

Luego se hizo una quietud profunda. Mas el sonido de la voz de Briggs continuaba persiguiéndolo con un eco inolvidable y un tono oculto.

Todo parecía apacible alrededor, incluso su nueva gloria.

Pero el día 11 quedó estupefacto.

Sin aviso previo, estalló la huelga en San Lorenzo.

Empezaba la tormenta.